

AMAZONÍA SIN PETRÓLEO

Historias para
cambiar la historia

Ivonne Yáñez
Coordinadora



Ediciones Abya-Yala

¿Qué habría pasado si no se encontraba petróleo en la Amazonía ecuatoriana? Con esa premisa, Acción Ecológica invitó a un grupo de articulistas a imaginar un futuro sin petróleo y a escribir sobre las experiencias que ha dejado la industria en un lugar tan rico y a la vez, tan sensible.

De esa convocatoria nace esta publicación que recoge nueve ensayos con reflexiones sobre la historia, la organización y la resistencia de las comunidades que han sido afectadas por la explotación petrolera. Además, esta publicación, junto a un libro de cuentos infantiles publicado en 2022 con la misma temática, forman una dupla que invita a soñar y a comprometerse con el cuidado de la selva y de los pueblos que la habitan.





AMAZONÍA SIN PETRÓLEO

Historias para
cambiar la historia





AMAZONÍA SIN PETRÓLEO

Historias para
cambiar la historia

Ivonne Yánez
(Coordinadora)



ABYA
YALA

2023



AMAZONÍA SIN PETRÓLEO

Historias para
cambiar la historia

© *Ivonne Yánez, Milagros Aguirre, Pablo Jarrín-V, Nicolás Cuvi, Jorje I. Zalles, Felipe Terán Romo Leroux, Alexandra Almeida, Patricia Bermúdez, Saúl Uribe, Ivette Vallejo, Andrés Vallejo Espinosa, Manuel Bayón Jiménez, Melissa Moreano Venegas, Alberto Acosta, Pablo Fajardo*

1ra edición:

© Ediciones Abya Yala, Quito-Ecuador
Av. 12 de Octubre N24-22 y Wilson bloque A
Telfs: (593 2) 250 6267 / (593 2) 396 2800
e-mail: editorial@abyayala.org.ec
abyayala.org.ec
Quito-Ecuador

Edición de textos: Juan Sebastián Martínez

Diseño y diagramación: Manthra comunicación · info@manthra.ec

Revisión de estilo e impresión: Abya-Yala, Quito, Ecuador

ISBN: 978-9942-09-875-7

ISBN digital: 978-9942-09-876-4

Tiraje: 100 ejemplares

Impreso en Quito-Ecuador, abril de 2023.

El contenido de este libro es de exclusiva responsabilidad de los autores



ÍNDICE

PRESENTACIÓN

Ivonne Yáñez7

PRÓLOGO: EL DERECHO A SOÑAR

Milagros Aguirre A.....9

SIN EL EXCREMENTO DEL DIABLO: LA POSIBLE HISTORIA DEL BOSQUE AMAZÓNICO EN AUSENCIA DEL PETRÓLEO

Pablo Jarrín-V.13

SIN CRUDO AMAZÓNICO: LA HISTORIA DE OTRO ECUADOR POSIBLE

Nicolás Cuvi

Jorje I. Zalles31

LA ORGANIZACIÓN INDÍGENA AMAZÓNICA. UN PROCESO DETERMINANTE PARA EL ECUADOR. SIN EL DESARROLLO DE LA EXTRACCIÓN PETROLERA

Felipe Terán Romo Leroux55

LA HISTORIA DEL PUEBLO A'Í KOFÁN SIN PETRÓLEO

Alexandra Almeida71

LA SANGRE DE LA TIERRA

Patricia Bermúdez A.

Saúl Uribe T.91

DEL ESCENARIO DISTÓPICO ACTUAL DE LA DINÁMICA EXTRACTIVA
PETROLERA EN LA AMAZONÍA AL ESCENARIO ALTERNO DE
SOCIEDADES RIBEREÑAS E INTERFLUVIALES DE OTRORA
Ivette Vallejo.....105

ALOTOPÍA COMO UCRONÍA: COSTA RICA COMO "PRUEBA DE CONCEPTO"
PARA UN ECUADOR POSPETROLERO
Andrés Vallejo Espinosa133

URBANIZACIÓN AGROINDUSTRIAL EN EL NORTE DE LA AMAZONÍA
Manuel Bayón Jiménez
Melissa Moreano Venegas163

1989: AÑO DE LA REBELIÓN DE SARAYAKU. LO QUE PUDO SER
Y NO FUE... TODAVÍA
Alberto Acosta.....183

EPÍLOGO
Pablo Fajardo211

SOBRE LAS AUTORAS Y LOS AUTORES213





PRESENTACIÓN

En 1972 fue exportado el primer cargamento de petróleo extraído en el norte de la Amazonía ecuatoriana, donde se acumularon las secuelas del supuesto logro: ríos, suelos y aire contaminados, surgimiento de enfermedades graves que antes no se conocían, pueblos indígenas diezmados, más de un millón de hectáreas de bosque natural talado, dependencia y muerte.

El Ecuador quedó marcado con esta maldición. El petróleo pasó a convertirse en posibilidad y promesa de forjar cambios en la historia del país, siempre de espaldas al impacto que se provocaba en la naturaleza y sobre los pueblos por la intervención acelerada y violenta de las empresas petroleras.

Frente a este embate, la lucha desde los pueblos amazónicos ha sido permanente, como en el caso del juicio contra la Texaco; las resistencias territoriales para frenar la expansión petrolera; la exigencia constante al Estado para que cumpla con la obligación de garantizar sus derechos colectivos incluyendo los derechos económicos, sociales y culturales. Todo ello por la convicción de que es necesario cuidar y defender los espacios donde se recrea la vida, cada vez más cercada por la devastación.

El ecologismo ha apoyado estas luchas por más de 36 años, y con propuestas como la del Yasuní-ITT que plantea un Ecuador pospetrolero que haga posible superar la maldición impuesta hace medio siglo.

En este caminar surge la idea de esta publicación, hermana melliza de *Cuentos para soñar con un Ecuador pospetrolero*, también publicada con Abya Yala, y que vio la luz a finales de 2021.



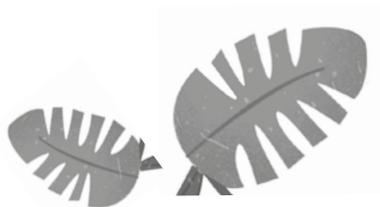
Quisimos hacer un ejercicio lúdico y serio al mismo tiempo, buscando responder a la pregunta ¿Qué habría pasado si no se encontraba petróleo en la Amazonía ecuatoriana?, y consecuentemente, ¿cuál habría sido la situación de los pueblos indígenas, de la ecología?, ¿cuál habría sido la historia de la Amazonía ecuatoriana y de nuestro país?

Con esta propuesta, lanzamos la convocatoria para contar cuentos y para escribir ensayos sobre “La Historia que pudo haber sido” sin petróleo... pero que aún puede ser, por la fuerza de las utopías. Las ucronías, como reconstrucciones históricas basadas en hechos posibles pero que no han sucedido en la realidad, nos permiten imaginar y construir nuevos horizontes en la historia de la Amazonía y del Ecuador a partir del empleo de una narrativa contrafáctica.

En ese contexto, los ensayos aquí recogidos son ejercicios académicos que reconstruyen la historia como ficción, inspirada en las luchas de los pueblos amazónicos y en la posibilidad de un amanecer pospetrolero en el Ecuador.

Ivonne Yánez

Acción Ecológica
Febrero de 2023





PRÓLOGO

EL DERECHO A SOÑAR

Milagros Aguirre A.

Esta publicación nace en la distopía pandémica. Es parte de los delirios del confinamiento de autores cuyas causas parecen perdidas. Es resultado de una preocupación constante: el extractivismo nos está consumiendo, no solo por sus efectos en el medio ambiente sino por sus efectos en la organización social, en la vida política del país. Corrupción y extractivismo han sido un maridaje complicado para Ecuador.

Quienes han pensado esta convocatoria han imaginado un país sin petróleo y han convocado a nueve personajes a escribir sobre ello y a reflexionar sobre otras posibilidades de “desarrollo”. Fueron invitados a trazar ucronías, es decir, a contar historias tras hechos que no han sucedido; a imaginar un país mejor, entendiendo que “el excremento del diablo” ha hecho de las malas prácticas una constante: no solo que no ha habido responsabilidad social —la Amazonía vive años de constantes derrames que ensucian sus fuentes de agua— sino que ha habido mucha corrupción además del despojo de tierras que ha impactado en la vida de los pueblos indígenas.

Estas páginas de *Amazonía sin petróleo. Historias para cambiar la historia* son más que un anhelo o que las reflexiones literarias sobre algo que pudo ser y que no fue.

Alberto Acosta, economista, recoge el testimonio de Jorge Viteri Toro, uno de los obreros del petróleo cuyo libro *Petróleo, lanzas y sangre* es de lectura indispensable, para evidenciar cómo la ilusión y promesa del desarrollo se desvanecieron... demasiada sangre le ha costado a Ecuador la riqueza petrolera, concluye Viteri Toro. Acosta se muestra optimista... pone como ejemplo Sarayaku y lo que significó: un referente de resistencia, las ventajas que, de haberse concretado, llegaban con la iniciativa de mantener en crudo en tierra en la llamada campaña Yasuní ITT y también lo que significa el juicio a la Chevron Texaco.



Pablo Jarrín, por su parte, no es tan optimista en su ucronía. Para él, si no era el petróleo serían otras las causas de una selva demediada: la extensión de la frontera agrícola, la maquinaria para la minería, o cualquier otra actividad humana se encargaría de abusar de ella. Para él, la utopía absoluta requeriría de otras formas de desarrollo a nivel global.

Felipe Terán reflexiona sobre el concepto de autodeterminación de los pueblos. El derecho a definir y definirse a partir de un territorio que ha sido usurpado y negado desde la colonización. Concepto que ha sido negado hasta hoy. Sin petróleo, dice Terán, habría mayores posibilidades de que las organizaciones indígenas ejerzan su propio gobierno en sus comunidades.

Alexandra Almeida escribe acerca del territorio del pueblo Cofán. Cuenta la historia de la comunidad Dureno y la presencia petrolera en la zona (desde la compañía Shell) y prueba, de acuerdo con los relatos, que “con solo su trabajo, la gente puede hacer huertos de plátano, yuca, maíz, frutas y con cui’ccu (chucula¹) y chicha de yuca, satisfacer las necesidades calóricas básicas de una persona. Con una red, es posible capturar peces del Aguarico, río que lo describen como un ser poderoso y proveedor”. Se puede vivir bien sin petróleo, dice el líder cofán de Dureno... como ha vivido su pueblo en tiempos antiguos.

Como soñar no cuesta nada, el Colectivo de Geografía Crítica (Manuel Bayón, Melissa Moreano) ha pintado un paisaje en el nororiente ecuatoriano:

Presuponiendo que la actividad petrolera no se hubiera dado, y haciendo buenas las hipótesis de los apartados anteriores, tendríamos una minería de escala media en las cabeceras de los ríos Napo y Aguarico, con una agroindustria de palma africana y una gran concentración de la tierra en lo que hoy son las provincias de Sucumbíos y Orellana, que habría sido detenida por la territorialidad waorani y de los pueblos indígenas en aislamiento voluntario Tagaeri-Taromenane que no habría sufrido tantas amputaciones como las sufridas con el binomio del ILV y Texaco (...). Esta mayor preservación de territorios indígenas, y reservas naturales con más territorialidad y menos impactos, sería un mejor es-

1 Bebida tradicional elaborada con plátano maduro cocido.



cenario general, que podría ser aprovechado por la actividad empresarial turística y de venta de servicios ecosistémicos.

Andrés Vallejo reflexiona sobre lo que ha significado el rentismo y sus consecuencias. Hay la idea de que fue la llegada del petróleo y de los extraordinarios flujos de divisas que trajo la que dio al traste con el Ecuador agrario y semifeudal que persistía hasta los años sesenta, dice la autora que concluye en que “al contrario, lo que el petróleo proporcionó fue una salida al agotamiento del modelo agrario poscolonial sin la necesidad de modificar la política económica extractivista en la que se asentaba”.

Ivette Vallejo hace un recorrido por la ribera del Napo junto a Verónica Greffa, joven líder kichwa. Después de constatar el desastre ambiental y social de algunas comunidades, como la de Toyuca, y de ver la mancha negra y aceitosa que flota en las aguas del río, se plantea un viaje al pasado y lleva al lector hacia la tierra de los Omaguas. Imagina una selva sin colonizar, sin haciendas ni indios esclavos, sin viruelas ni caucheros ni petroleros.

Nicolás Cuvi y Jorje Zalles por su parte se preguntan ¿qué habría sucedido con la cultura, sociedad, movimientos sociales, formas de hacer política, relaciones de poder, instituciones, universidades, profesiones, en un Ecuador sin crudo, abocado al turismo y la generación de energía, con menos riqueza económica y crisis? Sería, dicen los autores, “un país sin tantos nuevos ricos, sin los millones de petrodólares que suscitaron las ansias de corrupción y el robo descarado al Estado a través de contratos, licitaciones y ventas en las diferentes instituciones gestoras del petróleo”.

Para finalizar, Patricia Bermúdez y Saúl Uribe recorren la selva junto a Pedro, quien les cuenta sus sueños y habla sobre sus ancestros. Desde su cosmovisión da cuenta de una selva cuya vida es abundante. El Pedro de este relato es un sabio, un profeta, que habla con los árboles y con las rocas.

Este libro ha sido un buen ejercicio. Soñar en un futuro más amigable, con una selva prístina, es, por cierto, un derecho. La Amazonía ha perdido ya muchas cosas. Que nos quiten, al menos, el derecho a soñar.



LA
HISTORIA
QUE *pudo*
HABER SIDO

SIN EL EXCREMENTO DEL DIABLO¹: LA POSIBLE HISTORIA DEL BOSQUE AMAZÓNICO EN AUSENCIA DEL PETRÓLEO

1

Pablo Jarrín-V......

Giovanna Tassi: *“¿Pero usted no se preocupaba por la selva, quiero decir, no le preocupaba que con el petróleo y la colonización podría sucederle algo a la selva?”*

Jorge Viteri: *“No, nada, ahí no importaba que corten toda la selva, el mismo gobierno y todos querían que sacaran el petróleo”*

(Petróleo: del mito a la realidad
Palabra amazónica
Ecuador TV, 2014).

1 Juan Pablo Pérez Alfonso (1903-1979), fundador de la OPEP, acuñó el término el “excremento del diablo” para referirse al petróleo y los vicios económicos que este ocasiona en el desarrollo de las naciones (Pérez Alfonso, 1976).



Condiciones para el escenario ucrónico

Con la llegada inevitable del desarrollo tecnológico,² que permitió a los seres humanos alcanzar niveles inusitados de calidad de vida y control sobre la naturaleza, la historia alternativa, en ausencia del petróleo,³ de los recursos naturales y la vida silvestre de la región amazónica del Ecuador tiene dos posibles caminos. El primero y menos probable es una utopía, una conjunción de eventos sociales, políticos y geográficos que le permitirían a la nación que es Ecuador valorar positivamente una región que representa la mitad de su territorio y convertirla en la fuente para un paradigma de desarrollo. Esto último, para ser una utopía, implicaría el desarrollo sostenible,⁴ mediante la aplicación de cualquier mecanismo productivo establecido en la región. El segundo y más probable es una distopía, donde la región amazónica del Ecuador sufriría el costo negativo del desarrollo, incluyendo la pérdida de la cobertura boscosa a través del cambio en el uso del suelo.⁵

La ucronía requiere que imaginemos que el desarrollo geológico de la región amazónica la privó del petróleo. Que Ecuador y los países vecinos, con quienes se comparte la región amazónica, jamás tuvieron la necesidad

-
- 2 Situada entre 1837 y 1901, la era victoriana fue testigo de la primera revolución industrial, la invención del telégrafo, el ferrocarril, los navíos de vapor, las bicicletas y más tarde los automóviles. Era una época impulsada por nuevas formas de transporte y comunicación, una nueva era de exploraciones y emprendimientos nacidos de la curiosidad, ambición y descubrimiento. Los nuevos inventos tecnológicos se convirtieron en nuevas industrias, hambrientas de materias primas, que reclamaban cada vez más recursos naturales.
 - 3 O cualquier otro tipo de hidrocarburo.
 - 4 En un análisis del significado del concepto “desarrollo sostenible”, White (2013) propuso que este “elusivo término”, si algo significa una visión del futuro. Según dicho estudio, la sostenibilidad es sobre equilibrar los retos ambientales, económicos y sociales en el tiempo, en consideración de las generaciones venideras. La sostenibilidad es, entonces, una preocupación por el crecimiento y el mejoramiento, que es un reto para un mundo con recursos limitados.
 - 5 El cambio en el uso del suelo es un causante principal del cambio climático global y su forma principal es la expansión de cultivos y tierra de pastoreo en los ecosistemas naturales (Lambin y Meyfroidt, 2011). Una forma común y evidente de este proceso es la deforestación.



de invertir en infraestructura petrolera, que su desarrollo político y social no intersecó con la necesidad de extraer y vender ese producto particular de la industria minera. Que su desarrollo económico estuvo basado en alguna otra forma de producción a partir de los recursos naturales. Entonces, el destino de la vida silvestre, las culturas y sociedades indígenas, en esta línea de tiempo imaginaria, dependen de las formas de producción que puedan haberse desarrollado desde las ciudades capitales en la región andina. Es también necesario establecer como parámetros que no cambiaron en la línea de tiempo, el nivel de vida y bienestar de la población en Ecuador. Es decir, imaginar una posible realidad donde, al día de hoy, el producto interno bruto, ingreso per cápita o cualquier otra medida de desarrollo y bienestar se hayan mantenido iguales a la actualidad.⁶ Esto último representa un reto considerable, ya que la calidad de vida y el desarrollo de la economía depende en gran medida de la presión sobre la naturaleza y la conversión de los recursos naturales (Jarrín *et al.*, 2021).

Para imaginar las consecuencias de una región amazónica sin hidrocarburos, lo parsimónico es dirigir la mirada hacia otras regiones cuyo destino se ha desenvuelto ajena a la lógica de la explotación petrolera. No es necesario extender mucho el mapa, ya que existen países cercanos que cumplen criterios similares a los de la historia imaginaria. En tal sentido, se ha escogido a Costa Rica como el modelo sobre el cual se desarrolla la ucronía (como podemos ver en la figura 1), considerando las diferencias geográficas⁷ y políticas⁸ entre países. Para 2020, esta última nación poseía un índice de desarrollo humano (IDH) de 0,810, mientras que el de

6 La ucronía asume niveles similares de bienestar y desarrollo económico, pero imaginando una canasta de exportaciones radicalmente distinta, donde el petróleo está ausente.

7 Costa Rica tiene acceso a dos océanos, es más pequeña y su geografía menos accidentada que el Ecuador. Estas características son determinantes en la forma en que los productos naturales pueden ser explotados y la producción de la tierra desarrollada (López López, 2020).

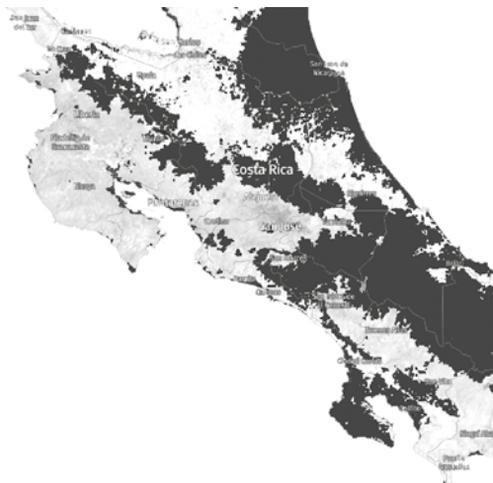
8 Costa Rica es un caso excepcional de desarrollo latinoamericano. Posee una educación pública monolítica, una robusta clase media, una economía de mercado pujante, una política progresista de larga trayectoria, no gasta en ejército y se beneficia de un “Estado de bienestar” robusto e inclusivo (Solís, 2021).



Ecuador era de 0,759.⁹ Otras naciones del neotrópico sin petróleo, como Nicaragua, Guatemala, Honduras o El Salvador poseen índices de desarrollo muy inferiores, por debajo de 0,673. En consecuencia, para usar un lienzo apropiado sobre el cual generar la ucronía, he decidido que la historia de Costa Rica¹⁰ es guía apropiada para el proceso de cambio en el uso del suelo.¹¹

Figura 1 Cambio en la cobertura de bosque natural en Costa Rica

Nota. Las áreas de color blanco son aquellas deforestadas, en comparación con las áreas sombreadas. La imagen está generada por la medición en la reflectancia en infrarrojo cercano. A pesar de que Costa Rica no posee industria petrolera, su historial de deforestación no ha sido distinto al de otras naciones tropicales con petróleo, como el Ecuador. Imagen tomada de Global Forest Watch.



-
- 9 Según el Informe sobre Desarrollo Humano 2020 del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, el IDH mundial es 0,737; el de Latinoamérica y el Caribe es 0,766, siendo Ecuador un país que se encuentra bajo la media mundial y regional.
 - 10 Costa Rica nunca ha explorado o extraído combustibles fósiles. Bajo el liderazgo del presidente Carlos Alvarado el país propuso, mediante ley, prohibir de forma permanente cualquier actividad extractiva. Costa Rica obtiene el 97 % de su energía de fuentes renovables (Garrison, 2021).
 - 11 Colombia, Perú y Venezuela son países con una considerable industria petrolera. Brasil y la región de “las Guayanas” tienen una cultura, geografía e historia notablemente distinta a la de los países andinos. Aunque de pequeña magnitud, Bolivia posee pozos petroleros y reservas de gas.



En esta historia alternativa hay constantes que no son posibles cambiar, porque requeriría supuestos aún mucho mayores que el imaginar una región amazónica sin petróleo y que no incluirlas provocaría que esta obra pierda rigurosidad analítica. Una de estas constantes es la necesidad humana de desarrollarse, alcanzar sus ambiciones y saciar sus deseos. “Una tierra sin hombres para hombres sin tierra”,¹² de una forma u otra, ha sido el fundamento utilizado para justificar y promover la búsqueda de bienestar económico en la colonización de la región amazónica. Otra constante, quizás la determinante, es la dependencia e influencia de los mercados internacionales, la demanda de materias primas, las inversiones y apoyo financiero a industrias agrícolas y ganaderas, que son las principales causantes de la conversión de la tierra (Lambin y Meyfroidt, 2011). La asimetría que existe entre el mercado de productos alternativos y ambientalmente sostenibles, como la nuez de Brasil o el açaí, y las enormes ganancias que rinde el mercado cárnico o la agroindustria de la soja, difícilmente pueden derivar en escenarios utópicos para la región amazónica (Hoang y Kanemoto, 2021). El cambio del uso del suelo irá siempre en la dirección que señale el interés del mercado (Song *et al.*, 2021), lo que exigirá rigurosidad y esfuerzo analítico adicionales para diseñar la ucronía donde la región amazónica nunca tuvo petróleo. Finalmente, está la constante más grande e inclusiva, que es la identidad nacional, esa cultura o composición de culturas, que, para bien o para mal, han sido a la larga la razón fundamental de nuestra trayectoria histórica como país y sociedad (Jarrín *et al.*, 2017). La pobreza y desigualdad han sido los componentes que han configurado la forma de desarrollo de la región amazónica (Jarrín *et al.*, 2016).

Para ser historias alternativas, la bifurcación entre la realidad y lo imaginario iniciará en el 1967, cuando Texaco Gulf perforó el primer pozo en la región amazónica. En esta línea de tiempo imaginaria, el pozo Lago Agrio 1,

12 Esta frase se asocia fuertemente con el movimiento sionista del siglo XIX e inicios del XX (Garfinkle, 1991), pero que curiosamente fue importado a Latinoamérica en la lucha por las tierras campesinas, algunas de las cuales están vinculadas a la destrucción de los bosques (Brice y Smith, 2021). Emílio Garrastazu Médici, presidente de Brasil entre 1969 y 1974, propuso la famosa frase para promover la colonización de la región amazónica (Hecht, 2011; Campbell, 2015). Esta frase la copio de forma textual, a pesar de que puede, por algunos, ser considerada motivo de sesgo de género.



del cual brotaron los primeros barriles de petróleo, nunca existió.¹³ Tampoco existieron las imágenes monocromas de TV, donde con pompa y boato, el General Rodríguez Lara y un puñado de invitados presenciaba como el “oro negro” llenaba un barril de petróleo, irónicamente hecho de la madera que fue producto de la deforestación amazónica.¹⁴

Además, imaginaremos que cuando Shell, en 1948, devolvió la inmensa concesión cedida por el Ecuador, realmente no mintió (Galarza Zavala, 1972) y en realidad jamás hubo gota de petróleo en el subsuelo amazónico. Así, las palabras de Galo Plaza habrían sido sinceras y no una mentira política más: “El oriente es un mito. Allí no hay petróleo. Tampoco esas tierras son buenas para la agricultura. Debemos acercarnos a la costa”.¹⁵ Sin embargo, en el desarrollo de la ucronía, ha sido necesario hacer uso de aquellos hitos históricos que poca relación tuvieron con las necesidades y consecuencias de la industria del petróleo, pero que determinaron el presente y futuro de la región amazónica. Por lo tanto, la ucronía resulta de la mezcla de hechos históricos y ficción.¹⁶

Entonces no ocurrió ninguna concesión territorial lesiva a la soberanía del Ecuador, ningún oleoducto que cruce la región andina desde la región amazónica a la costa, ninguna carretera construida al servicio del oleoducto y sus pozos, y ninguna infraestructura o negocio para el servicio petrolero, así como también ninguna muerte violenta como las de Alejandro Labaca e Inés

13 El libro *El petróleo en el Ecuador, nueva era petrolera*, publicado por Petroecuador en 2013 es una de las pocas síntesis de la accidentada historia de la extracción de petróleo en el país.

14 Esta imagen está inmortalizada en la producción denominada “Primer Barril de Petróleo” del Noticiero Nacional del 26 de julio de 1972, con cámaras de Agustín Cuesta Ordóñez y relato de Celiano Salazar Monje. Una copia de este filme se halla en la Cinemateca Nacional.

15 Jaime Galarza Zavala ha sido por décadas la voz disidente que con sólida investigación periodística ha desentrañado los oscuros ribetes históricos de la presencia del petróleo en Ecuador; particularmente en su libro “El Festín del Petróleo”, originalmente publicado en 1972 por Ediciones Solitierra.

16 La diferencia entre historia y ficción puede ser detectada en esta ucronía mediante la presencia de referencias bibliográficas a aquellos hechos que están mencionados en la literatura histórica.



Arango. Tampoco habría de darse la Ley de Tierras Baldías de 1964 (una reforma agraria) y la Ley de Colonización de Tierras de 1978, que promovieron la ocupación caótica y anárquica para el favor de la industria petrolera.¹⁷ Tampoco habrían existido las condiciones que permitieron el surgimiento de nuevas ciudades como Nueva Loja (Lago Agrio), San Francisco de Orellana (Coca), Shushufindi y Joya de los Sachas.

Antes de iniciar la ucronía, es necesario aclarar que en ninguna parte del mundo existe un caso utópico. Entre 2001 y 2020, Costa Rica perdió 253 Kha de cobertura boscosa (6,5 % del total); mientras que, durante el mismo periodo, Ecuador perdió 871 Kha (4,6 % del total) (Global Forest Watch, 2014). En proporción al área total de cada país, Costa Rica perdió un 5 % de su territorio en bosque, mientras que Ecuador un 3 %.

Una ucronía sin el excremento del diablo

La visión de la naturaleza, extendida por toda América Latina, ha sido la de una barrera para el progreso (López López, 2020). Ya para la década de 1830, la región costera experimentaba un proceso de franca deforestación, reemplazando el bosque por monocultivos de cacao para la exportación; más de un 80 % de la población ecuatoriana se asentaba en la región andina y comenzaba a migrar hacia la costa, atraída por la industria del cacao (Acosta, 2006). Excepto por algunas haciendas aisladas dedicadas a la extracción de caucho, conectadas hacia las economías de Brasil y Perú por vía fluvial, y caseríos o comunidades indígenas, para la región amazónica no existía prácticamente ninguna evidencia de desarrollo o colonización (Jarrín *et al.*, 2017).

Un total de 17 misiones jesuitas existían a lo largo de los ríos Napo y Aguarico durante la primera mitad del siglo XVIII, las cuales no pudieron

17 La Ley de Colonización se crea a la par del Instituto Ecuatoriano de Colonización de la Región Amazónica Ecuatoriana (INCRAE), que posteriormente fuese transformado en 1996 al Instituto para el Ecodesarrollo Regional Amazónico (ECORAE).



prosperar por la presencia de enfermedades, conflictos étnicos y territoriales y la rivalidad de grupos indígenas (Wasserstrom, 2011). Las enfermedades exóticas como la viruela habrían diezmando grandemente las numerosas poblaciones humanas originales de la región amazónica (Clement, 1999). Durante los siglos XVIII, XIX e inicios del XX, un proceso de exterminación étnica poco documentado, pero a gran escala, ocurrió desde los centros de producción cauchera asociados a Iquitos y por las riberas de los principales ríos amazónicos del Ecuador (Cabodevilla, 1997). Este proceso de exterminio fue ejecutado por la Casa Arana y otros grupos caucheros y grupos indígenas asociados, motivado por la extracción de caucho de Balata, donde el precio del servicio de la esclavitud indígena valdría más que el mismo caucho (Wasserstrom, 2011). Las antes numerosas poblaciones indígenas, comunidades y culturas, quedarían reducidas a pequeños grupos de cientos o docenas de personas, incluyendo la extinción de los Omagua, Tetete y Gaye (Wasserstrom, 2011). Tal fue la violencia de la irrupción europea en la América amazónica que se estima que, durante los primeros siglos de “conquista”, de los cuatro a cinco millones de personas que constituían la población, sobrevivió un 5 o 10 % (López-Zent, 1998; Clement, 1999). Así permanecería la región amazónica del Ecuador, como un área natural e inhóspita, que se iría despoblando de habitantes.

Es posible que la crisis de la industria del cacao en la costa, durante los años 30 del siglo XX (Acosta, 2006), haya despertado la necesidad por ocupar tierras amazónicas desde los Andes. Para la región amazónica, la expansión de la frontera agrícola ocurre desde la serranía, aprovechando valles y pasos por las escarpadas montañas hacia los valles amazónicos. Por tener los Andes del sur una geografía menos inhóspita (Sinclair y Wasson, 1923), el sur de la región amazónica es el escenario principal para la colonización y el cambio en el uso del suelo.¹⁸ Los primeros

18 Joseph Sinclair y Theron Wasson fueron miembros de la Sociedad Americana de Geografía y exploraron la Región amazónica durante la segunda década del siglo XX. El último párrafo de su artículo *Explorations in Eastern Ecuador* (Sinclair y Wasson, 1923) se refiere a las “limitaciones al desarrollo civilizado de Ecuador”; estos autores proponen como razón la falta de ferrocarriles y, en particular, el transporte entre Sierra y Oriente, por ser “rutas imposibles de comunicación, siendo impropias para la construcción de carreteras o ferrocarriles” (p. 210).



caminos, como el que conectaba Pan y Méndez en 1930, entre las provincias de Azuay y Morona Santiago, requerían días de travesía a lomo de mula (Rudel, 1989). El atraso histórico del Ecuador pudo evidenciarse en el hecho de que la primera carretera asfaltada, que conectaba Latacunga con Manta, fue recién construida entre 1952 y 1956 (Acosta, 2006).

Los bosques de la región amazónica se hallan casi intactos. Luego llegó la fiebre de oro, que en la década de 1930 resultó en una primera ola colonizadora, con miles de campesinos movilizados desde las provincias sureñas de Loja y Azuay hacia las riberas de los ríos Paute y Zamora (Rudel, 1989). Este proceso de migración estableció las semillas colonizadoras para posteriores migraciones hacia el oriente. Una década después, en 1940, Shell construyó una carretera entre Puyo y Ambato, una red de vías menores de acceso a diferentes áreas de la selva, además del aeropuerto en la localidad de Shell-Mera (Jarrín *et al.*, 2016), pero abandonó para siempre el proyecto prospectivo en una tierra libre de petróleo. Las grandes distancias a lomo de mula y la innavegabilidad de los cauces hídricos hacia la sierra contribuyeron a que la cobertura boscosa de la región amazónica permanezca, en su mayor parte, intacta por varias décadas en la primera mitad del siglo XX. Los pueblos en los valles amazónicos, inmediatamente cercanos a las laderas andinas, permanecen pequeños e improductivos.

Años más tarde, entre 1960 y 1970, la élite económica y política del Azuay crea el Centro de Reconversión Económica de Azuay, Cañar y Morona Santiago (CREA). Esta institución estuvo financiada con fondos del Banco Interamericano de Desarrollo (BID) para aprovechar el territorio Amazónico directamente al este de la provincia. El CREA construyó proyectos de colonización, como un carretero desde Azuay hacia el valle del río Upano; esto favoreció la ocupación de regiones circundantes a la población de Macas (Rudel, 1983, 1989). Como “una de las más devastadoras del siglo”, la sequía entre 1968 y 1978 en las provincias de Loja, El Oro y Manabí movilizó una numerosa población hacia los valles del sur de la región amazónica (MAAE, 2021) y contribuye a poblar la región.



Así, la colonización de la región amazónica se extiende desde el sur del Ecuador, con asentamientos colonos en el piedemonte amazónico, ligados a la actividad agrícola y ganadera y que alimentan con población a las ciudades de Puyo, Macas, Sucúa y Zamora. Este proceso de migración, por carreteras hechas para acceder a nuevas tierras para producción agrícola, resulta en un proceso de conversión de la tierra, reemplazando el bosque por diferentes formas de producción agropecuaria.

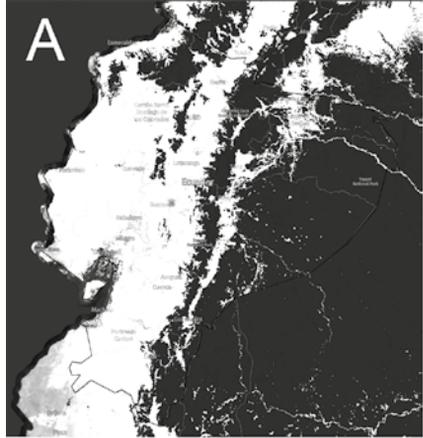
Sin embargo, la colonización amazónica es difícil y fallida. La geografía, la calidad de la tierra, el clima, la ausencia de herramientas tecnológicas e infraestructura vial, los bajos niveles en la calidad de la educación y los sistemas productivos y políticos conspiran todos en contra del desarrollo industrial de la región (Jarrín *et al.*, 2017). Por la ausencia de tecnología adecuada y gobiernos competentes, la población amazónica no pudo desarrollarse a niveles de clase media y permanece empobrecida, dependiente de una agricultura no intensificada e incapaz de insertarse en procesos productivos y competitivos. La falta de créditos accesibles para los pequeños y medianos agricultores¹⁹ favorece la conservación de regiones boscosas, que permanecen inaccesibles a la expansión agrícola (como se muestra en la figura 2).

19 La precarización del sector agrícola es parte integral de la historia del Ecuador. En el reporte de enero 2020, denominado “Información Agroambiental y Tecnificación Agropecuaria, módulo ESPAC 2018”, publicado por el INEC, se evidencia que tan solo un 4 % de los productores acceden a crédito privado o público (Instituto Nacional de Estadísticas y Censos, 2020).

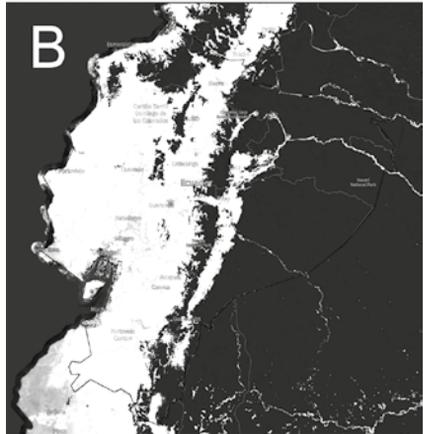


Figura 2

A) Cambio en la cobertura de bosque natural en Ecuador



B) Una visión de la historia alternativa del bosque amazónico en Ecuador en ausencia del petróleo



Nota. Las áreas de color blanco son aquellas deforestadas, en comparación con las áreas sombreadas. La imagen está generada por la medición en la reflectancia en infrarrojo cercano. Aunque el foco de desarrollo en el triángulo Lago Agrio-Coca-Shushufindi nunca habría ocurrido, es posible que la necesidad de desarrollo haya incluido áreas adicionales de expansión agrícola y ganadera a lo largo de ejes viales previamente establecidos, quizás en igual o mayor magnitud a la de la línea de tiempo real. Pequeños focos de deforestación adicional habrían existido a lo largo de las riberas de los ríos principales. Imagen tomada de Global Forest Watch.



Para 1990, el resultado de décadas de esforzada colonización agrícola resultó al final en un confuso tejido de cultivos familiares y *chakras*²⁰ y extensiones de palma aceitera, tan grandes que se pueden observar desde el espacio exterior. Estas últimas ocupan aquellas extensiones de territorio relativamente plano y cercano a las pocas carreteras existentes. Entre cultivos habría también abundante pasto que de manera ineficiente y destructiva alimenta una industria cárnica incipiente y reducida.

La colonización crea un eje de deforestación longitudinal en aquellos valles colindantes con las laderas andinas y conectados por carreteras hacia las poblaciones principales de la serranía centro-sur, como Ambato, Cuenca y Loja (como lo muestra la figura 2). Una carretera principal se crea también desde la capital, Quito, para conectarse principalmente con la población de Baeza en la región norte. Inmediatamente hacia el este del eje principal de deforestación, el bosque amazónico permanecería intacto, representando una barrera inhóspita e inaccesible que habría de ser declarada reserva o parque. Es así como, hacia el extremo oriental, está lo que es aún una vasta extensión de bosque primario no fragmentada, que para la industria agrícola prometería nuevas tierras para ampliar la producción de monocultivos. Para precautelar las fronteras nacionales, existirían destacamentos militares conectados por los ríos principales en puntos estratégicos de frontera. También están pequeños caseríos de agricultores, principalmente en la confluencia de ríos principales, como testimonios históricos de la era cauchera, pero no un desarrollo agrícola o urbano de ninguna dimensión considerable.

Desde 1990 en adelante, a partir de la globalización, que incluyen el flujo a larga distancia de bienes, *commodities*, capital y personas (Lambin y Meyfroidt, 2011), el Ecuador recibió créditos de desarrollo agrícola²¹ por poderosas organizaciones internacionales interesadas en el negocio de la soja y en consecuencia se siembra la variedad modificada e importada desde el

20 La *chakra* es el cultivo tradicional kichwa y de otras culturas amazónicas.

21 Jessica Brice y Michael Smith (2021) desarrollaron un elaborado análisis titulado “The Amazon is Fast Approaching a Point of No Return”, donde se discute el efecto de la globalización y los intereses del mercado internacional en la deforestación amazónica.



Brasil, contribuyendo a procesos de deforestación en favor de monocultivos industriales, similares en su extensión y aporte económico al de la palma africana, ya establecida previamente en grandes plantaciones.

El crecimiento exponencial del consumo e intercambio comercial, impulsado por la demanda de países desarrollados y con economías emergentes y la presión demográfica (IPBES, 2020), incentivan el crecimiento de la frontera agrícola, ensanchando hacia el este y paulatinamente el eje longitudinal de deforestación, que corre paralelo a las laderas andinas. Es posible también observar los característicos patrones del “espinazo de pescado” (Skole y Tucker, 1993; Nobre *et al.*, 2004), donde la población humana crea vías perpendiculares de acceso y extracción hacia el interior del bosque. Sin embargo, las distancias con los puertos comerciales en la costa del pacífico y los factores negativos antes mencionados, que conspiran contra el desarrollo tecnológico y productivo de la región, impedirían permanentemente un desarrollo a gran escala de cualquier industria competitiva. Hacia el este, en zonas profundas de la selva amazónica del Ecuador, se establecerían algunos centros turísticos exclusivos, aprovechando las rutas fluviales principales como el Napo, Aguarico y Pastaza, en alianza binacional con el Perú.

En esta disposición territorial habitan poblaciones nativas y nacionalidades como los Kichwa, Shuar, Achuar, Sápara, Shiwiar, Waorani, Andwa, Quijos, Siona, Siekopai y A'i cofán, que se han acomodado a la presencia colona y establecido relaciones comerciales y culturales en diferente grado e intensidad. Algunos “pueblos indígenas aislados” (Ortiz-Prado *et al.*, 2021), sobrevivientes de la fiebre del caucho, permanecerían protegidos por una considerable extensión de bosque esencialmente impenetrable a la frontera agrícola. Las condiciones sociales y económicas que son producto de este proceso histórico de colonización se extienden en una gama de problemas que deben ser resueltos de forma estratégica y pragmática sobre el territorio, como son una pobreza y subdesarrollo endémicos a la región, la cacería y comercio ilegal de fauna silvestre y la contaminación de los recursos hídricos por las “mieles”, lixiviados y otros subproductos de la industria agrícola y ganadera.



Conclusión y futuro de la ucronía

He considerado esta ucronía agridulce, que por un lado imagina una extensión de bosque primario sin fragmentación y, por lo tanto, con vida silvestre en mucho mejor estado que el de la situación real; pero también niveles de deforestación similares a los actuales por el desarrollo inevitable de la frontera agrícola. El crecimiento poblacional, las exigencias del mercado y la introducción de máquinas y herramientas, provocarán siempre una presión sobre la fauna y flora silvestre. La extracción de madera fina, cacería y tráfico de especies serán constantes siempre presentes y que contribuirán a la erosión de la biodiversidad amazónica. Es así cómo, en ausencia del petróleo, la región se habría de desarrollar en el ámbito exclusivo de la actividad agropecuaria; sin haber evitado niveles considerables de deforestación, que habrían de ser similares o incluso ligeramente superiores a los observados en la actualidad. En conclusión, la existencia humana habría de causar profundas marcas en la historia amazónica, que, si bien no habrían dejado cicatrices en sus regiones más agrestes y lejanas,²² estas se habrían de desplazar a aquellas zonas donde la influencia humana podría asentarse con más facilidad. La naturaleza amazónica no podría haber escapado de los efectos destructivos que significa el desarrollo de la civilización humana. Para una utopía absoluta, la trayectoria de la civilización global requería ser pensada en formas de desarrollo que van mucho más allá de solamente imaginar un mundo sin hidrocarburos. Tal tarea requiere de un espacio mucho más extenso, que alguien, alguna vez debió o deberá imaginar.

22 Excepto por la extinción de pueblos y culturas, siglos antes del petróleo.



Referencias bibliográficas

Acosta, A. (2006). *Breve historia económica del Ecuador*. (Segunda edición). Corporación Editora Nacional.

Brice, J. y Smith, M. (28 de julio de 2021). The Amazon is fast approaching a point of no return. *Bloomberg Businessweek*. <http://bit.ly/316Ndbp>

Cabodevilla, M. Á. (1997). *La selva de los fantasmas errantes*. CICAME.

Campbell, J. M. (2015). *Conjuring property: speculation and environmental futures in the Brazilian amazon (culture, place, and nature)*. University of Washington Press.

Clement, C. R. (1999). 1492 and the loss of Amazonian crop genetic resources. I. The relation between domestication and human population decline. *Economic Botany*, 53(2), 188-202. <https://doi.org/10.1007/BF02866498>

Galarza Zavala, J. (1972). *El festín del petróleo*. Ediciones Solitierra.

Garfinkle, A. (1991). On the origin, meaning, use and abuse of a phrase. *Middle Eastern Studies*, 27(4), 539-550. <https://doi.org/10.1080/00263209108700876>

Garrison, C. (4 de agosto de 2021). *Costa Rica eyes permanent ban on fossil fuel exploration and extraction*. Reuters. <http://bit.ly/3xd251q>

Global Forest Watch. (2 de diciembre de 2021). *Monitoreo de bosques diseñado para la acción*.

World Resource Institute. <https://www.globalforestwatch.org>

Hecht, S. y Cockburn, A. (2011). *The fate of the forest: developers, destroyers, and defenders of the Amazon*. The University of Chicago Press.



Hoang, N. T. y Kanemoto, K. (2021). Mapping the deforestation footprint of nations reveals growing threat to tropical forests. *Natural Ecology y Evolution*, (5), 845-853. <https://doi.org/10.1038/s41559-021-01417-z>

Instituto Nacional de Estadísticas y Censos. (2020). *Información agroambiental y tecnificación agropecuaria, módulo Espac 2018*. INEC.

IPBES. (29 de octubre de 2020). *Workshop Report on Biodiversity and Pandemics of the Intergovernmental Platform on Biodiversity and Ecosystem Services*. Zenodo.org. <https://doi.org/10.5281/zenodo.4147317>

Jarrín Valladares, P. S., Carrillo, L. T. y Zamora, G. (2016). La colonia interna vigente: transformación del territorio humano en la región amazónica del Ecuador [The internal colony as a current issue: transformation of the human territory in the Amazonian region of Ecuador]. *Letras Verdes*, (20), 22-43. <https://doi.org/10.17141/letras-verdes.20.2016.2063>

Jarrín-V. P. S., Carrillo, L. T. y Zamora, G. (2017). Demografía y transformación territorial: medio siglo de cambio en la región amazónica de Ecuador [Demography and territorial transformation: half a century of change in the Amazonian Region of Ecuador]. *Eutopía. Revista de Desarrollo Económico Territorial*, 12, 81-100. <https://doi.org/10.17141/eutopia.12.2017.2913>

Jarrín-V., P., Falconí, F., Cango, P. y Ramos-Martin, J. (2021). Knowledge gaps in Latin America and the Caribbean and economic development. *World Development*, (146). <https://doi.org/10.1016/j.world-dev.2021.105602>

Lambin, E. F. y Meyfroidt, P. (2011). Global land use change, economic globalization, and the looming land scarcity. *Proceedings of the National Academy of Sciences*, 108(9), 3465-3472. <https://doi.org/10.1073/pnas.1100480108>



- López López, M. (2020). El hacha decimonónica: El avance silencioso de la deforestación en Costa Rica entre 1821-1900. *Revista Rupturas*, 10(2), 47-67. <https://doi.org/10.22458/rr.v10i2.3019>
- López-Zent, E. (1998). A creative perspective of environmental impacts by native amazonian human populations. *Interciencia*, 23(4), 232-240. <https://bit.ly/3JURi3I>
- MAAE. (2021). *Plan Nacional de Sequía*. Ministerio de Ambiente y Agua del Ecuador.
- Nobre, C. A., Silva Dias, M. A., Culf, A. D., Polcher, J., Gash, J. H. C., Marenco, J. A. y Avissar, R. (2004). The Amazonian climate. En P. Kabat, M. Claussen, S. Whitlock, J. H. C. Gash, L. Bravo de Guenni, M. Meybeck, R. Pielke, C. J. Vörösmarty, R. W. A. Hutjes y S. Lütke-meier (eds.), *Vegetation, water, humans and the climate: a new perspective on an interactive system* (pp. 79-92). Global Change: The IGBP Series, Springer-Verlag.
- Ortiz-Prado, E., Cevallos-Sierra, G., Vasconez, E., Lister, A. y Ramos, E. P. (2021). Avoiding extinction: the importance of protecting isolated Indigenous tribes. *AlterNative: An International Journal of Indigenous Peoples*, 17(1), 130-135. <https://doi.org/10.1177/1177180121995567>
- Pérez Alfonso, J. P. (1976). *Hundiéndonos en el excremento del diablo*. Editorial Lisbona.
- Petroecuador EP. (2013). *El petróleo en el Ecuador, la nueva era petrolera*. Coordinación general de imagen de la Empresa Pública Petroecuador.
- Rudel, T. (1983). Roads, speculators, and colonization in the Ecuadorian Amazon. *Human Ecology*, 11(4), 385-403. <https://doi.org/10.1007/BF00892246>



- Rudel, T. (1989). Resource partitioning and regional development strategies in the Ecuadorian Amazon. *GeoJournal*, 4(19), 437-446. <https://doi.org/10.1007/BF00176914>
- Sinclair, J. y Wasson, T. (1923). Explorations in Eastern Ecuador. *Geographical Review*, 13(2), 190-210. <https://doi.org/10.2307/208447>
- Skole, D. y Tucker, C. (1993). Tropical deforestation and habitat fragmentation in the Amazon: satellite data from 1978 to 1988. *Science*, (260), 1905-1911. <https://doi.org/10.1177/0309133308096755>
- Solis, L. G. (22 de abril de 2021). Money alone can't fix Central America - or stop migration to the US. *The Conversation*. <http://bit.ly/3JPIhZM>
- Song, X.-P., Hansen M.C., Potapov, P., Adusei, B., Pickering, J., Adami, M., Lima, A., Zalles, V., Stehman, S.V., Di Bella, C.M., Conde, M.C., Copati, E.J., Fernandes, L.B., Hernández-Serna, A., Jantz, S.M., Pickens, A.H., Turubanova, S. y Tyukavina, A. (2021). Massive soybean expansion in South America since 2000 and implications for conservation. *Nature Sustainability*, (4), 784-792. <https://doi.org/10.1038/s41893-021-00729-z>
- Wasserstrom, R., Reider, S. y Lara, R. (2011). Nobody Knew Their Names: The Black Legend of Tetete Extermination. *Ethnohistory*, (58), 421-444. <https://doi.org/10.1215/00141801-1263848>
- White, M. A. (2013). Sustainability: I know it when I see it. *Ecological Economics*, (86), 213-217. <https://doi.org/10.1016/j.ecolecon.2012.12.020>

SIN CRUDO AMAZÓNICO: LA HISTORIA DE OTRO ECUADOR POSIBLE

2

Nicolás Cuvi
Jorje I. Zalles

Prefacio: el Punto Jonbar

15 de febrero de 1967. Al mediodía amazónico, varios ingenieros de la compañía petrolera estadounidense Texaco se secan recurrentemente el sudor. Buscan espacios a la sombra o intentan construirlos. La selva amazónica los deshidrata y consume. Calcina sus cuerpos y emociones. Miles de insectos aumentan el fastidio al chuparles la sangre. ¿Entregaría esa tierra, a cambio de semejante padecimiento, el anhelado crudo? Por el sonido del taladro, parecería que está a punto de alcanzar la supuesta bolsa de hidrocarburos. Si hay suerte, ampliarán el rango de operaciones de explotación iniciadas al norte del río Putumayo, en Colombia, unos 20 años antes. Pero el crudo no mana. ¿Quién entiende esa caprichosa geología? Se sienten engañados por otros exploradores petroleros que,



tiempo atrás, sugerían que había petróleo en esa parte de la Amazonía (Tschopp, 1953).

Meses después, en una confortable oficina neoyorquina, un grupo de gerentes de Texaco, vestidos con trajes oscuros, caros y perfumados, renuncian a la muy generosa concesión otorgada por el gobierno del Ecuador. Cuando el presidente de ese país, Otto Arosemena Gómez, recibe la noticia en su despacho, se dirige hacia el Salón Amarillo del Palacio de Carondelet. Situado ante el óleo de su predecesor Galo Plaza Lasso, asiente y murmura: “En efecto, Galito, el Oriente ha sido un mito”. Luego se dirige a la nación mediante cadena radial, de la cual una frase resonará entre los oyentes durante años: “Apostaremos por la agricultura, la hidroelectricidad y el turismo. Intentaremos captar capitales extranjeros para ello, generaremos nuevas alternativas de especialización”.

Nunca fluyó crudo desde el pozo Lago Agrio 1 ni desde lugar alguno de la Amazonía ecuatoriana. No desfilaron los primeros barriles de “crudo Oriente”, en tanques militares, por Quito. No borboteó el que sería llamado a veces “excremento del diablo”, a veces “oro del diablo”, ni ocurrió el “festín del petróleo” (Galarza Zavala, 1972; Pérez Alfonzo, 1976; Gordillo, 2003). Desde ese Punto Jonbar, otra historia fue posible.

Introducción

Sin petróleo, el Estado nación tuvo una trayectoria de desarrollo basada en diferentes especializaciones productivas. Sus elecciones entre las décadas de 1960 y 1980 configuraron la economía, la inserción en la globalización, las trayectorias sociopolíticas, algunos rasgos culturales y educativos, las relaciones de poder y territoriales, los urbanismos, los paisajes.

Para especular sobre esa trayectoria, partimos del análisis de procesos y especializaciones en países cercanos: Costa Rica y el turismo; Panamá como centro financiero; Chile, Bolivia y Perú hacia la minería (el último también hacia la pesca); Colombia hacia la industrialización y diversifi-



cación, incluidos los cultivos ilícitos; Paraguay hacia la hidroenergía. Y entendemos que casi todos se abocaron, en mayor o menor grado, a la ampliación de la frontera agropecuaria a costa de la destrucción de ecosistemas naturales, reservando áreas protegidas en ciertas ocasiones, aunque casi siempre atropellando a las poblaciones indígenas y locales para construir enclaves extractivos y zonas de sacrificio.

Especializaciones productivas diferentes

A fines de la década de 1960, el Gobierno ecuatoriano internalizó el fracaso de la apuesta por extraer petróleo del Oriente. Si bien continuaron los esfuerzos de exploración, el anhelado crudo nunca fluyó. ¿Cuál fue la trayectoria de la Amazonía ecuatoriana y del país en un contexto no petrolero? ¿Qué reemplazó al crudo como fuente de ingresos? La respuesta en el campo económico marca el inicio de este relato y de ella derivamos las demás.

Antes de identificar un reemplazo factible para el petróleo, es importante intentar aislar las actividades que no dependieron exclusivamente del mismo y que también fueron centrales para las fortunas exportadoras del país. Nos referimos, principalmente, a los monocultivos de banano, cacao, café, palma africana y flores, a la pesca atunera y pesca blanca centradas en Manta, y al *boom* generalizado de acuicultura de camarón en la década de 1980. Todas tuvieron dinámicas que, si apartamos los subsidios a los combustibles de las embarcaciones y otras maquinarias, y ciertas inversiones provenientes de capitales petroleros, no dependieron del crudo amazónico. La intervención estadounidense en los procesos de desarrollo agrícola orientados a la complementariedad habría sido similar (Cuvi, 2009).

Dicho eso, respecto a las alternativas económicas de escala frente al petróleo, hubo varias posibilidades. En nuestro escenario, las cuencas sedimentarias del Oriente no proveyeron de hidrocarburos, pero sí hubo yacimientos de minerales en los macizos andinos. No obstante, consideramos



que la minería no reemplazó al petróleo, pues en las últimas décadas del siglo XX la inversión internacional en ese sector fluyó hacia Perú, Bolivia y Chile, que ofrecieron mayores ventajas competitivas. Los grandes depósitos cupríferos como Intag y Mirador, o auríferos en Fruta del Norte, estuvieron allí, pero solo emergieron como alternativa importante a partir de 2005, de la mano del boom de los *commodities* alimentado por el crecimiento chino (Gallagher y Porzecanski, 2009).

Descartada la minería temprana a gran escala, identificamos tres alternativas con base en trayectorias de naciones cercanas y con similares circunstancias de territorios pequeños y pocas oportunidades de diversificación económica sistémica. Se trata del turismo (Costa Rica), los servicios financieros (Panamá) y la exportación de electricidad (Paraguay). Entre ellas consideramos que el turismo fue la alternativa más probable, complementada con la exportación de energía hidroeléctrica. Dudamos que el Ecuador hubiera despuntado como centro de servicios financieros, al no poder competir con Panamá, que ya era un centro financiero internacional de renombre (Johnson, 1976), con una ubicación privilegiada como nexo de flujos económicos, al contar con la insuperable ventaja de albergar una de las principales rutas de comercio marítimo.

El turismo tuvo durante décadas un crecimiento exponencial e ininterrumpido a nivel mundial (Sezgin y Yolal, 2012). Desde la década de 1980, Costa Rica comenzó a posicionarse como destino de naturaleza y ecoturismo para aprovechar ese flujo (Koens *et al.*, 2009). El Ecuador pudo hacer lo mismo, pues Galápagos ya empezaba a recibir masivamente turistas. Entre 1970 y 1997, el número de visitantes a las islas pasó de 4500 a 62 800 anuales; en la década de 1990, el volumen de negocios en el archipiélago superaba los 30 millones de dólares anuales (Grenier, 2007). Además, desde 1978, el país logró renombre internacional por la inclusión de ese archipiélago y de Quito colonial en la primera declaratoria de patrimonios naturales y culturales de la humanidad por parte de UNESCO.

En cuanto al turismo en el continente, antes del petróleo ya existían centros urbanos como Tena, Puyo y Puerto Francisco de Orellana (Coca), puertas de entrada al visitante hacia la selva amazónica. Asimismo, los



comerciantes itinerantes de Otavalo eran insignes embajadores de la riqueza cultural del Ecuador en la década de 1980. Es necesario considerar que, a fines del siglo XX, la violencia en Colombia y Perú habría servido para posicionar al Ecuador como opción turística, como sucedió con Venezuela (Fernández, 2002) —Machu Picchu y la Ciudad Perdida de Sierra Nevada simplemente no eran destinos viables para la mayoría de turistas por entonces—. Habría ecoturismo, pero también turismo urbano y de diversión, al estilo de México, que apostó por sitios como Cancún o Los Cabos.

Otro nicho habría sido el potencial hidroeléctrico. La exitosa implementación del sistema Paute a partir de 1976 habría llevado a construir grandes represas y centrales hidroeléctricas en las estribaciones andinas. En planes de esa década ya se esbozaron ideas sobre la central Coca Codo Sinclair. Había un gran interés hidroeléctrico en América Latina, en parte como respuesta a la crisis energética instaurada por el incremento en los precios del crudo a instancias de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (Barrow, 1988). La afamada central de Itaipú, que convirtió a Paraguay en exportador de electricidad, inició sus operaciones en 1984, a pesar de un importante movimiento nacional en contra de su construcción (Nickson, 1982).

La hipotética trayectoria de desarrollo hidroeléctrico se sustenta en otras inferencias de carácter nacional e internacional. Ecuador no habría tenido búnker, el combustible de las centrales termoeléctricas que, hasta hace poco, generaban más de la mitad del fluido eléctrico del país. Ante ello, lo hidroeléctrico era demasiado evidente para ser ignorado. Asimismo, en Colombia y Perú había sectores industriales más desarrollados, que habrían sido potenciales mercados para la electricidad excedente. En Colombia, la liberación del sector eléctrico a mediados de la década de 1990 flexibilizó la demanda eléctrica, y el Perú, antes de la entrada en operación del megaproyecto de gas natural Camisea en 2004, era deficitario en producción de electricidad. La influencia de procesos integracionistas bajo el auspicio de la Comunidad Andina habría asegurado la interconexión necesaria para el desarrollo de mercados regionales de electricidad (Cadena Cancino, 2015).



En suma: en 2021, un Ecuador sin petróleo sería un país agroexportador, de pesca y camaronicultura, y también sustentaría su economía en el ecoturismo y la producción energética sustentable basada en la fuerza de sus ríos andinos. Ese entramado macroeconómico habría suscitado tasas de crecimiento moderadas, por lo cual, al igual que ahora, sería un país de ingresos medios. Y como la mayoría de países de América Latina, no habría evitado la crisis de deuda de los ochenta y la subsiguiente ronda de medidas neoliberales en los noventa (United Nations, 2017), pero al estar ausente la inundación de petrodólares, se habría evitado un sobreendeudamiento y se habrían sorteado los ajustes económicos más dolorosos. La crisis bancaria de 1999 no habría sucedido y la dolarización sería una propuesta discutida apenas por economistas en círculos académicos. El rostro del mariscal de Ayacucho todavía agradecería la moneda de un Ecuador sin crudo en el siglo XXI.

Multipolaridad y movimientos sociales

¿Qué habría sucedido con la cultura, sociedad, movimientos sociales, formas de hacer política, relaciones de poder, instituciones, universidades, profesiones, en un Ecuador sin crudo, abocado al turismo y la generación de energía, con menos riqueza económica y crisis?

Sin tantos nuevos ricos, no hubo los millones de petrodólares que suscitaban las ansias de corrupción y el robo descarado al Estado a través de contratos, licitaciones y ventas en las diferentes instituciones gestoras del petróleo. No podemos asegurar una ausencia total de corrupción, pero asumimos una escala menor de asaltos al Estado, en comparación con la que nos ha acompañado durante los últimos 50 años. Lo energético habría tenido cuentas amplias, pero sin generar un Estado parasitario como el de la economía basada en combustibles fósiles. Quizás se habrían evitado algunos de los aspectos asociados con la llamada “maldición de la abundancia”, aunque no todos, pues de acuerdo con esa hipótesis, la pobreza tiene que ver con la riqueza. Esa maldición, según Acosta Espinosa (2009), consiste en que “los países ricos en recursos naturales, cuya economía se



sustenta prioritariamente en su extracción y exportación, encuentran mayores dificultades para desarrollarse” (p. 103).

Las dictaduras proliferaron por América Latina en las décadas de 1960 y 1970, pero, dado el carácter históricamente pacífico y menos conflictivo del pueblo ecuatoriano, y la ausencia de movimientos guerrilleros de escala en el territorio nacional (en comparación con Colombia y Perú), ante la ausencia de petróleo no habría ocurrido el golpe de Estado de 1972. Habrían prevalecido las históricas “transacciones camaleónicas y flexibles” en el procesamiento de los conflictos políticos y sociales internos (Ospina Peralta, 2020, pp. 427-428). Se habría seguido una deriva democrática ejemplar, aunque con la característica inestabilidad, alternancias de tendencias ideológicas y populismos. Ser un país de paz habría fortalecido las ventajas competitivas para el turismo.

Sin los petrodólares y su festín, hubo menos consumismo y se mantuvo nuestro afable carácter parroquiano y rural. Perduró la sencillez y, hasta cierto punto, ingenuidad, ante los acelerados cambios en países vecinos y en el mundo. Eso no excluyó que diferentes grupos promovieran una mayor inserción en la globalización.

Quito no se convirtió en un centro acaparador de recursos, ni atrajo las migraciones masivas y de asentamientos informales e invasiones de tierras desde la década de 1970, asociados con el engorde del Estado y la economía petrolera. No ocurrió el crecimiento demográfico exponencial de la capital (Godard, 1992), aunque sí de Guayaquil, a un mayor ritmo. La ciudad portuaria se erigió en el templo del consumismo, mientras que Quito se parecería más a la actual Cuenca. El país no fue bicéfalo o bipolar (Godard, 1987), sino multipolar. En la Sierra emergieron centralidades con especializaciones productivas locales orientadas por rubros como la industria (Ibarra, Ambato, Cuenca) o el turismo. Hubo un desarrollo distinto de los centros urbanos amazónicos, muchos en torno al ecoturismo, aunque también alrededor de *commodities* agrícolas y pecuarios que, a diferencia del petróleo, habrían dejado más ingresos locales y, por lo tanto, mayores oportunidades y estímulos para permanecer y no emigrar.



Guayaquil tendría el predominio desde una perspectiva económica. Habría concentrado las exportaciones y atraído a las poblaciones emigrantes de sitios afectados por las sequías, como las provincias de Loja o Manabí. Quito no disputó a Guayaquil la hegemonía nacional, pues no concentró (como en la década de 1980), más capital bancario y mayor dinamismo industrial (Godard, 1987). Tendríamos un fenómeno parecido al de Lima, que concentra la mayor población y peso económico en la Costa. También habría crecido mucho Santo Domingo de los Colorados.

No habría bicefalia, pero sí pugnas regionales, como las de La Paz/Sucre-Santa Cruz de la Sierra, en Bolivia. Guayaquil se enfrentaría con la Sierra/Amazonía, aunque la porfía estaría más materializada en su relación con Quito, por ser la capital y concentrar poder político. ¿Habrían llevado esas tensiones a mover la capital hacia un sitio nuevo y neutral, como Brasilia en Brasil? Es poco probable, aunque si hubiera ocurrido, Riobamba habría sido el lugar escogido, por ser la “primera ciudad” española del Ecuador y por su ubicación en el centro geográfico del país.

En un país multipolar, Cuenca sería más similar a Quito en términos de oportunidades, crecimiento, desarrollo, población. Ambato, Ibarra y otras ciudades habrían apostado por la industrialización (como hicieron en realidad), mientras que existirían ciudades del piedemonte amazónico con más servicios y riqueza asociados con el turismo de todo tipo. Baños, Puyo, Zamora, Macas, Tena, Archidona, Misahuallí, Coca, serían centros de diversión, esparcimiento y entrada. Ciudades intermedias de la Costa, como Quevedo, Babahoyo, Manta, habrían crecido mucho más. La Sierra sería un destino para el andinismo y la gastronomía, con mejores servicios, pues en vez de ingenieros petroleros habría excelentes profesionales y una masa crítica alrededor del turismo e hidroelectricidad.

Conviene, en la esfera social, reflexionar sobre dos movimientos sociales fundamentales en la política formal ecuatoriana desde fines del siglo XX: el movimiento indígena y el movimiento ambientalista.

En un Ecuador sin el legado de Texaco, el movimiento ambientalista habría tenido otras características y preocupaciones. Sin el “juicio del siglo”, que



enfrenta desde hace décadas a las personas afectadas por esa petrolera (Kimerling, 1993), los activismos ecologistas habrían sucedido en torno a temas como la deforestación por la expansión agropecuaria, la desordenada expansión urbana, los conflictos por agua, la introducción de vegetales y animales exóticos, el tráfico de especies, entre otros. No habría instituciones de línea tan radical como Acción Ecológica, creada en 1986, o Fundación Rosa Luxemburgo; el ambientalismo estaría algo más alineado con el Estado y los instrumentos de la gobernanza ambiental local, nacional e internacional, como la Cumbre de Río de 1992, el Convenio sobre la Diversidad Biológica o las negociaciones climáticas. En un país con mayores oportunidades para la conservación de la biodiversidad, habría mayores chances de participar en compensaciones globales ante las discusiones por el cambio climático. Habría menos resistencias a la idea de desarrollo sustentable, ante mecanismos como REDD+, Socio Bosque u otros.

Los ambientalismos más radicales serían ante los monocultivos, lo cual los mantendría en tensión con colonos, el Estado, corporaciones. Igualmente habría presencia marginal de ONG como Greenpeace o Sea Shepherd Conservation Society. De modo general, sería un ecologismo menos activista, algo naif y descafeinado, menos luchador, más situado en grandes instituciones públicas y privadas, menos en las calles y territorios. Algo bastante similar a los movimientos ambientalistas del Cono Sur o Costa Rica, con menos ingredientes de resistencia visible, menos redes internacionales radicales y menos conflictos de envergadura en la agenda. Más parecido a lo propuesto, desde sus inicios en 1976, por Fundación Natura: una visión influenciada por el conservacionismo estadounidense, orientada a las áreas protegidas y la educación ambiental, en armonía con el ecoturismo. Habría más instituciones como Fundación EcoCiencia, creada en 1989, más científica, aunque también con interés de incidir en política desde la ciencia de la biología de la conservación. Galápagos sería, como hasta ahora, una singularidad, no solo en el país sino en el mundo, pues ahí el conservacionismo tiene gran agencia, aunque en tensión permanente con las racionalidades económicas (Ospina Peralta, 2003; Hennessy, 2019).



En cuanto al movimiento indígena, igualmente habría realizado su posicionamiento en política formal desde 1990 (Macas, 1992), con una mayor base serrana y menos participación de pueblos amazónicos. Sin una transformación y contaminación a escala de ecosistemas en el Oriente, esos actores tendrían menos resentimiento con el Estado. Aunque muchos amazónicos estarían decididamente en tensión con los modelos de desarrollo estatales y emprendimientos privados, muchos más se sentirían integrados por su participación en servicios como los turísticos, que distribuyen mejor las rentas, o en inserciones productivas motivadas por la deforestación y ampliación de frontera agrícola.

Los pueblos afrodescendientes también se habrían insertado mejor en el desarrollo turístico y no habrían sido afectados por infraestructuras como la Refinería de Esmeraldas. Las provincias del Austro ecuatoriano habrían visto mucha emigración de sus pobladores, pero no en la escala que conocemos, especialmente incrementada tras las crisis de 1999. Aun así, esos procesos habrían dejado huellas en las dinámicas familiares, en los paisajes y en la inversión en ámbitos rurales con los dineros de las remesas (Cortés Maisonave y Ortega García, 2008).

Pese a la deforestación, por el ecoturismo y por una mejor inserción en los conservacionismos con base en teorías de sustentabilidad débil (al estilo Costa Rica), el Ecuador tendría una cultura más orgullosa y apropiada de sus ecosistemas naturales (al igual que Costa Rica). Ideas de conservacionismo científico pioneras, como las del geobotánico Misael Acosta Solís y las instituciones que fundó desde la década de 1930 (Cuvi, 2005), habrían tenido mayor continuidad y aceptación. Se habría tendido, desde más temprano, a fomentar la agroecología y sistemas complejos de producción sana y resistentes a los modelos de la larga Revolución verde (transgénicos incluidos), en parte por la incidencia de pueblos indígenas y su tradicional orgullo agroecológico. Es posible que, como en 2008, los derechos de la naturaleza y asuntos como el buen vivir hubieran llegado hasta las esferas de la política formal.



Cambios y constantes en el paisaje

Es mediados de la década de 1970 en Santa Cecilia, localidad a unos 10 km al oeste de la actual Nueva Loja (Lago Agrio). El bosque tropical ha cubierto los claros abiertos alrededor de la pista aérea y en el abandonado campamento de exploración petrolera establecidos en 1965. Así dejó de existir Muñozlandia, el asentamiento donde se llevó a cabo una de las más extensas investigaciones sobre herpetofauna neotropical en la historia de la ciencia (Duellman, 1978). En contraste, al otro lado de la cordillera, en Río Palenque (localidad entre Santo Domingo de los Colorados y Quevedo), se intensificaban los procesos que llevarían a que ese lugar se convirtiera en una isla de bosque inmersa en un mar de cultivos (Dodson y Gentry, 1993).

Santa Cecilia y Río Palenque ilustran la principal diferencia en el paisaje entre el Ecuador actual y el ficticio sin crudo: la cantidad de cobertura boscosa en el nororiente. Sin la construcción de carreteras hacia los pozos y facilidades petroleras en Lago Agrio, Shushufindi y Sacha, y tomando en cuenta el preponderante rol que ha jugado la apertura de vías en la deforestación de la Amazonía ecuatoriana (Mena *et al.*, 2017), consideramos que nunca ocurrió la masiva destrucción y transformación que acompañó a la colonización del nororiente. A nivel parroquial, la deforestación en el nororiente entre 1986 y 2002 estuvo significativamente relacionada con variables demográficas y de accesibilidad: a mayor densidad poblacional y de vías, mayor deforestación (Mena, *et al.*, 2006). Sin esas carreteras entre Sierra y Amazonía baja, los flujos demográficos hacia esa región y el crecimiento poblacional orgánico resultante habrían sido menores, con una mejor conservación de las masas forestales.

Ahora bien: no queremos decir que sin petróleo no se dieron profundos cambios de escala en la cobertura vegetal y los ecosistemas del Ecuador (Sierra, 1999, 2013). La ausencia de carreteras y la necesidad conservar las cuencas de las hidroeléctricas, así como la naturaleza para el ecoturismo, no habrían sido suficientes para evitar la presión sobre la tierra en muchos sitios. La población aumentó más o menos al mismo ritmo,



ejerciendo presiones ecosistémicas comparables, aunque menos localizadas en las actuales zonas petroleras. Los procesos de reforma agraria y colonización, basados en políticas de 1964 y 1973, habrían sido igualmente importantes, con las consecuentes presiones en la Costa, piedemontes y páramos. Aun sin apertura masiva de carreteras, se habrían dado migraciones, aunque en menor medida, hacia el Oriente ecuatoriano, donde ya existían vías de comunicación (Wasserstrom y Southgate, 2013). Además, habría existido un ininterrumpido énfasis en la agroexportación, junto con una ruralidad dependiente de agricultura de sustento. Con o sin petróleo, se habría registrado la expansión de la frontera agrícola, con las resultantes diversas transformaciones paisajísticas, según sistemas de cultivo y ecosistemas, en las distintas regiones del país (Huttel *et al.*, 1999).

Tal expansión de la frontera agrícola habría sido especialmente notoria en las planicies de la Costa. Por su legado histórico, se habrían mantenido los monocultivos de banano y cacao en primera instancia (Larrea Maldonado, 2006), y expandido los de café y palma africana, con severos impactos sobre el medio ambiente y la salud humana, como el caso del banano estudiado por Harari *et al.* (2011). La contaminación por agroquímicos en la cuenca del río Guayas también habría sido de intensidad suficiente para generar conflictos entre industrias de agroexportación —la bananera en particular—, y el cultivo de camarón (Twilley, 1989; Escobar, 2002). Por el cultivo de camarón habrían ocurrido severos impactos ambientales, incluyendo una similar pérdida de manglares (Hamilton y Stankwitz, 2012).

De igual modo, se habría dado expansión de la frontera agrícola en el piedemonte amazónico, junto con la construcción de hidroeléctricas y desarrollo turístico. Aunque en menor escala, habrían existido incentivos al asentamiento en “tierras baldías”, promovidos mediante las reformas agrarias y de colonización. Eventualmente eso llevaría a una consolidación, mucho más tardía, del eje vial hacia la Amazonía, pero no hasta el Putumayo. Las grandes poblaciones de migrantes internos (lojanos o manabitas movilizados por la sequía), habrían ido el piedemonte amazónico, pero sobre todo a zonas rurales y urbanas de la Costa. A lo largo de los ejes Baeza-Archidona y Puyo-Macas, además de la producción de *commodities*, habrían existido más cultivos de sustento, agricultura a pequeña escala, con procesos de



deforestación localizados, tal y como sucede en la actualidad en la región de Tena (Gómez de la Torre *et al.*, 2017). La Amazonía sur (el ecotono andino-amazónico en Zamora Chinchipe y Morona Santiago), hasta hoy libre de explotación petrolera, habría tenido una trayectoria similar a la registrada históricamente.

Otra fuerza importante de cambio del paisaje habría sido la expansión de la ganadería de carne, como ocurre en Ecuador, pero sobre todo en Colombia (Etter *et al.*, 2008; Etter *et al.*, 2006). Ese es uno de los principales motores de deforestación, tanto en planicies como en el piedemonte. También la extracción de madera silvestre habría presionado los bosques remanentes. Históricamente, la apertura de vías por parte de la industria maderera ha contribuido a la deforestación, como en la provincia de Esmeraldas (Minda Batallas, 2004).

Por otro lado, una temprana extensión de la red eléctrica rural, producto del énfasis hidroeléctrico, habría disminuido la presión sobre los bosques y plantaciones forestales andinas, ancestralmente utilizados como fuentes de leña y carbón (Wunder, 1996). La conservación de bosques andinos nativos habría sido favorecida en un escenario de profundización hidroeléctrica, por su papel en la regulación hídrica para buenas captaciones en embalses (Céleri y Feyen, 2009). La plantación de árboles exóticos en la Sierra, principalmente eucalipto y pino, hubiera procedido, a grandes rasgos, de igual manera; las circunstancias socioeconómicas y ambientales que impulsaron dichas prácticas son, mayormente, independientes de las dinámicas petroleras (Hofstede *et al.*, 1998).

Las pérdidas y degradaciones de los hábitats naturales habrían motivado aún mayores esfuerzos públicos de conservación, como la creación de un Ministerio del Ambiente y el fomento de áreas protegidas. En Ecuador, esas áreas protegidas fueron históricamente creadas en lugares de baja densidad poblacional (Bustamante, 2016), entre ellas, zonas como las estribaciones andinas y la Amazonía baja. Con o sin petróleo, se habría evidenciado una creciente sofisticación en el análisis de lugares prioritarios para la conservación, lo cual habría aportado a la identificación y designación de cada vez más áreas protegidas (Parker y Carr, 1992; Mena



y Suárez, 1993). De igual manera, el creciente interés mundial durante las últimas décadas por proteger áreas marinas, tanto costeras como pelágicas, hubiera jugado un rol en la determinación de superficies meritorias de protección (Kelleher, 1999). Por el enfoque económico hacia el ecoturismo y por la consolidación de un movimiento ambiental institucionalizado con agendas orientadas a la conservación de la biodiversidad, en 2021 un Ecuador sin petróleo tendría un sistema nacional de áreas protegidas comparable o mayor al actual en términos de distribución y ubicación, con superficies muy grandes en las estribaciones andinas y Amazonía baja, y cada vez mayor representación en zonas marino-costeras. Asimismo, el ecoturismo habría suscitado esfuerzos privados de conservación, regeneración y restauración ambiental, como en Mindo y otras zonas del noroccidente de Quito (Zalles, 2018).

Epílogo

¿Cuál puede ser el valor de una ucronía o de una historia contrafáctica? Según el Diccionario de la Real Academia Española, *ucronía* significa “reconstrucción de la historia sobre datos hipotéticos”. Al ser una ficción, es necesario reflexionar sobre sus ventajas y problemas.

La ficción es un registro abierto a las utopías y distopías, la filosofía y el análisis del mundo con libertad creativa. En este caso, la licencia central radica en la construcción de un Punto Jonbar y la elaboración de sus consecuencias. Las ventajas de semejante heurística dependerán de cada persona, pues trayectorias, ideologías y deseos influyen en el enfoque. En esta ucronía, ambos investigadores/narradores tenemos una sensibilidad compartida hacia la naturaleza, la calidad ambiental y los conservacionismos. También cuestionamos el modelo de desarrollo en el Ecuador, bastante asociado con el petróleo, cuyas externalidades negativas han sido atroces y en modo alguno resueltas. Tal posicionamiento, esencialmente político, nos ha llevado a construir, consciente e inconscientemente, una historia en la que la ausencia de crudo habría llevado a un país con mayor bienestar, con otros problemas económicos, sociales y ambientales. Sin embargo, desde



otros lugares políticos se podría haber especulado que, sin petróleo, el país habría sido más pobre y conflictivo. O que, independientemente del petróleo, el modelo de desarrollo excluyente y segregador es lo que ha marcado la historia. Se podría sostener que, independientemente del petróleo, han sido el modelo de Estado y la inserción casi inevitable en mercados globales de *commodities*, los asuntos cruciales para determinar las trayectorias ambientales, sociales, económicas.

Nuestra elección de un presente mejor y diferente responde en parte al deseo de que una utopía prevalezca sobre una distopía en el tiempo futuro. Esta historia optimista podría ayudar a pensar, desde lugares también esperanzados, en futuros no distópicos ni apocalípticos, desde 2021 en adelante. Si bien no podemos cambiar el pasado, ¿Podría el Ecuador dejar de ser un país petrolero en adelante? En la década de 2010 se redactaron, a nivel de planificación nacional, políticas que apuntaban a la explotación del bioconocimiento, inclusive a dejar el petróleo bajo tierra, con la iniciativa Yasuní ITT, despreciada por el mismo gobierno que la promovió, pero fuertemente defendida por el potente movimiento Yasunidos. Esos discursos estuvieron cruzados por epistemologías como ética ambiental, ecología política y economía ecológica, aunque resultaron irrealizables en un Estado autoritario que profundizó en el modelo extractivista (Gudynas, 2016), marcado por corrupción desenfrenada. ¿Será posible que en el futuro esos sueños y retóricas se conviertan en *realpolitik*?

Entendemos que la profundización del modelo extractivista ocurre más allá de ideologías socialistas o capitalistas. Está inmerso en lo que Leff (2004) llama racionalidad económica, que prevalece sobre la racionalidad ambiental, que estaría presente, todavía, en ciertas ideas y praxis de comunidades diversas, que van desde pueblos indígenas hasta movimientos contraculturales en el mundo occidental. Se ha intentado convertir esas propuestas en hegemónicas, por ejemplo, cuando el *sumak kawsay* ('buen vivir', 'vida buena'), una propuesta que pone la reproducción de la vida sobre la producción económica convencional, se erigió en un pilar central de la Constitución de 2008, construida con fuerte presencia de minorías y movimientos sociales (Akchurin, 2015). Pero fueron anuladas y cooptadas por la racionalidad económica, que las menospreció al inscribirlas como



“ecologismo e indigenismo infantil”. Tuvieron igual suerte ideas de envergadura como el manifiesto de la ecología profunda (Naess, 1973), e incluso que las ideas de sustentabilidad débil ancladas en la modernización ecológica (Brundtland *et al.*, 1987). Aun así, es necesario reconocer que esas propuestas, aunque no han logrado ser hegemónicas, han resultado fundamentales para contestar el desarrollismo clásico al estilo sustitución de importaciones (Prebisch, 1949) y para abrir la reflexión hacia otros modelos de desarrollo de desde adentro y desde abajo.

Superar el credo del extractivismo de los recursos no renovables, combustibles fósiles incluidos, requiere dejar atrás determinismos y atavismos de todo tipo, y creer en las utopías sobre las distopías. En esa esfera, el registro de la ucronía emerge como una herramienta poderosa para la creatividad y el optimismo. Para nosotros ha sido un ejercicio provocador. Tras realizarlo creemos que, si pudo existir en el pasado y si ha tenido cabida en nuestra imaginación, podría existir en el futuro un Ecuador sin petróleo, que tendrá que desarrollarse desde dentro y desde abajo para solucionar la marginalidad interna histórica e insertarse en el mundo desde otras lógicas. Es posible construir un *ethos* nacional que no ansíe las enormes rentas del petróleo que construyen sociedades consumistas. Algunos trenes de posibilidades continúan pasando, como el turismo o la agroecología, tan prometedoras en el pasado como hoy en día. También siguen emergiendo amenazas al patrimonio natural y la megadiversidad cultural. Hoy la idea de dejar atrás el petróleo es un sueño que ha llegado hasta las ciudades, ha cruzado mares y está en la cresta de la ola del imparable tsunami del ambientalismo contemporáneo. Quizás se silencien los pozos algún día, la atmósfera deje de sufrir la combustión fósil y el agua los metales pesados. Esa será otra historia, una sin crudo y liberadora.



Referencias bibliográficas

- Acosta Espinosa, A. (2009). La maldición de la abundancia: un riesgo para la democracia. *La Tendencia*, (9), 103-115.
- Akchurin, M. (2015). Constructing the rights of nature: constitutional reform, mobilization, and environmental protection in Ecuador. *Law & Social Inquiry*, (40), 937-968. <https://doi.org/10.1111/lsi.12141>
- Barrow, C. (1988). The impact of hydroelectric development on the amazonian environment: with particular reference to the Tucu-
curui Project. *Journal of Biogeography*, 15(1), 67-78. <https://doi.org/10.2307/2845047>
- Brundtland, G. H., et al. (1987). *Informe de la Comisión Mundial sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo 'Nuestro futuro común'*. Asamblea General de las Naciones Unidas.
- Bustamante, T. (2016). *Historia de la conservación ambiental en Ecuador. Volcanes, tortugas, geólogos y políticos*. FLACSO Ecuador.
- Cadena Cancino, A. R. (2015). La integración en energía eléctrica entre los países de la Comunidad Andina: análisis, obstáculos y desafíos. *Revista Tempo do Mundo*, (1), 7-44. <https://bit.ly/3HNIqKz>
- Célleri, R. y Feyen, J. (2009). The hydrology of tropical andean ecosystems: importance, knowledge status, and perspectives. *Mountain Research and Development*, 29(4), 350-355. <https://doi.org/10.1659/mrd.00007>
- Cortés Maisonave, A. y Ortega García, C. E. (2008). Si ellas no vieran por mí, no tuviera nada: remesas y estructuras financieras locales en el Austro ecuatoriano. Una mirada transnacional al dinero de los migrantes. *Migración y desarrollo*, (11), 31-53. <https://doi.org/10.35533/myd.0611.acm.ceog>



- Cuvi, N. (2005). La institucionalización del conservacionismo en el Ecuador (1949-1953): Misael Acosta Solís y el Departamento Forestal. *Procesos. Revista Ecuatoriana de Historia*, (22), 107-129. <https://bit.ly/3lswwsi8>
- Cuvi, N. (2009). Las semillas del imperialismo agrícola estadounidense en el Ecuador. *Procesos. Revista Ecuatoriana de Historia*, (30), 69-98. <https://doi.org/10.29078/rp.v1i30.125>
- Dodson, C. H. y Gentry, A. H. (1993). Extinción biológica en el Ecuador occidental. En P. A. Mena y L. A. Suárez (eds.), *La investigación para la conservación de la diversidad biológica en el Ecuador* (pp. 27-57). EcoCiencia.
- Duellman, W. E. (1978). *The biology of an equatorial herpetofauna in Amazonian Ecuador*. University of Kansas.
- Etter, A., McAlpine, C. y Possingham, H. (2008). Historical patterns and drivers of landscape change in Colombia since 1500: a regionalized spatial approach. *Annals of the Association of American Geographers*, 98(1), 2-23. <https://doi.org/10.1080/00045600701733911>
- Etter, A., McAlpine, C., Wilson, K., Phinn, S. y Possingham, H. (2006). Regional patterns of agricultural land use and deforestation in Colombia. *Agriculture, Ecosystems and Environment*, (114), 369-386. <https://bit.ly/3Yhqxut>
- Escobar, J. (2002). *La contaminación de los ríos y sus efectos en las áreas costeras y el mar*. Comisión Económica para América Latina y El Caribe.
- Fernández, V. R. (2002). El impacto del terrorismo en las llegadas de turismo internacional-Algunos ejemplos. *Anuario Turismo y Sociedad*, (1), 70-79. <http://bit.ly/3x95NJB>



- Galarza Zavala, J. (1972). *El festín del petróleo*. Editora Sol.
- Gallagher, K. P. y Porzecanski, R. (2009). China and the Latin America commodities boom: a critical assessment. *PERI Working Papers*, (164). <https://doi.org/10.7275/1284614>
- Godard, H. (1987). Quito-Guayaquil: Eje central o bicefalia. En M. Portais y J. C. León (eds.), *El espacio urbano en el Ecuador. Red urbana, región y crecimiento* (pp. 108-136). IPGH y ORSTOM.
- Godard, H. (1992). La distribución de la población urbana ecuatoriana y el crecimiento de la capital. En Instituto Geográfico Militar, *Atlas infográfico de Quito: socio-dinámica del espacio y política urbana* (pp. 30-35). Instituto Geográfico Militar, Instituto Panamericano de Geografía e Historia Sección Nacional del Ecuador, e Institut Francais de Recherche Scientifique pour le Développement en Coopération.
- Gómez de la Torre, S., Anda, S. y Bedoya Garland, E. (2017). Procesos políticos y estructurales de la deforestación en la Amazonía: el caso de Tena, Ecuador (2014). *Espacio y Desarrollo*, (29), 7-36. <http://bit.ly/3HV9ckq>
- Gordillo, R. (2003). ¿El oro del diablo? Ecuador: historia del petróleo. Corporación Editora Nacional.
- Grenier, C. (2007). *Conservación contra natura. Las islas Galápagos*. Instituto Francés de Estudios Andinos, Embajada de Francia en el Ecuador, Institut de Recherche Pour le Développement, Universidad Andina Simón Bolívar, Abya-Yala.
- Gudynas, E. (2016). *Derechos de la naturaleza: ética biocéntrica y políticas ambientales*. Abya-Yala.
- Hamilton, S. E. y Stankwitz, C. (2012). Examining the relationship between international aid and mangrove deforestation in coastal



Ecuador from 1970 to 2006. *Journal of Land Use Science*, 7(2), 177-202. <https://doi.org/10.1080/1747423X.2010.550694>

Harari, R., Harari, H., Harari, N. y Harari, F. (2011). *Producción bananera. Impacto en la Salud y el Ambiente*. Federación Nacional de Trabajadores Agroindustriales, Campesinos e Indígenas Libres del Ecuador (FENACLE), Fondo de Cooperación al Desarrollo-Solidaridad Socialista (FOS) y Corporación para el Desarrollo de la Producción y el Medio Ambiente Laboral (IFA).

Hennessy, E. (2019). *On the backs of tortoises: darwin, the galapagos, and the fate of an evolutionary eden*. Yale University Press.

Hofstede, R. G. M., Lips, J. M. y Jongsma, W. (1998). *Geografía, ecología y forestación de la Sierra Alta del Ecuador: Revisión de literatura*. Abya-Yala.

Huttel, C., Zebrowski, C., Gondard, P. y Bourliaud, J. (1999). *Paisajes agrarios del Ecuador* (Tomo V, Vol. 2). Instituto Panamericano de Geografía e Historia e Institut de Recherche pour le Développement.

Johnson, H. G. (1976). Panama as a regional financial center: a preliminary analysis of development contribution. *Economic Development and Cultural Change*, 24(2), 261-286. <https://doi.org/10.1086/450869>

Kelleher, G. (1999). *Guidelines for marine protected areas*: IUCN, Gland, Suiza y Cambridge, UK.

Kimerling, J. (1993). *Crudo amazónico*. Abya-Yala.

Koens, J. F., Dieperink, C. y Miranda, M. (2009). Ecotourism as a development strategy: experiences from Costa Rica. *Environment, Development and Sustainability*, 11(6), 1225. <https://doi.org/10.1007/s10668-009-9214-3>



- Larrea Maldonado, C. (2006). *Hacia una historia ecológica del Ecuador. Propuestas para el debate*. Universidad Andina Simón Bolívar, Corporación Editora Nacional, EcoCiencia.
- Leff, E. (2004). *Racionalidad ambiental. La reapropiación social de la naturaleza*. Siglo XXI.
- Macas, L. (1992). El levantamiento indígena visto por sus protagonistas. En D. Cornejo Menacho (ed.), *Indios. Una reflexión sobre el levantamiento indígena de 1990* (pp. 17-36). Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales.
- Mena, P. A. y Suárez, L. (eds.) (1993). *La investigación para la conservación de la diversidad biológica en el Ecuador*. EcoCiencia.
- Mena, C. F., Bilsborrow, R. E. y McClain, M. E. (2006). Deforestation in the Napo Basin: Socioeconomic factors, spatial patterns, and metrics. *Environmental Management*, 37(6), 802-815.
- Mena, C. F., Laso, F., Martínez, P. y Sampedro, C. (2017). Modeling road building, deforestation and carbon emissions due deforestation in the Ecuadorian Amazon: the potential impact of oil frontier growth. *Journal of Land Use Science*, 12(6), 477-492. <https://doi.org/10.1080/1747423X.2017.1404648>
- Minda Batallas, P. A. (2004). La deforestación en el norte de Esmeraldas (Eloy Alfaro y San Lorenzo). *Universitas: Revista de Ciencias Sociales y Humanas*, (4), 95-108. <https://bit.ly/3lly5H>
- Naess, A. (1973). The shallow and the deep, long-range ecology movement. A summary. *Inquiry*, 16(1-4), 95-100. <https://doi.org/10.1080/00201747308601682>
- Nickson, R. A. (1982). The Itaipú Hydro-Electric Project: The Paraguayan perspective. *Bulletin of Latin American Research*, 2(1), 1-20. <https://doi.org/10.2307/3338386>



- Ospina Peralta, P. (2003). El hada del agua. Ética ambiental y actores sociales en Galápagos. *The Journal of Intercultural Studies*, (30), 30-59.
- Ospina Peralta, P. (2020). *La aleación inestable. Origen y consolidación de un Estado transformista: Ecuador, 1920-1960*. Teseo y Universidad Andina Simón Bolívar.
- Parker, T. A. y Carr, J. L. (1992). *Status of forest remnants in the Cordillera de la Costa and adjacent areas of southwestern Ecuador*. Conservation International.
- Prebisch, R. (1949). *El desarrollo económico de la América Latina y algunos de sus principales problemas*. Comisión Económica para América Latina.
- Pérez Alfonso, J. P. (1976). *Hundiéndonos en el excremento del diablo*. Editorial Lisbona.
- Sezgin, E. y Yolal, M. (2012). Golden age of mass tourism: Its history and development. En M. Kasimoglu (ed.), *Vision for global tourism industry: Creating and sustaining competitive strategies* (pp. 73-90). Intechopen.
- Sierra, R. (1999). *Vegetación remanente del Ecuador continental. Circa 1996*. Escala 1:1'000.000. Proyecto INEFAN/GEF-BIRF y EcoCiencia.
- Sierra, R. (2013). *Patrones y factores de deforestación en el Ecuador continental, 1990-2010. Y un acercamiento a los próximos 10 años*. Conservación Internacional Ecuador y Forest Trends.
- Tschopp, H. J. (1953). Oil explorations in the Oriente of Ecuador, 1938-1950. *AAPG Bulletin*, 37(10), 2303-2347. <https://doi.org/10.1306/5CEADD94-16BB-11D7-8645000102C1865D>



- Twilley, R. R. (1989). Impacts of shrimp mariculture practices on the ecology of coastal ecosystems in Ecuador. En S. Olsen y L. Arriaga (eds.), *A sustainable shrimp mariculture industry for Ecuador* (pp. 91-120). The University of Rhode Island Coastal Resources Center.
- United Nations. (2017). The end of the Golden Age, the debt crisis and development setbacks. En Department of Economic and Social Affairs, *World Economic and Social Survey 2017* (pp. 49-72). United Nations.
- Wasserstrom, R. y Southgate, D. (2013). Deforestation, agrarian reform and oil development in Ecuador, 1964-1994. *Natural Resources*, 4(01), 31. <https://doi.org/10.4236/nr.2013.41004>
- Wunder, S. (1996). *Los caminos de la madera*. Programa Regional Bosques Nativos Andinos, IUCN y DDA.
- Zalles, J. I. (2018). Turismo basado en naturaleza y conservación biológica: decisiones de uso de suelo en Mindo. *Letras Verdes, Revista Latinoamericana de Estudios Socioambientales*, (23), 178-198. <https://doi.org/10.17141/letrasverdes.23.2018.2861>



LA
HISTORIA
QUE *pudo*
HABER SIDO

LA ORGANIZACIÓN INDÍGENA AMAZÓNICA. UN PROCESO DETERMINANTE PARA EL ECUADOR. SIN EL DESARROLLO DE LA EXTRACCIÓN PETROLERA

3

Felipe Terán Romo Leroux

Introducción

Inicio este ensayo explicando la connotación semántica del tiempo verbal “habría”, porque el contenido de este documento se basa en un futuro imperfecto que abre posibilidades más allá del compás propuesto por los acontecimientos más “sobresalientes” que sucedieron en el Ecuador del siglo XX. En este sentido, relato en términos distintos a los planteados por la retórica del desarrollo de la extracción petrolera para el caso ecuatoriano. Pues el relato desarrollista parte de un momento político crítico en los años sesenta, en el que hubo rivalidades partidistas y golpes de estado supuestamente innegociables, los cuales solo desaparecieron tras consumarse la Junta Militar de Gobierno de 1963. Así, el denominado *boom petrolero* sirvió a la recomposición de la hegemonía política nacional, durante las tres dictaduras militares situadas temporalmente entre 1963 y 1979.



Hay varios factores que incidieron en los acontecimientos tal cual fueron relatados hasta la actualidad. El primero fue el descubrimiento de yacimientos petrolíferos en el sector colombiano del Putumayo a principios del siglo XX. El segundo fue la conflictividad política entre varias tendencias de liberales y conservadores, lo cual significaba la aparición de un cisma acrecentado por la entrada del Ecuador a la economía exportadora globalizada de aquella centuria. La cuestión es que la economía, antes de los años sesenta, giraba en torno a las haciendas, las cuales en la Sierra fueron opacadas por el surgimiento de las haciendas de la Costa, mientras en el Oriente o Amazonía las haciendas dependían directamente de la explotación de otros recursos naturales como el caucho, así como en otras épocas anteriores al s. XX sucedió con la canela y la quinina.

En lo político, prevalecieron las discusiones liberales dirigidas al cumplimiento de las reformas liberales invocadas en la Revolución Liberal de 1895. De aquí sobresalieron las posturas radicales y moderadas. Las radicales pretendían libertades económicas con base en la ampliación de los derechos de ciudadanía para todas las clases sociales, mientras que, las moderadas deseaban equiparar las ventajas competitivas entre la diversidad de haciendas en el Ecuador. El problema fundamental devino años después de la Revolución Liberal, cuando las haciendas liberales de la Costa tomaron la hegemonía nacional y las haciendas conservadoras de la Sierra se derrumbaron, porque se negaban a contribuir en la instauración de las reformas liberales. Así, las haciendas de la Costa manejaron el flujo del capital financiero, por lo tanto, la economía de la Costa impuso las tasas crediticias.

La debacle de las haciendas conservadoras de la Sierra, por un lado, derivó en la Revolución Juliana, ocurrida el 9 de julio de 1925 (Gobierno de la República del Ecuador, 10 de julio de 1925). Esta revolución fue el motor institucional para la consolidación de las bases organizativas de indígenas y campesinos, ya que las condiciones de vida dentro de las haciendas serranas eran precarias y reflejaban modos de producción y convivencia tradicionales, en las cuales, las jerarquías sociales eran delimitadas por la economía moral, con esto último me refiero a tratos diferenciados entre patrones y trabajadores o proveedores, que entre sí, configuraban códigos



de lealtad indisolubles e individualistas, más que nada, cuando se trataba de disputas que podrían formar cuerpos colectivos de protesta en contra del régimen hacendatario. Así, lo que era funcional para el siglo XIX terminó siendo inconcebible para la conformación del liberalismo del siglo XX.

Sobre todo, las perspectivas indígenas de la Sierra oscilaban entre el influjo de las libertades ciudadanas que ofrecían los liberales radicales, la igualdad de clases sociales en la que estaban empeñados los socialistas, mientras desde la óptica conservadora se exigía la restitución de los valores culturales endogenizados. Hacia estos principios, en su conjunto, apelaban los indígenas en sus protestas dentro y fuera de las haciendas. Pero, si bien, desde los indígenas no había discriminación al apoyo externo a las comunas, estos grupos, en sentido colectivo trabajaban en la constitución de patrimonios materiales propios.

¿Problemas en el mercadillo? La gran transformación del poder

Según el historiador Esteban López (2020), el poder terrateniente en el Ecuador se habría erosionado desde inicios del siglo XX, después de la Revolución Liberal de 1895. A partir de este derrumbe surgen corrientes intelectuales ligadas al indigenismo y al costumbrismo, las cuales afirman la existencia de un temor en las élites hacendatarias de la Sierra, un miedo atado a las formas de interpretar el ascenso de las organizaciones sociales de base comunal. En el mismo texto, López Andrade señala que la historiografía tradicional-funcionalista que cultivó hasta los años setenta la historia política nacional se enfocó en resaltar los conflictos entre liberales, radicales, conservadores y socialistas, más que en los procesos avanzados de constitución del poder comunal. Así, los sucesos relacionados a las asambleas o cabildos cívico-liberales de la Costa podrían repetirse con mayor potencia en la Sierra.



Al terminar los años treinta, emergió una dictadura cívico-militar¹ que se impacientó con el incremento de la capacidad organizativa de los indios² de la Sierra. En este sentido, para 1937, el entonces gobernante Federico Páez Chiriboga creó la Ley del Régimen de Comunas (Gobierno de la República del Ecuador, 6 de agosto de 1937). La intención de esta ley era el control estatal de las actividades organizativas, no solo de los indios sino también de los pueblos colonos y campesinos mestizos, cholos, mulatos y afrodescendientes.

La creciente preocupación del Estado por la organización de los indios y campesinos, en general, contra el régimen de hacienda, derivó en un aparato sistémico corporativo que también incluyó a las iglesias y a las élites locales que hasta los años treinta preferían mantenerse tras las sombras de los nuevos emporios clasistas instalados a lo largo y ancho de las grandes haciendas conservadoras y liberales relacionadas íntimamente a los gobiernos constitucionales del Ecuador. Mas el auge y expansión del socialismo también deseaba captar las formas organizativas del campo a través de la extensión política de las acciones realizadas por los liberales radicales.

Sin embargo, la historia reconoce formas organizativas previas. La organización histórica de los indios en condiciones de colonización extensiva poscontacto, desde el siglo XVI hasta el XX pasó de las mitas a las encomiendas, de las encomiendas a las reducciones y a los obrajes, y, de cualquiera de estas dos últimas instituciones a las haciendas, el producto final de todo esto fue el denominado *concertaje*.³

-
- 1 Esta dictadura cívico-militar fue anterior a las dictaduras militares que gobernaron el Ecuador entre 1963 y 1979, época en la cual surgió el contexto político idóneo para implantar el “boom” petrolero en Ecuador.
 - 2 En el texto se observa una variación intencional del término “indio”, ya que éste fue utilizado de forma generalizada hasta inicios del siglo XX, pero en el transcurso de la segunda mitad del siglo XX fue mutando hacia lo “indígena”, y para el XXI cambió a “pueblos y nacionalidades indígenas”. Todo esto sucedió como resultado del trabajo organizativo, sobre todo indígena e indigenista, que determinó la ampliación de la terminología a partir de nociones semánticas que van desde el reconocimiento de las diversidades culturales indígenas, hasta la definición territorial de los colectivos vinculados a estas acepciones terminológicas.
 - 3 El proceso económico-institucional instaurado desde las mitas hasta el concertaje se podría catalogar como un importe generalizado en todo el Ecuador. Sin embargo, la emergencia de las reducciones fue exclusiva de la región amazónica. Y en la Sierra, en cambio, los obrajes se consolidaron en haciendas obrajeras.



Fue justamente en el contexto republicanista que el concertaje, para los siglos XIX y XX, vislumbraba la presencia estatal corporativa, la cual maximizó su potencial de cobertura militarizada a partir de los años sesenta. Por eso, varios historiadores convergen en que mucha de la literatura producida en los años setenta habla de las protestas y emergencias de liderazgos históricos dentro de las haciendas (Becker, 2009), de los pactos apresurados bajo presión poblacional entre indígenas particulares, comunidades y hacendados (López, 2016, 2020), y, de la necesidad acelerada de implantar sistemas de administración de poblaciones basadas en mecanismos de ventriloquía mestiza para la transmisión de las ideas indígenas (Guerrero, 2010). Para los tres investigadores, la agencia política del pueblo indígena era mayor a la estimada públicamente por las autoridades ordinarias.

Cada corriente política captaba y replicaba las formas variadas de organización social en el Ecuador para llevar a cabo sus estrategias de posicionamiento territorial. Se consideraba que las políticas públicas debían ejecutarse bajo el manto de grupos humanos que ofertaran o consignaran su apoyo y mano de obra a escala colectiva. No solo bastaba con la voluntad de los líderes locales comunitarios ni con el trabajo individual o familiar, sino que se incluía al modo comunal de acción conservativa de los territorios colectivos y parcelas, cuestión que se configuró, institucionalmente, a través de las comunas, centros, comunidades y cooperativas. Sin dejar de lado la instauración de reservas naturales en las cuales pudieran habitar las poblaciones ya organizadas.

Ese mecanismo de control estatal no era novedoso, pero sí era muy efectivo y fue empleado a rajatabla en los programas de colonización de todo el Ecuador, más aún en el margen de la Ley de Reforma Agraria y Colonización de 1964 (Gobierno de la República del Ecuador, 28 de septiembre de 1964), cuando la dictadura militar de la época decidió aceptar “inversiones iniciales” y repartir el Oriente⁴ a la compañía Texaco-Gulf y una docena de concesionarias nacionales y extranjeras. Solo quedaban por

4 “Oriente” es el término con el que también se ha conocido a la Amazonía ecuatoriana, sobre todo, hasta ya avanzado el siglo XX.



fuera de la colonización los territorios “reservados” para ciertos pueblos indígenas, entre ellos los cofanes, sionas y secoyas (siekopai) para el caso de la frontera ecuatoriana norte.

Así, la “inversión inicial” fue repartida entre los gobernantes de turno. Todos ellos recibieron una tajada del “pastel” dividido por el Estado, con la condición de “eliminar” el comunismo (Gobierno de la República del Ecuador, 11 de julio de 1963) y la autodeterminación de las organizaciones indígenas y campesinas. Tras largas deliberaciones sobre cómo repartir su propio mercadillo, se crearon nuevos roles, se concedieron tierras y abundaron las ganancias. En esto pasaron varias dictaduras militares y algunos gobiernos civiles que aupaban los beneficios ideados por la dictadura. Así, hubo cambios en la participación estatal pero ninguna transformación en el destino de las rentas.

La última revolución del siglo XX en Ecuador

Entonces, si no hubiera existido el desarrollo de la extracción petrolera en Ecuador, seguramente, los políticos conservadores, liberales, radicales y socialistas habrían entrado en un conflicto cívico-militar ampliado, de pronto visualizado en una nueva revolución que diseminara las tensiones del siglo XX. Todo esto por el control del sistema financiero y la productividad de las tierras, las cuales pertenecían a las haciendas de distintos dueños y familias aristócratas enfrentadas entre sí. En este sentido, la competitividad tan anhelada por el liberalismo se convertiría en una lucha frontal por la captación de tierras y recursos económicos entre terratenientes. Esto, a parte de los inconvenientes que provenían de la economía moral, mediante la cual las tierras ya tendrían otros propietarios formalmente no reconocidos. La gran mayoría de propiedades eran negociadas de manera informal, motivo por el que los indios protestaban dada la arbitrariedad de las titulaciones al interior de las haciendas.



En la Sierra, las tierras eran destinadas a los “huasipungos”, para que los indios cumplieran con las deudas y “concertaciones” mantenidas con los hacendados, lo que significaba la presencia de relaciones codependientes entre ambos sectores. Ciertamente, el nivel organizativo de las bases indígenas y campesinas habría sido decisivo a la hora de los enfrentamientos entre los grandes emporios familiares, corporativos y financieros que auspiciaban a conservadores, liberales, radicales y socialistas. Eso no omitiría, sino potenciaría, la existencia de un posicionamiento colectivo como indígenas.

Pero el “boom” petrolero contrajo en gran medida las disputas políticas nacionales. En cambio, la autodeterminación de las organizaciones indígenas y campesinas sería desactivada con la intención de que estas organizaciones participaran en los programas desarrollistas. La posibilidad de la tenencia de tierras individuales, familiares y comunales, sin que existiera un conflicto cívico-militar de por medio, fue la guía que orientó al Estado corporativo militarizado, si se la observa como la carta clave para activar la que sería la última “revolución” del siglo XX.

En esta línea, la extracción petrolera transformó la estructura orgánica de los pueblos en general y primó el interés por la propiedad privada. Así, los colectivos creados en el siglo XX aún no conocerían otra posibilidad de autonomía territorial. Sin embargo, para los años sesenta, la potencia organizativa de indígenas y campesinos habría superado todo lo proyectado por la política nacional de facto.⁵

Una vez repartidas las propiedades, las “inversiones iniciales” y las tierras amazónicas, el resultado fue la desventaja comparativa entre los pueblos. Mas la lucha colectiva persistió y rebasó la barrera imaginaria del siglo XX, cuando en el s. XXI todavía se discute si la participación de los pueblos indígenas en el Estado nación es más funcional al sistema político nacional y está menos adaptado a las exigencias comunales dentro de los territorios locales institucionalizados (parroquiales, cantonales y provinciales).

5 A partir de los años ochenta, el movimiento indígena amplió su presencia política a manera de actor social deliberante, por medio de la presión social, para enfrentar las decisiones del Estado nacional “democrático”.



Puedo afirmar que la extracción petrolera evitó un último gran conflicto, pero en cambio alargó los problemas sociales del Ecuador en un tiempo aproximado de dos décadas (entre los años sesenta y setenta), periodo de tiempo en el cual las haciendas recibieron muchos beneficios económicos al “ceder” sus peores tierras, las compañías petroleras “sangraron” la Amazonía contaminándola de forma indiscriminada, las iglesias renovaron su “imagen” pastoral frente a los mismos pueblos que tuvieron bajo su tutela predeterminante y los partidos políticos se mantuvieron en el poder sin resignar las dádivas otorgadas por un Estado en aparente plenitud y bienestar hasta implantar el desarrollismo.

Sin embargo, al repensar un escenario contrafactual (en el que las luchas entre conservadores, liberales, radicales y socialistas consumieran cualquier intento dictatorial por mantener un orden sin los ingresos económicos del extractivismo) se permitiría la continuidad de la activación autonómica de los pueblos indígenas y campesinos, quienes estarían dispuestos a enfrentarse en favor o en contra del régimen de hacienda, si este último no cumplía con los ofrecimientos relacionados a la cesión definitiva de tierras, sin concertajes ni chantajes. El concertaje llegaría a su inevitable final, tal cual ocurrió.

La capacidad organizativa de los pueblos indígenas habría generado grandes levantamientos en toda la Sierra, mientras que los jornaleros de la Costa se reagruparían para exigir la independencia laboral prometida durante la Revolución Liberal de 1895 y los amazónicos habrían controlado todo el territorio oriental gracias a sus capacidades de movilidad, desplazamiento y maniobra en terrenos difíciles para la adaptación mestiza, al ser accidentados, de acceso complicado y sin servicios básicos.

Dos líderes indígenas amazónicos, Vicente Vargas (2017) y Luis Miguel Tankamash (2014), kichwa y shuar, respectivamente, coinciden en algo muy importante “sin indígenas, los blancos, mestizos, cholos y afrodescendientes no habrían podido asentarse en nuestra Amazonía” (V. Vargas, entrevista personal, 2017; L. M. Tankamash, entrevista personal, 2014). En este mismo sentido, los “nuevos” administradores públicos y privados de



la Amazonía habrían tenido que retirarse de la selva, una vez más, así como muchos de sus antecesores (misioneros, colonos, funcionarios y gobernantes).

A la par, la propensión hacia el conflicto habría alcanzado los límites internacionales y, posiblemente, algunas corporaciones verían la oportunidad de industrializarse, en una nueva ocasión, dentro de otros territorios que no han sido explotados por ellos mismos. Pero quizás la conciencia nacionalista de la época, tras la guerra desatada con el Perú en 1941 y atravesada por la ambición de captar tierras a escala regional por parte de las empresas corporativas transnacionales, habría puesto en disputa al Ecuador tal cual lo conocemos ahora. Una división territorial más profunda a nivel de regiones habría sido lo más inminente, así como ocurrió en la “revolución” de La Gloriosa,⁶ con la posterior unificación política nacional. Pero al menos, la subversión del poder sería una realidad posible a raíz de la conflictividad propuesta.

Este último escenario no quita la posibilidad de otra hegemonía orientada por el movimiento indígena, lo que no excluye un invariable aprovechamiento de otras clases sociales y grupos étnicos o nacionalidades interesadas en el control territorial de la Nación. En este sentido, nos hallaríamos frente a la continuidad de la recomposición de las jerarquías políticas que han trastornado y motivado, con diversos resultados, la función de los movimientos políticos locales. Sin embargo, pensar en la ampliación de un poder popular constituyente, sostenible y de escala nacional, siempre será una posibilidad imaginable en el caso de que las condiciones políticas así lo requieran y permitan.

6 El 28 de mayo de 1944 sucedió este levantamiento social que derrocó al entonces presidente Carlos Arroyo del Río. Este hecho habría marcado los signos de la continua rivalidad hacendaria entre los rezagos de la plutocracia liberal costeña y ciertos sectores conservadores de la sierra. La continuidad en la disputa territorial entre grupos políticos es una muestra de los múltiples intentos por consolidar el poder desde la economía local.



Sin petróleo, el posible aceleramiento de la autodeterminación indígena

La autodeterminación, de acuerdo con lo señalado por Sofía Cordero (2017), se llega a expresar por medio del derecho de los pueblos y nacionalidades al “autogobierno”. Fernández y Puente (2012) coinciden en que, al revisar las demandas de los movimientos indígenas que antecedieron a los procesos constituyentes del siglo XXI, se puede identificar que su intención se enfocaba precisamente en la formación de “gobiernos autónomos con facultades de carácter ejecutivo, normativo, administrativo y jurisdiccional; [además de incluir] la posibilidad de definir políticas comunitarias, sistemas sociales, económicos, políticos y jurídicos” (Fernández y Puente, 2012, pp. 61-62). A estas atribuciones, también se añaden el reconocimiento de las estructuras de gobierno propias, la posibilidad de elección de sus propias autoridades y la administración de justicia indígena en el marco estatal.

El concepto de autodeterminación, bajo la mirada de autores como Albó (2010) y Cordero (2017), se relaciona con el derecho a definir y definirse a partir de un territorio que ha sido usurpado y negado desde la colonización hispanoamericana. Sin embargo, Barrera (2017) plantea que la “defensa del territorio forma parte de su autodeterminación, la cual juega un papel crucial en una propuesta étnico-política” (p. 122). De este modo, se percibe que la noción de autodeterminación trasciende el ámbito jurídico, al ser una noción que no encaja en todas sus aristas bajo la categoría de “derecho ordinario”, pero en cambio, los alcances de la autodeterminación sí empatarían con patrones orgánicos desde la cultura.

Al centrarme en el caso de los pueblos y nacionalidades indígenas de la Amazonía, todos cultivaron patrones orgánicos a través de estructuras culturales propias, en manifestaciones, acciones y expresiones orientadas hacia la conformación de las nacionalidades indígenas. Algunos alcances fueron trabajados bajo estatutos comunales. Estos estatutos convocaron al reconocimiento territorial de la autodeterminación indígena. Aun así, hay dos condiciones que favorecerían el desarrollo de la hegemonía indi-



gena en la Amazonía. “Estas condiciones son la adaptación y la reproducción social en la Amazonía” (Whitten, 2017). Si me concentro en los dos pueblos y nacionalidades más consolidados del territorio amazónico en el siglo XX, kichwas y shuar, ambos entran de forma directa en los campos de disputa política, sea para negociar como para activar su territorialidad o apropiación territorial.

Si bien la territorialidad o apropiación territorial pueden asentarse en procedimientos estatutarios, la base social organizativa está en las diversas expresiones culturales como la significación autodeterminada del monte, lagunas y ríos. En ciertos casos se ha expuesto el enfrentamiento ontológico entre distintas formas de concebir la relación entre la Amazonía y los diversos pueblos y nacionalidades indígenas. Pero también se observa en la historicidad indígena que sucedieron una serie de concesiones territoriales para definir territorios particulares, que, hoy en día, se estima que aparecieron por influencia de la intermediación cultural; en este caso, las campañas políticas que pululaban en aquellos tiempos, los gobiernos dictatoriales, las misiones religiosas, la cooperación internacional y la institucionalidad encargada de la previsión social (mediante la asistencia de funcionarios públicos especializados en este ámbito).

La cuestión es que para los pueblos y nacionalidades indígenas el rol de la intermediación es temporal y su importancia es mucho menor al sentido de comunidad que conforman las familias o los grupos étnicos emparentados. En este sentido, la efervescencia de la organización socio-política indígena, más allá de haber recibido sustanciales influjos de grupos intermediarios, habría sido indetenible para un Estado nación debilitado por las confrontaciones políticas entre las élites económicas agropecuarias y agroexportadoras. Además, los pueblos campesinos también padecían las consecuencias del despojo estatal y de la intención del Estado por confrontar a los colonos con los pueblos y nacionalidades indígenas. Seguramente, esta especulación confrontativa hubiera sido la primera gran derrota estatal.

Entonces, habrían surgido múltiples propuestas para cooptar a los pueblos y nacionalidades indígenas dentro de la maquinaria del Estado,



finalmente, la preocupación por la seguridad interna y externa habría sido determinante para lo que ocurriría después a escala internacional. Sin petróleo y con una primera dictadura militar, sin los recursos económicos del desarrollo petrolero, solo sustentada en “inversiones iniciales” extranjeras, anteriores a los años setenta⁷, y con una propensión muy alta al sobreendeudamiento.

Pero si seguimos el proceso de historia contrafactual, para los años sesenta, el Ecuador ya sería el primer país sudamericano en ser autogobernado por uno o varios líderes indígenas. Si este gobierno resistía la presión continental durante la década de los setenta, la simetría político-territorial entre todos los pueblos y nacionalidades definiría otro tipo de sistema político, quizá, asentado sobre las bases de las asambleas comunitarias y populares.

El gobierno nacional recaería en una asamblea o consejo plurigubernamental, en un delicado equilibrio existente entre los gobiernos autónomos indígenas y los gobiernos mestizos que no hayan decaído en la última revolución. Es muy difícil proyectar qué grupos habrían conformado el plurigobierno, pero lo más seguro es que las élites liberales de la Costa se mantendrían mejor conformadas que las élites conservadoras de la Sierra. Estas últimas sucumbirían muy pronto en sus propias haciendas tradicionales frente a las élites liberales serranas. Así, con una posición distinta, el liberalismo habría triunfado una vez más, y sería un punto de “encuentro” para el plurigobierno. Esto funcionaría, únicamente, si se mantuviera la autonomía de los pueblos y nacionalidades bajo los términos de una nueva hegemonía. Caso contrario, la revolución no cesaría y se extendería por más tiempo.

7 La intervención directa de la Alianza para el Progreso, en sus inicios, se dio a través de créditos de inversión agropecuaria. Esto ocurrió en las décadas de 1940 y 1950, sobre todo durante el gobierno de Galo Plaza Lasso, entre 1948 y 1952, quien promovió programas “estrella” o estratégicos de remonta, categorizando e implantando una gran cantidad de tierras en calidad de aptas para la ganadería, eso sí, previamente calificadas como terrenos baldíos. Esta maniobra liberal tuvo la intencionalidad de reducir la magnitud de los territorios de reserva que serían la base territorial de los asentamientos indígenas en los años sesenta.



Conclusión

La posibilidad de evitar enfrentamientos armados internos al subvertir las relaciones de poder económico local ha sido una de las aspiraciones políticas del liberalismo hegemónico que gobernó antes y después de la época dictatorial entre 1963 y 1979, de hecho fue la opción para la gobernabilidad de los mandatos de Galo Plaza Lasso (1948-1952) y Jaime Roldós Aguilera (1979-1981), pues eso propició la popularidad y preponderancia de sus gobiernos a través de la promoción agropecuaria dentro y fuera de las unidades productivas que pertenecían a las haciendas.

Pero si se piensa en la desaparición de un factor económico decisivo, en este caso el petróleo, que influyó en la constitución de una serie de dictaduras militares encargadas de enfilarse al Ecuador hacia el desarrollismo, la alternativa “sin petróleo” no habría sucedido sin altercados nacionales, o quizás, habría pasado de alguna otra manera a la industrialización, lo cual aumentaría la presión laboral sobre las haciendas para alcanzar mayores niveles de productividad, lo que desencadenaría levantamientos indígenas y campesinos, sofocados por el Estado y por las tácticas hacendatarias de conceder tierras a indígenas y campesinos “arrimados” a los terratenientes.

Ahora, una vez superadas las estrategias estatales y las tácticas hacendatarias, sin petróleo, habría mayores posibilidades de confeccionar movimientos sociales que pondrían en juego su propia integridad colectiva para reclamar lo que les pertenece por derecho propio, que en primera instancia es su fuerza laboral, precisamente, en los lugares que producen y reproducen su modo de vida. Con esto, sin dudas, me refiero a la autodeterminación sobre los territorios ocupados o trabajados por familias indígenas y campesinas.

Aun así, es casi seguro que la organización indígena-campesina habría aceptado la conformación de un plurigobierno en el que participaran todos los otros pueblos y nacionalidades bajo normas que declaren la autonomía territorial, libres de haciendas y artilugios por parte de la sociedad



blanco-mestiza. El planteamiento de la simetría en la autoridad sería determinante para consolidar este tipo de gobierno, aunque el modelo liberal prevalezca con el propósito de respetar la propia autodeterminación de los pueblos mestizos y no mestizos, quienes también han sido afectados por la extensiva posición económica tradicionalista, pues varias de las reformas liberales sobre la cesión de tierras ya habrían sido empleadas para la gobernabilidad conservadora, antes de 1895, con el fin de controlar la subversión liberal y mantener el régimen tradicional de hacienda, lo cual como ya se sabe, tendría una fecha de caducidad impostergable.



Referencias bibliográficas

- Albó, X. (2010). Las flamantes autonomías indígenas en Bolivia. En M. González, A. Burguete y P. Ortiz (coords.), *La autonomía a debate, Autogobierno indígena y Estado plurinacional en América Latina*. FLACSO, GTZ, IWGIA & CIESAS, UNICH.
- Barrera, E. (2017). El sentido de comunalidad y la lucha del pueblo Mixe. *Revista Eutopía*, 1(11), 115-128. <https://doi.org/10.17141/eutopia.11.2017.2555>
- Becker, M. (2009). *Historia social y agraria de Cayambe*. Ediciones Abya-Yala.
- Cordero, S. (2017). *Estado plurinacional y autodeterminación en Bolivia y Ecuador: experiencias de construcción de autogobierno indígena*. (Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales con especialización en Estudios Políticos). FLACSO Ecuador.
- Fernández, B. y Puente, F. (2012). Configuración y demandas de los movimientos sociales. *ÍCONOS*, 1(44), 49-65. <https://doi.org/10.17141/iconos.44.2012.330>
- Guerrero, A. (2010). *Administración de poblaciones, ventriloquía y transcritura*. FLACSO Ecuador.
- López Andrade, E. (2016). *La sombra alargada de la hacienda: hacienda y poder en la conformación del mundo pos reforma agraria: el caso de Columbe Grande (Chimborazo)*. FLACSO Sede Ecuador.



López Andrade, E. (2020). Coloquio de avances del primer capítulo de tesis doctoral realizado por FLACSO Sede Ecuador, en el cual participó el historiador Esteban López Andrade con el tema: “El poder gamonal en la provincia de Chimborazo, los casos de Columbe Grande y Llinllín en el siglo XX”.

Gobierno de la República del Ecuador. (10 de julio de 1925). *Registro Oficial*, año I número 1. Junta de Gobierno Provisional del Ecuador.

Gobierno de la República del Ecuador. (6 de agosto de 1937). *Registro Oficial*, año II número 558. Administración del Ingeniero Federico Páez, encargado del Mando Supremo de la República del Ecuador.

Gobierno de la República del Ecuador. (11 de julio de 1963). *Registro Oficial*, año 1 número 1. Administración de la Junta Militar de Gobierno.

Gobierno de la República del Ecuador. (28 de septiembre de 1964). *Registro Oficial*, año 2 número 342. Administración de la Junta Militar de Gobierno.

Whitten, N. Jr. (2017). *Patterns through time: an ethnographer's quest and journey*. Sean Kingston.

LA HISTORIA DEL PUEBLO A'Í KOFÁN SIN PETRÓLEO

4

Alexandra Almeida

El pueblo a'í kofán: orígenes

Los a'í se autodefinen como gente de familia que ha querido diferenciarse de los demás grupos humanos que a lo largo de la historia han vivido cerca de ella y de los animales; aunque los mayores cuentan que hubo un período, en el tiempo primordial, en que los seres humanos y los animales vivían amigablemente y entre ellos no había diferencia alguna (FEINCE, 2002). Su lengua es el a'íngae, un idioma aislado, no relacionado con ninguna familia de lenguas conocidas (Cepek, 2018).



El nombre *kofán*¹ les pusieron los españoles y no está muy claro qué significa, suele traducirse como los “hombres que navegan”. Otra explicación es que quizás los llamaron así porque en el lugar donde vivían había mucha cofa, que es una hoja de la selva que sirve para hacer casas. También se cree que los españoles, al ver de lejos en los cerros a algún kofán con corona, pensaron en la cofa de los barcos —que es la plataforma en donde se solían ubicar los vigías—. Sin embargo, lo más probable es que el nombre provenga del río Cofa, que hoy se conoce como río Cofanes (FEINCE, 2002).

La vida y la historia de los kofanes comienza en los tiempos primeros, en el principio, cuando todo estaba naciendo porque Chiga² estaba presente. Los tiempos primeros eran tiempos de armonía: Chiga, los hombres, las mujeres, los animales, los kukuya³ y los demás seres que pueblan la selva convivían en relativa armonía.



Imagen elaborada por Martín Criollo, 2020

Según el mito de creación de los kofanes, el inzapa u'fa⁴ es la primicia, a través de esta planta la gente a'i conoce el espacio terrenal y celestial. Los dueños de la Tierra son la lagartija y la iyufa (lombriz), estos animalitos mantienen el equilibrio y sostienen al planeta Tierra; es por eso que los Kuenzandekhû⁵ prohíben cazar a estos seres sagrados, porque si los maltratan se extinguen y el mundo se acaba. Las lagartijas y las lombrices son una especie de eje transversal para la vida del planeta Tierra (Criollo, 2020).

- 1 En español, la palabra se escribe con ce: *cofán*.
- 2 Los kofanes traducen actualmente esta palabra por Dios.
- 3 Son demonios que siempre tratan de emular y ganar a Chiga en una pelea que terminan perdiendo.
- 4 Yaje o Ayahuasca es una bebida psicotrópica empleada por varios grupos étnicos.
- 5 Palabra en a'ingae que significa 'sabios o mayores'.



La concepción que tienen los a'í, sobre Chiga, el cosmos y el tiempo es algo que está muy ligado, para los a'í, el universo está constituido por tres espacios: el cielo, la tierra y el mundo subterráneo.

Chiga es el dios supremo, el creador de los a'í y a él se oponen los kukuya. Chiga es eterno, es un dios transformador. En los orígenes, sólo existía Chiga y no existía tierra sobre el planeta, solo había rocas, entonces un día Chiga pensó crear tierra y trajo desde el cielo una envoltura, en ella había una iyufa (lombriz) que comía de la envoltura y producía tierrita a manera de excrementos, de los cuales fueron apareciendo primero las hierbas, luego los arbustos y los árboles; con ellos aparecieron los animales hasta llegar a tener todo lo que existe en la actualidad para que los a'í puedan vivir (Criollo, 2020).

Los atesû⁶ cuentan que cuando un a'í bueno muere se va a vivir donde viven los ufendyu'dyu que es el espacio donde viven buenas personas, pero cuando un a'í malo muere se va a kukukhûni, (infierno) y también dicen que cuando suena un ruido parecido al que hace la dinamita al explosionar, se sabe que una persona se ha ido a kukukhûni.

Para la gente a'í, el infierno está en la tierra en la que vivimos, en los cerros altos o en un volcán, y ese es el lugar donde viven los kukukhûni. Según la versión del sabio a'í Casimiro Mendúa, un día el atesû preparó el inzapa u'fa, tomó la bebida y se fue en espíritu a ver el lugar donde viven los kukukhûni, allí encontró un túnel de cuyo techo pendía un objeto en forma de corazón. También vio dos figuras parecidas a papagayos, ubicadas frente a frente. Estos lugares existen actualmente cerca a la comunidad de Sinangoe, y quedan ubicados por la actual vía a Quito y también en la vía a Tulcán (el volcán Reventador y el cerro Pax⁷).

Los antiguos sabios poderosos tenían contacto por medio de intsapa u'fa y la comunicación espiritual con Chiga. Los ûkavati o gente invisible son

6 Sabio mayor que sabe curar.

7 Cerro de 1819 m. s. n. m ubicado dentro de la Reserva Cofán-Bermejo, en la frontera con Colombia.



personajes de la selva, a esos seres las personas que no toman el inzapa u'fa no los pueden ver, solo las personas que toman el inzapa u'fa pueden verlos y hasta platicar. Su vestimenta es similar a la que usa la gente a'i, ellos se adornaban con los dientes del jaguar y se ponen coronas elaboradas con plumas de papagayo. Los ukavati son los protectores de la selva. Ellos también toman chicha y tienen su casa, pero viven por la selva. Los lugares terrenales donde viven los ûkavati, desde la visión humana, pueden parecer desagradables, porque además en esos sitios suelen presentarse malezas que tiene espinas y otras que causan molestia a los caminantes; abrir un sendero por esos lugares es molesto, causa cansancio. Pero allí viven ellos y los humanos pasan sin saber ni siquiera que existen. Según Andrea Quenamá, hija de Guillermo Quenamá, relatando a su nieto Martín Criollo, hijo de Emergildo Criollo, cuenta que cuando su papá vivía y tomaba el inzapa u'fa iba a visitar el pueblo de los ûkavati; y cuando regresaba venía maquillado la cara y les contaba que los ûkavati toman chicha y viven igual que los humanos. Los ûkavati son personajes que se aparecen y se juntan solo con gente de paz, que no tienen maldad y hacen el bien a todos.

Según la memoria histórica de los mayores, el pueblo kofán alguna vez vivió en los Andes, pero una serie de guerras los empujó hacia la Amazonía y redujo su número, que se calculaba en treinta mil personas. Incluso describen que lucharon contra el Imperio inca. Después llegaron los españoles. En el siglo XVI, los colonizadores que descendieron a su territorio en busca de oro, lucharon contra los guerreros kofán y capturaron a muchos como esclavos. Los misioneros jesuitas intentaron acorralar a los kofán restantes en comunidades concentradas con la intención de "civilizarlos" y convertirlos. Las epidemias pronto diezmaron a la población. Miles murieron con las enfermedades introducidas. Aun así, los kofán nunca se rindieron, lucharon contra las fuerzas coloniales, deteniendo puestos de avanzada y quemando pueblos coloniales. Lamentablemente, gran parte de su pasado no está registrado (Cepek, 2018).

Algunos historiadores sostienen que en el tiempo de la conquista, los a'i eran unos 15 000 pobladores o más, no se sabe con certeza, lo que sí se ha mantenido en la memoria de los más ancianos son las consecuencias



que tuvieron en ellos los hechos de la conquista. En ese tiempo vivían en la bocana del Bermejo, lucharon contra los españoles y se fueron a Campanaen, desde allí se fueron a la bocana del Anttaen (FEINCE, 2002).

Los A'í han vivido durante siglos entre los ríos Aguarico y Guamués⁸ antes de que existieran las Repúblicas de Ecuador y de Colombia, en una zona bastante amplia. Sus vecinos de siempre eran los Siona y los Tetetes, éste último lamentablemente ha desaparecido como cultura. Con ellos tomaban yajé y también peleaban.

En este amplio territorio de selva virgen a su disposición y pocos enemigos a los que temer, los A'í vivieron una vida de abundancia, el río y sus afluentes estaban llenos de peces que se podían comer con la ayuda de anzuelo, red o *señamba*⁹ (Cepek, 2018).

A finales del siglo XIX, la explotación del caucho y los nuevos asentamientos misioneros llevaron a la población kofán a un número bajo, de poco más de trescientas personas. Después de que una epidemia de sarampión en 1923 azotara una gran misión en el río San Miguel, los kofán estaban al borde de la desaparición. Los supervivientes de la epidemia se dispersaron en tramos remotos a lo largo de los ríos San Miguel y Aguarico.

En años posteriores, llegaron los exploradores petroleros y con ellos los colonos mestizos e indígenas (shuar y kichwas) que se asentaron en las tierras de los a'í, provocando serios conflictos.

8 Río ubicado en la Amazonía de Colombia, afluente del río Putumayo.

9 Una enredadera que la gente machaca y pone en tramos de ríos de movimiento lento para interrumpir la capacidad de los peces para procesar oxígeno y de esta manera flotan hacia la superficie, la gente los agarra, los mata con un mordisco en la cabeza y los coloca en bolsas de fibra de una palma a la que llaman chambira.



Historia del petróleo en Ecuador

El petróleo fue conocido y utilizado en el territorio ecuatoriano varios siglos antes de la conquista española, convirtiéndose en una materia útil para la nueva civilización desde muy temprano. En la primera década del siglo XX se adjudicaron algunas concesiones para explorar yacimientos de petróleo en algunos lugares del país, pero fue en 1911 que llegó al puerto de Guayaquil, procedente de Inglaterra, la primera torre de perforación a percusión, con la que se inició la perforación de pozos petroleros en la península de Santa Elena con resultados positivos (Gordillo, 2005).

Exploraciones en la Amazonía 1920-1970

En 1921, la compañía Standar Oil obtiene la primera concesión de 25 000 km² en la región Amazónica, por el tiempo de 50 años para explorar y explotar petróleo. Se expide la primera Ley de Yacimientos o Depósitos de Hidrocarburos, elaborada por un funcionario de la compañía Shell que poseía derechos en la península de Santa Elena.

En 1930, la compañía Leonard envía datos y estudios a los archivos de la New Jersey. En ese tiempo se creía imposible la salida del crudo a través de los Andes y se pensaba en sacarlo por el Amazonas hasta el océano Atlántico.

Siete años más tarde, por maniobra de la Shell, se cancela el contrato con la Standard argumentando una deuda con el Estado de 126 000 sucres. En ese tiempo se promulgó la Ley de Hidrocarburos y se formularon contratos a favor de la Shell a través de la Anglo Saxon Petroleum, entregándole 10 millones de hectáreas, más de la mitad de la región Oriental de aquella época,¹⁰ por un tiempo de 48 años, con liberación de impuestos, derechos aduaneros, así como la posibilidad de utilizar gratuitamente

10 Considerando el mapa ecuatoriano de aquel entonces.



todas las riquezas de la zona. El gobierno a cambio recibiría 400 000 sucres y regalías del 50 %. En este mismo año, se promulgó la Ley de Organización y Régimen de Comunas, que tuvo por objetivo ofrecer ciertas garantías e incentivos a las comunidades indígenas sobre organización de tierras y autonomía, pero con la protección y control del Estado.

En 1938, ante la maniobra de la Shell, la Standard se resiste a abandonar los territorios y le declara la guerra encubierta a la Shell. Esta compañía influyó en el gobierno peruano para llevarle a la guerra con Ecuador (Galarza, 1974).

En 1941, esta amplia región del Ecuador se vio disputada por los peruanos, lo que ocasionó el conflicto bélico que culminó con la firma del Protocolo de Río de Janeiro, en 1942, y se trazó la línea de división de los dos países, justo por los límites de la concesión otorgada a la Shell por el gobierno ecuatoriano en 1937. Mediante este protocolo, el Perú seccionó más de la mitad del Oriente ecuatoriano. En Perú, los territorios quitados al Ecuador fueron entregados a la Standard Oil. En Ecuador, a pesar de todo, la Standard obtuvo nuevas concesiones en la región Oriental.

En los años siguientes, las dos compañías se repartieron 4 millones de hectáreas para la exploración por cinco años pagando solo 500 000 sucres anuales, además se les concedía 40 años de estudios y explotación y solo 5 % de regalías. En esos años, se recogieron anécdotas espeluznantes de trabajadores petroleros, como aquella de que en alguna ocasión bombardearon desde el aire a los aucas¹¹ con el objeto de alejarlos más hacia el interior de la selva (Galarza, 1974).

En 1949, la Shell y la Standard declaran no hallar petróleo y, por tanto, suspendieron los trabajos. Fue en esa ocasión que Galo Plaza Lasso, presidente del Ecuador en esos años, pronunció su histórica sentencia: “El Oriente es un mito”.

En la década de 1950, misiones evangélicas norteamericanas se asentaron en la zona bajo la forma de Instituto Lingüístico de Verano (ILV).

11 Nombre con el que se conocía en esa época a los Waorani.



Según los propios indígenas, el principal objetivo de las misiones evangélicas era “civilizarlos” y apaciguarlos para abrir las puertas a las grandes transnacionales petroleras que iban a llegar.

A finales de los cincuenta, la compañía Standard Oil recibió nuevamente en concesión 10,4 millones de hectáreas, es decir, casi todo el Oriente por un período de 50 años, pero este contrato sólo duró pocos años.

En 1961, el gobierno de Velasco Ibarra entregó una concesión de 4 millones de hectáreas a Minas y Petróleos S.A. que pertenecía al consorcio Texaco-Gulf.

En el siguiente período de gobierno, el presidente Carlos Julio Arosemena aplicó una política dura en contra de las compañías y promulgó el Decreto N.º 11, que presionaba a la Shell, Exxon y Texaco-Gulf a dejar más beneficios para el país, así como el intento de creación de una empresa nacional de petróleo. Esta fue una de las razones por las que se dio un golpe de Estado encabezado por militares y apoyado por las empresas multinacionales con el asesoramiento de la Central de Inteligencia Americana, CIA (Galarza, 1974).

La era de Texaco

En 1964, la Junta militar realiza un contrato de concesión con el consorcio Texaco-Gulf, al cual se le entregan 1 431 450 hectáreas, a pesar de que la ley prohibía concesiones mayores a 250 000 hectáreas, este contrato tendría una validez de cinco años para explorar y 40 para explotar; a cambio, el gobierno recibiría 500 000 sucres anuales. Por cada 100 barriles, se entregaban 7 para el gobierno. El consorcio trabajaría con el sistema de contratistas, lo que le liberaba de responsabilidades para con los trabajadores del país. Al año siguiente, Minas y Petróleos S.A. cede los 4 millones de hectáreas de su concesión al consorcio Texaco-Gulf. La junta militar no intervino para limitar la expansión de la Texaco.



Desde cuando se firmó el contrato hasta que se lo reformó, se conformaron muchas comisiones para que procedan a estudiar sus cláusulas. Las discusiones más álgidas estaban en torno a la extensión de la concesión, la devolución de las hectáreas que conservaban en exceso de lo que prescribía la ley, la propiedad del oleoducto, las regalías sobre la producción. Los delegados de Ecuador soportaron con paciencia declaraciones audaces, desplantes inoportunos y tergiversaciones torpes de los representantes de las petroleras, las compañías llegaron al extremo de llevar a las mesas de discusión documentos sin firma, con páginas equivocadas, que las retiraban sin el menor rubor.

Rodrigo Cabezas (1972) narra una anécdota que refleja la actitud de los funcionarios de las compañías petroleras:

En una de las reuniones, el Ministro, con toda solemnidad, dijo a los representantes de las compañías que tenía el encargo del presidente de la República de comunicarles que así como las puertas habían estado abiertas para que las compañías petroleras entren al país, también seguían abiertas para que se vayan si no aceptan los puntos de vista del Gobierno y que por encima de todo estaba la dignidad de la Patria. El representante de la compañía replicó; Señor Ministro, no estamos hablando de dignidad sino de negocios. (p. 21)

El pueblo a'í kofán y el petróleo

La comunidad Kofán Dureno fue fundada en 1941 por Guillermo Quenamá, a quien la gente llamaba Yori, era un líder con muchas habilidades y poderes, era el atesu'cho más admirado por la gente de la comunidad. Era capaz de tomar gran cantidad de va'u (*Brugmansia suaveolens*),¹² un alucinógeno aún más poderoso que el yagé. Tenía el poder de transformarse en jaguar, anaconda, pecarí de labios blancos o danta. Era un hombre tortuoso y divertido, orgulloso del miedo que inspiraba.

12 Floripondio o guanto.



Según relatan los mayores de la comunidad Kofán Dureno, la empresa Royal Dutch Shell realizó, a finales de la década de los 40, trabajos de exploración sísmica a lo largo del río Aguarico, incluyendo territorio kofán. Después de realizados los trabajos, Shell anunció que no encontró reservas significativas en el área, taponó los pozos exploratorios abiertos y se fue de la zona (Cepek, 2018). En ese tiempo algunos funcionarios del gobierno dudaron de la veracidad de lo manifestado por la empresa petrolera (Galarza, 1974).

Una década después, la empresa petrolera estadounidense Texaco llegó a asentarse en el territorio ancestral a'í, en lo que hoy es el cantón Lago Agrio, provincia de Sucumbíos, con la intención de buscar yacimientos petrolíferos.

Las operaciones exploratorias de Texaco se caracterizaron por utilizar gran cantidad de vuelos de helicóptero para trasladar los materiales con un peso aproximado de 4000 libras por carga. Cada hora de vuelo, según la compañía, costaba 280 dólares (más de 6000 sucres en esa época). El consorcio Texaco-Gulf había invertido 361 millones de sucres en el período de exploraciones 1964-1968 (Galarza, 1974).

El impacto que ocasionó en la selva esta incursión petrolera fue devastador, para realizar la exploración sísmica se requirió deforestar el bosque primario con el fin de abrir senderos y helipuertos a lo largo de toda la concesión y la detonación de explosivos subterráneos a intervalos regulares en las trochas. Al analizar las ondas sonoras producidas en la tierra, los geólogos detectaban la presencia potencial de reservas petroleras en el subsuelo (Kimerling, 1993).

En esa época, no se adivinaba todavía ninguna reglamentación que hiciera referencia a cuidado ambiental o preocupación por las culturas, los petroleros combatían el tedio exacerbado de la selva disparando por el bosque, se divertían con los dinamitazos de sus obreros en ríos o lagunas, pues sus campamentos se alimentaban a base de caza y pesca de sus cazadores privados, mientras rompían récord de bebida compulsiva (Cabodevilla, 1997).



Estas operaciones provocaron pérdida de especies en una zona caracterizada por tener una megabiodiversidad. Por ejemplo, en la zona de Santa Cecilia, lugar donde Texaco instaló su campamento principal, a finales de los 60 y principios de los 70, grupos de científicos extranjeros realizaron investigaciones y descubrieron que en este sitio se encontraba la mayor diversidad de anuros¹³ en el mundo (Crump, 1974). Años más tarde, en la misma zona de Santa Cecilia, otros científicos reportaron 86 especies de anuros (incluidas 15 especies de *Eleutherodactylus*), 31 lagartos y anfisbenas y 53 serpientes (Crother, 1999).

Respecto al impacto social que causaron las operaciones petroleras, se registraron abusos sexuales por parte de trabajadores de Texaco contra mujeres indígenas, mujeres kofán fueron violadas frecuentemente e incluso de manera colectiva. Muchas veces nacieron hijos producto de esas relaciones forzadas. Muchas de ellas tenían miedo de salir de la comunidad porque decían que los trabajadores de Texaco eran peligrosos. Un testimonio revela que trabajadores de Texaco se llevaron a una mujer kofán, después de que su marido murió, para que trabajara como prostituta en el campamento (Beristain *et al.*, 2009).

La Texaco contrató mano de obra no calificada en las comunidades locales. Las jornadas de trabajo fueron muy largas: la mayoría duraban más de 8 horas. La compañía solía contratar a menores de edad entre 12 y 17 años, este es el caso de cuatro jóvenes a'í de la comunidad Kofán Dureno que trabajaron macheteando y eran maltratados:

Les pegaban porque no entendían y no avanzaban en el trabajo. Respecto al pago que recibían era muy escaso, un kofán de Dureno que trabajó para Texaco dijo que le hacían trabajar todo el día y la paga era sólo: un par de botas, ollas, ropa. (Beristain *et al.*, 2009, p. 129)

Antes de que llegara Texaco, los a'í ya estaban comprando bienes externos, incluido el veneno de cerbatana, escopetas, municiones y anzuelos,

13 Grupo de anfibios conocidos como ranas y sapos.



pero los productos básicos eran elementos necesarios de su estilo de vida errante basado en el bosque. La llegada de la petrolera implicó un cambio en su forma de vivir, pasaron a tener mayor dependencia del mercado; para explicar esto utilizan la expresión *chavapa aña* (comprar y comer).

Royal Dutch Shell exploró el petróleo en el territorio kofán durante el liderazgo de Yori, pero la exploración tuvo poco impacto en la comunidad o en sus tierras. Sin embargo, cuando la empresa sísmica contratada por Texaco llegó en 1964, sus operaciones fueron mayores en escala que el trabajo de Shell. Los kofán, sin embargo, no creían que iba a dejar consecuencias duraderas. Yori se hizo amigo de algunos de los trabajadores mestizos. Pasaron noches en Kofán Dureno, donde bebían y bailaban con la gente. La mayoría de los residentes de Kofán Dureno temían a los trabajadores. Los forasteros a menudo llevaban licor de caña barato. A Yori le gustaba, igual que muchas sustancias que alteran la conciencia.

En abril de 1966, Yori se fue de viaje a Duvuno, la comunidad de su primo Gregorio, fue con su esposa, su hija, su yerno y su cuñado. En el camino de regreso de Duvuno, el grupo decidió pasar la noche en Amisacho,¹⁴ un antiguo sitio del pueblo kofán en el que Texaco había decidido construir su campamento base. A la orilla del río, se encontraron con tres trabajadores de la empresa sísmica que Texaco había contratado. Yori les preguntó si tenían licor de caña, ellos dijeron que sí y llevaron varias botellas. A primera hora de la tarde empezaron a beber. Como era su costumbre, Yori empezó a cantar cuando ya estaba ebrio, todos se emborracharon y se quedaron dormidos. Hacia la madrugada, Yori sintió que los trabajadores de Texaco le atacaban e intentaban ahorcarlo con su pañuelo rojo. Yori se defendió, peleó fuertemente contra ellos y, aunque quedó muy golpeado, no lograron su objetivo de matarlo, entonces los trabajadores salieron huyendo del sitio.

14 Palabra en a'ingae que significa lugar donde hay caña guadúa.



A la mañana siguiente, y durante los siguientes días, Yori estuvo muy pensativo, empezó a analizar todo lo que había ocurrido en su territorio desde que llegó la empresa Texaco y sus contratistas, todo el daño a sus bosques, a los animales y las agresiones a las personas, incluyendo el intento de asesinato contra él. Le llevó muchos días darse cuenta qué era lo que esas compañías realmente buscaban, para qué hacían todos esos trabajos.

Durante los siguientes meses, Yori hizo muchas consultas con los seres espirituales a través del yagé, cada vez se iba convenciendo más de que era necesario eliminar la causa de tanta agresión por parte de Texaco y sus contratistas. Tenía que trabajar más en el mecanismo que se debía emplear. Su principal preocupación era proteger a su gente, ya que durante gran parte de la historia de Kofán Dureno, Yori protegió a la comunidad de amenazas externas, ya sean naturales o sobrenaturales. Convocó a una reunión a otros bebedores de yagé de la comunidad Kofán Dureno y todos quedaron de acuerdo en organizar una gran ceremonia para pedir a los espíritus que ayudaran a solucionar la situación que estaban viviendo los a'í.

Cuando llegó el día acordado, a finales de 1966, Yori dio instrucciones a la comunidad, les dijo a todos que se quedaran en sus casas. Nadie iba a bajar al río para bañarse o lavar los platos. Los niños no podían ir a jugar. Nadie debía gritar o dar pasos duros en el suelo. Los hombres consumieron y vomitaron plantas para limpiar sus cuerpos y lentamente se adornaron, la mayoría de las mujeres se reunieron para dormir en una casa. Si todos seguían el consejo de Yori, el yagé iba a embriagarlos bien. Las visiones de las personas serían coloridas y claras. No sufrirían náuseas, diarrea ni mareos. Los seres sobrenaturales tendrían más probabilidades de llegar. La gente que preparó el yagé comenzó temprano en la mañana, cortaron leña y cavaron un hoyo profundo en el suelo para sacar agua para hervir el yagé con aditivos vegetales, pues el agua que fluye de arroyos y ríos estaba demasiado contaminada con huellas de sangre.

En la tarde, los bebedores comenzaron a llegar. La mayoría eran hombres, pero algunas mujeres también participaron, habían ayunado y descansado, llegaron con sus coronas, collares de cuentas, adornos en nariz y orejas, plumas, pintura facial y plantas fragantes atadas a sus brazos.



Algunos hombres prepararon paquetes de hojas y colgaron una variedad de objetos cotidianos como palos, lanzas, tabaco y caña de azúcar, que se transformaron mágicamente en flautas y tambores. Alguien quemaba incienso. El olor repelió un poco a algunas criaturas sobrenaturales indeseables, mientras llegaban los seres más poderosos que los bebedores esperaban ver.

Después de la puesta del sol, Yori fue el primero en beber. Sopló y sacudió su manojo de hojas sobre el yagé para limpiarlo y tomó una taza, luego se recostó y volvió a socializar con los otros. Poco a poco, la gente se le acercó y le pidió yagé. Algunos bebieron una vez, y otros bebieron cuatro o cinco veces. Una olla de va'u, el otro alucinógeno principal, también estuvo presente. Yori lo tomó como si fuera agua, pero los demás quedaron inconscientes. Horas después los bebedores despertaron y estaban como "locos", el río, el bosque y el suelo les hablaban. El efecto podría durar días. A medida que pasaban las horas y el yagé hacía efecto, los hombres comenzaban a agitar sus manojos de hojas y a cantar. Yori fue el primero. Las palabras de su canto estaban en los idiomas esotéricos que aprendió de kukuya, a veces sonaban como ruidos sin sentido, y a veces sonaban como repeticiones de a'ingae distorsionado. Mientras cantaba, los seres escucharon y se acercaron, entonces, los objetos que habían llevado se convirtieron en instrumentos musicales. A menudo, Yori y otros atesu'cho salían de la casa del yagé y entraban en el bosque alucinando. Atrás de los árboles, los sonidos de sus cantos e instrumentos resonaron en la noche. Como el atesu'cho vino y se fue, trajeron a los seres sobrenaturales con ellos.

El primer ser con el que los a'idekhû contactaron fue el espíritu del Ceibo (Atsatavajin Kuku), este contactó con Kuankuan, que es el espíritu del subsuelo, y de esta manera con los tres poderes: poder A'i, poder Atsatajin kuku y poder Kuankuan; así eliminaron la amenaza que les había llegado. Después de un tiempo, hicieron otra ceremonia, esta vez fue un ritual de paz para vivir en armonía con la naturaleza (Tsampi).

El 15 de febrero de 1967, después de terminar los trabajos exploratorios en el área, el consorcio Texaco-Gulf inició la perforación del pozo Lago Agrio 1, en el nordeste ecuatoriano, en territorio ancestral kofán.



Luego de 35 días, la broca del taladro ya había alcanzado una profundidad de 10 175 pies, pero el crudo no empezaba a fluir. Intentaron bajar la broca a mayor profundidad, pero nada, no salía ni una gota de petróleo. Los técnicos que participaron en la perforación, entre los que estaba sólo un ecuatoriano, estaban desconcertados, todos los estudios indicaban que allí había yacimientos de hidrocarburos; sin embargo, tuvieron que admitir los resultados negativos.

El técnico ecuatoriano calificó como una epopeya la perforación de ese pozo, la operación fue complicada y costosa, estaban en una selva profunda, con ríos de poco calado, carente de mano de obra, casi inaccesible (Cabodevilla, 1997).

Texaco no quería darse por vencida, después del fracaso de la perforación del pozo Lago Agrio 1, intentó perforar más pozos en zonas aledañas. En 1969, perforaron el pozo Dureno N.º 1 en la cima de grandes barrancos en territorio de la comuna Kofán Dureno. Un alto funcionario de Texaco invitó a un grupo de periodistas para que observaran los trabajos de perforación. Los periodistas lograron captar expresiones de descontento de los trabajadores por las pésimas condiciones en que laboraban, sin atención médica ni medicinas, los accidentes de trabajo eran frecuentes y terribles; además, nunca recibieron indemnizaciones (Galarza, 1974). La publicación de estas quejas colaboró para el desprestigio de la compañía, dando como consecuencia que Texaco abandonara el país definitivamente.

El pueblo a'í kofán sin petróleo

Aunque Texaco y sus contratistas salieron de la zona, el impacto que generaron seis años de ocupación del territorio para las exploraciones, la presencia de gran cantidad de trabajadores foráneos y la colonización, dejaron su huella. Así tenemos que el campamento base de Texaco se convirtió luego en la ciudad de Lago Agrio.



El territorio ancestral kofán fue ocupado por colonos que llegaron de otras provincias del país y se quedaron formando precooperativas y cultivando la tierra. Los kofanes fueron formando comunidades dispersas a lo largo de lo que antes fue su territorio. En 1978, la comunidad Kofán Dureno recibió el título de propiedad de 9571 hectáreas de tierra del gobierno ecuatoriano. Esta adjudicación constituía un pequeño fragmento de los miles de hectáreas que sus antepasados usaban antes de la llegada de los colonos.

Actualmente, existen siete comunidades a'i kofán, en la provincia de Sucumbíos, estas se encuentran cerca de la frontera con Colombia, desde las partes altas hasta la baja Amazonía, cubriendo la mayoría de la ribera del río Aguarico. El territorio kofán sigue siendo uno de los lugares con mayor diversidad biológica del planeta, además de ser muy hermoso. La parte occidental del territorio se caracteriza por montañas escarpadas cubiertas de bosques profundos, barrancos, ríos cristalinos cubiertos de rocas. Aquí están las comunidades de Alto Bermejo, Chandiana'en, Avi'e y Sinangoe. A medida que se dirige hacia el este, las colinas se vuelven pequeñas y los ríos se vuelven anchos y arenosos, existen muchas lagunas de aguas negras pobladas por manatíes, nutrias gigantes de río y delfines de agua dulce. Acá están las comunidades de Duvuno, Dureno y Sabalo.

En 2007, el Museo Field de Historia Natural de Chicago hizo un inventario biológico rápido del territorio de Dureno, los científicos exploraron sus colinas, llanuras aluviales, lagos y arroyos. En una semana de investigación, estimaron que incluso en el pequeño bosque ubicado en una isla, hay 2000 especies de plantas vasculares, 80 especies de peces, 62 especies de anfibios, 54 especies de reptiles, 40 especies de grandes mamíferos y hasta 420 especies de aves. Aunque un número de animales de caza que alguna vez fueron importantes ya no están presentes, los funcionarios del museo todavía describen el territorio de Dureno como “uno de los pocos remanentes de las tierras bajas más ricas del planeta” (Cepek, 2018, p. 25).

Este bosque exuberante, verde, húmedo, fresco y silencioso que ha sido el hogar de los kofán por siglos, ahora está dedicado al ecoturismo, que representa una importante fuente de ingresos para sus habitantes. Miles de turistas de todo el mundo visitan las comunidades kofán cada año.



Adicionalmente, la comunidad obtiene ingresos económicos gracias a la venta de productos de medicina natural, plantas, artesanías, tejidos, maíz, cacao, plátanos y, en raras ocasiones, carne de monte, pues, para evitar la sobreexplotación, los animales de cacería se venden preferentemente entre los kofán.

Otra actividad a la que se dedican los kofán es la construcción de canoas de fibra de vidrio para venderlas en toda la Amazonía. Ningún otro grupo étnico ha descubierto cómo hacer canoas con cierto grado de fiabilidad.

Sin embargo, lo más importante es que los residentes de las comunidades kofán todavía tienen la capacidad de subsistir en la comunidad con poco o ningún dinero. Con solo su trabajo, la gente puede hacer huertos de plátano, yuca, maíz, frutales y con cui'ccu (chucula¹⁵) y chicha de yuca, satisfacer las necesidades calóricas básicas de una persona. Con una red, es posible capturar peces del Aguarico, río al que ellos describen como un ser poderoso y proveedor. Con un machete y una jauría de perros, un cazador experto puede cazar un armadillo, una guanta o una guangana,¹⁶ que son preciadas especies de caza (Cepek, 2018).

La gente kofán cree que comer carne del bosque es lo único que garantiza un estado atractivo y saludable. Para las mujeres kofán, ser ppu'chotssi (gorda) es ser bella y feliz. Cuando una mujer kofán adelgaza por algún motivo, por ejemplo, por alguna enfermedad, se siente muy triste y se deprime. En el caso de los chamanes, para adquirir poderes sobrenaturales deben abstenerse de muchos de los alimentos que otros disfrutan. Sin embargo, una cosa que el chamanismo no requiere es abandonar la caza.

Los residentes de la comuna Kofán Dureno tratan sus problemas de salud mediante una combinación de la medicina vegetal, el chamanismo y la biomedicina occidental. Curar a través de plantas y curar a través del chamanismo son prácticas completamente separadas. Los chamanes de

15 Bebida tradicional elaborada con plátano maduro cocido.

16 Nombre con el que se le conoce al pecarí o puerco sajino.



la comunidad, con el tiempo han adquirido muchos poderes para la curación y se encargan de mantener sanos y felices a los a'i.

Muchos miembros de la comunidad conocen los poderes de las plantas medicinales y los aplican para elaborar medicina natural, que comparten en su comunidad y con comunidades de otras nacionalidades e incluso a nivel nacional. Cada dolencia tiene su propia planta na'su (maestra), que tiene el mismo nombre que la afección que puede tratar. Una persona debe sacar la planta del bosque, comérsela o frotarla sobre una parte de su cuerpo, o vaporizarlo en su nariz para curarse. Si las plantas no funcionan, la gente sospecha que la enfermedad es una "enfermedad de los forasteros" o el efecto del ataque de un aya (sombra espectral de una persona muerta) o un kukuya que podría estar actuando solo o bajo el mando de un chamán hostil.

Martín Criollo ha adquirido esos conocimientos de sus abuelos, especialmente de uno de ellos: el taita Fernando. Actualmente, se encuentra tramitando los permisos necesarios para comercializar la medicina natural y de esta forma ayudar a mucha gente.

Como en los viejos tiempos, hoy, en las comunidades kofán, cuando alguien mata una cantidad significativa de caza, el cazador comparte a otras familias la carne cruda, ahumada o cocida. Cuando alguien necesitaba ayuda para construir una casa o limpiar la chacra, un numeroso grupo de personas se reúne para trabajar en la tarea, compartir chicha y comer. La gente describe el compartir y la reciprocidad como *fuiteccopa cånseye* ('vivir ayudando juntos'). La gente todavía llama a sus amigos y vecinos para ayudar en las tareas domésticas.

La lucha de Guillermo Quenamá, Yori, para proteger a su comunidad de las amenazas externas ha dado resultados positivos, los a'i de Kofán Dureno viven en paz, en armonía con la naturaleza de su territorio y compartiendo entre todos lo que el bosque les da. Este es un ejemplo de que se puede vivir bien sin petróleo.



Referencias bibliográficas

- Beristain, C., Páez, D. y Fernández, I. (2009). *Las palabras de la selva: estudio psicosocial del impacto de las explotaciones petroleras de Texaco en las comunidades amazónicas de Ecuador*. Instituto de Estudios sobre Desarrollo y Cooperación Internacional.
- Cabezas, R. (1972). *El petróleo es nuestro*. Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana.
- Cabodevilla, M. (1997). *La selva de los fantasmas errantes*. Ediciones CICA-ME (Centro de Investigación Cultural de la Amazonía Ecuatoriana).
- Ceppek, M. (2018). *Life in Oil. Cofan Survival in the petroleum fields of Amazonia*. University of Texas Press.
- Criollo, M. (2020). *Planeta tierra según la cosmovisión de la nacionalidad a'í (kofán)*. Documento sin publicar. Comuna Kofán Dureno
- Criollo, E. y Blanco, P. C. (2002). *Nosotros los cofanes*. FEINCE, Centro Cultural P. Ramón López de ISAMIS.
- Crother, B. I. (ed.) (1999). *Caribbean Amphibians and Reptiles*. Academic Press.
- Crump, M. L. (1974). *Reproductive Strategies in a Tropical Anuran Community*. University of Kansas.
- Galarza, J. (1974). *El festín del petróleo*. (3ª ed.). Editorial Universitaria.
- Gordillo, R. (2003). *¿El oro del diablo? Ecuador: historia del petróleo*. Corporación Editora Nacional.
- Kimerling, J. (1993). *Crudo amazónico*. Ediciones Abya-Yala, FCUNAE.



LA
HISTORIA
QUE *pudo*
HABER SIDO

LA SANGRE DE LA TIERRA

5

**Patricia Bermúdez A.
Saúl Uribe T.**

Transcurría la década de 1970, Ecuador quería insertarse en las lógicas y dinámicas de la economía extractiva de materias primas, y en la promesa del petróleo y sus dádivas para el progreso, con una sociedad empobrecida y sumida en la desigualdad social, política y económica. Esto permitiría la consolidación del Estado, y de un nuevo modelo económico que pondría en funcionamiento los privilegios de la modernización de la Amazonía y el desarrollo tecno industrial del país. Sin embargo, y para sorpresa de todos, los procesos exploratorios de la industria petrolera jamás arrojaron resultados positivos.

El anhelado progreso de la población amazónica y la modernización institucional del Estado se esfumaron, como el humo oscuro del tabaco que



Pedro fumaba reclinado en una centenaria ceiba en Campanococha¹. El profesor indígena kichwa del Napo sintió que el universo le sonreía; había deseado tanto librarse del petróleo y de la inminente destrucción de su hábitat y cultura que, ahora, el sutil susurro de la selva le otorgaba el triunfo, y la sabiduría de la naturaleza se escuchaba por doquier; sonidos que nacían de los ríos, las montañas, bajo las piedras. Pedro, conocedor del lenguaje de los antepasados, escuchó con atención, el *samay*² seguía vivo, alimentando la selva y a todos sus habitantes, salvaguardando sus riquezas.

Pedro me contó, en innumerables conversaciones —entre el sonido arrullador de *wayra*³ y el crepitar de los maderos consumiéndose lentamente en la tupa de su casa— que los ancestros lo visitaban, le revelaban secretos remotos y le advertían sobre peligros futuros. Un día, en la madrugada, mientras tomábamos guayusa, sus ojos se aclararon con un brillo misterioso, me dijo: “me dicen que los hombres blancos pierden el sentido de la vida con el poder, que el dinero los hace incrédulos”. Se silenció, —prosiguió—, “es un completo disparate pensar que el modelo de exportación primaria sea la salida a la desigualdad que los mismos mercados extractivos crearon a lo largo de la historia. De haberse descubierto el petróleo se habría originado una concentración de la riqueza, debilitado nuestra sociedad y fomentado la destrucción de la selva”, calló. Pensé que Pedro enunciaba palabras proféticas, de profunda sabiduría.

Un día, Pedro me pidió que lo acompañara a su *chakra*⁴. Mientras caminábamos bajo los árboles, una suave brisa nos detuvo. Él sonrió y me dijo: “nos acompañan, están vivos, como tú y como yo, y esta tarde están aquí, van con nosotros”. Seguimos por un pequeño sendero; “estos viejos

1 Poblado ubicado a orillas del río Napo, cantón Tena, provincia de Napo, Alta Amazonía ecuatoriana.

2 En la mitología kichwa amazónica, el samay es el poder creador de los seres humanos y el mundo.

3 Palabra de la lengua *runa shimi* que se traduce como *viento*.

4 La *chakra* es la unidad doméstica donde se cultivan productos de pan coger, entre ellos la yuca y el plátano.



árboles que ves —me dijo—, agradecen al *samay* de que los *mishus*⁵ no encontraran petróleo. Nuestra selva está a salvo de la planificación y la codicia económica de grandes capitales extranjeros, cuyo dinero siembra la guerra y el hambre. Esta selva, la de todos nosotros, ahora está lejos de países cuyos intereses se centran en la destrucción, y la búsqueda incesante de recursos que garantizan la dominación de unos hombres, sobre otros hombres y la naturaleza”. Yo, me quedé callado, escuchando.

Luego, caminamos en silencio: cómo era posible que los árboles y la naturaleza hablaran con Pedro. Él se detuvo y me dijo —como si leyera mi mente— “ven, coloca tu oído sobre esta piedra”. Me acerqué con desconfianza a la enorme roca cubierta de musgo y líquenes, coloqué mis manos sobre ella, sentí la humedad, acerqué mi oído y cerré los ojos. Al principio no escuché nada, salvo el canto de las guacamayas y el sonido del viento chocando con las ramas de los árboles. De repente, una suave voz salió de la roca: “Sin petróleo —expresó la enorme deidad— evitamos la expansión del poder capitalista sobre nuestros territorios y logramos detener a los hombres y sus máquinas con las que extraerán nuestras entrañas. Los seres humanos no han entendido que nuestro hábitat no es propicio para la producción de excedentes y, menos aún, para la incorporación y la circulación de capitales que matan lentamente la Amazonía”. Sus palabras me dejaron perplejo, escuché, me hablaba a mí. Sentí que la enorme roca respiraba, se movía y se acomodaba para revelar sus pensamientos. “Sin petróleo, los procesos de integración mundial y las relaciones de poder capitalista no podrán crear un desarrollo desigual, asimétrico y excluyente de nuestra gente y la tuya, tal cual plantea la racionalidad técnica e instrumental del capitalismo”.

Recordé, entonces, que en la universidad había escuchado al profesor de historia hablar sobre algo similar a lo que la gran roca me estaba diciendo. En aquella época, el profesor tomó un pequeño libro, lo abrió y leyó sobre el capitalismo. De aquella lectura solo recuerdo que dijo que la producción intensificada de los medios de destrucción, el despilfarro metódico de los recursos, y las facultades humanas eran procesos continuos

5 Palabra de la lengua *runa shimi* que se traduce como *mestizo*.



y sin retroceso alguno. A decir verdad, en ese momento de mi vida no entendí nada, salvo que debía continuar estudiando para llegar lejos, o al menos eso era lo que promovía la educación en la que me formé.

Transcurría la década de 1970 y los militares tenían el control del país, lo habían conseguido tras haber propinado un golpe de Estado el 15 de febrero de 1972 que selló el destino político del presidente José María Velasco Ibarra. Con los militares en el poder, se inauguró lo que se llamó el desarrollismo militar, una dictadura de corte nacionalista que aplicó la Constitución de 1945, ligeramente progresista, y un estado de sitio de más de cuatro años. Para Pedro, los planes de explotar el petróleo se desvanecieron tras un mar de falsas expectativas. La selva escapó del moderno sistema de integración capitalista que, de haberse descubierto petróleo, habría hecho de Ecuador una nación periférica, despensa de recursos para el desarrollo tecnológico e industrial, en detrimento y destrucción de la selva. Por suerte, el Ecuador, en agosto de 1972, no logró ingresar en el mercado mundial de materias primas, sus exportaciones petroleras solo fueron ilusiones y expectativas rotas, esta vez, triunfó la selva. Ni los militares, y menos aún, las élites burguesas de la época esperaban tal revés. Jamás ponderaron que sus inversiones, en su calidad histórica de empresarios y grandes exportadores de cacao y banano, se verían afectadas con el trágico infortunio de no hallar petróleo en la Amazonía. El sueño de las élites burguesas, de configurar una estructura económica, social y política que asegurara su primacía como grupo hegemónico en el poder, se veía truncado por los ancestros de Pedro que actuaron en contra de la explotación y la desigualdad que procuraron instalar en el país.

Pedro me tomó del hombro y separó mi cabeza de la gran roca, continuamos caminando. Tras un largo silencio, me preguntó: “¿Ahora crees en lo que te digo?”. En ese instante no supe qué responder. Oí que todo me hablaba, algo me habitaba. Sentimientos contradictorios, imágenes de una selva viva. Pedro se detuvo, sacó de su *shigra*⁶ una semilla y sin mediar palabra me la entregó. La apreté con fuerza en mi mano y sentí, por un

6 Mochila tejida de la fibra vegetal.



momento, algo reconfortante en mi vida; para luego sentirme destrozado, pensando cómo los intereses de un puñado de personas y sus capitales pretendían destruir la selva, el hábitat de sus habitantes; qué hubiese sucedido si se daba la explotación de petróleo. Sin lugar a duda, este fenómeno hubiese ocasionado la transformación acelerada de la Amazonía, el cambio vertiginoso de la industrialización del país, y la consolidación de un nuevo escenario económico; originando una nueva división de clases sociales, la posterior producción de espacios destinados a la reproducción del capital, y la consiguiente desposesión y desterritorialización de territorios y formas de vida como las de Pedro, su familia, las personas de las comunidades.

El camino a la *chakra* se hizo difícil y eterno, el sendero desaparecía a cada paso, era evidente que nos internábamos más y más en el espeso bosque. En silencio y, decidido a mostrarme los saberes de la selva, Pedro siguió el camino, siempre sonriendo. De repente, señaló un gran árbol. “Justo ahí —dijo Pedro—, están los restos de algunos de mis antepasados. Era niño cuando *Rucuyaya*⁷ Adalberto, mi abuelo, me contó historias sobre los seres que cuidan la selva”. Se acercó al árbol, susurrándole palabras en su lengua materna *runa shimi*.⁸ “Recostaré mi alma sobre este ceibo”, se inclinó, se sentó y descansó su espalda. “¡Ven!”. Sin dudarle, me senté junto a él, y de su shigra sacó una pequeña botella de líquido oscuro, tomó un poco y me la dio. Tenía un sabor agradable. Pedro me explicó que era una mezcla de plantas con mucho poder, y que gracias a ellas me acercaría más a esos antepasados, ahí presentes. Al cabo de unos minutos, mis sentidos se agudizaron y la selva me habló. Sentí cómo el enorme árbol me transportaba, mientras Pedro agitaba un manojo de hojas secas y cantaba en su lengua. No pasó mucho tiempo, y me vi sentado a orillas del majestuoso río Napo.

Ví correr el agua, las piedras, la espuma; la voz de los abuelos resonó, me decían que de descubrirse el petróleo, las contradicciones entre la

7 Palabra de la lengua *runa shimi* que significa *abuelo*.

8 Lengua aglutinante hablada por los indígenas kichwa amazónicos.



naturaleza y la sociedad nos conducirían más rápido a la destrucción humana. Ellos no comprendían la extraña voluntad universal de acentuar las condiciones de indigencia originada por la marcha incesante del progreso humano. Sus palabras resonaron en mi, sin duda, la región Amazónica, históricamente, se ha caracterizado por este choque ontológico de visiones contradictorias. La técnica instrumentalizada de la ciencia y su afán por la reproducción de capitales, se impone sobre la visión de personas como Pedro, que ven en la selva la posibilidad de reproducir su cultura y de sostener la vida. Las voces siguieron junto al sonido del río, me contaron que el petróleo crearía un desequilibrio social, ocasionando la imposición de visiones hegemónicas del desarrollo, y arriesgando toda la vida en la selva. Además, se consolidaría un proceso político y económico, cuya maquinaria de muerte y destrucción daría origen a un nuevo ordenamiento mundial, a expensas de sociedades que aceptarían vivir el desarraigo, la muerte y la desigualdad que crearía la acumulación de riqueza. “De encontrar petróleo —prosiguieron los abuelos—, significará la muerte lenta de la selva y la disputa por el control territorial de la riqueza”. Sus voces, también, advertieron que el Estado ecuatoriano se caracterizaría en los años venideros como una pieza clave del juego petrolero, pues transformaría profundamente las estructuras de la sociedad ecuatoriana e impulsaría procesos de urbanización y división desigual del trabajo. Las múltiples transformaciones serían más evidentes en la región amazónica, no solo porque cambiarían los valores y las estructuras sociales, sino también las imágenes y los imaginarios de la selva.

Cayó la tarde, y los grandes árboles despertaron la noche, las criaturas nocturnas aparecieron, el canto de los grillos. Pedro apiló un poco de ramas secas y encendió el fuego que iluminó nuestros rostros. Entre destellos de luz, advertí la presencia de grandes sombras que se movían entre los árboles que nos acogían. Pedro sonreía en silencio. Al cabo de unos minutos me dijo: “Nosotros, los pueblos que habitamos esta selva, somos extraños y misteriosos a los ojos de quienes viven en las ciudades, pero no tardará mucho tiempo en que nos vean como botánicos y hábiles médicos, y que nuestros saberes sean usurpados, servirán a otros hombres para tener la riqueza que nos empobrecerá”.



Las agudas palabras de Pedro llevaron implícita la desigualdad geográfica que genera la acumulación del capital. Ecuador en la década de 1970 soñaba con ser el nuevo rico, un país solvente y receptor de créditos extranjeros con el descubrimiento del petróleo. Siempre pensé que la ilusión del desarrollo conllevaría un excesivo endeudamiento y la coerción de la política nacional a las condiciones de organismos multilaterales, un costo a pagar muy alto para un país que soñaba con ser importante en el mundo de los hidrocarburos. La noche transcurrió lentamente entre los cantos y silencios de Pedro, los sonidos de la selva y las visiones que traían los expertos viajeros del tiempo. A mi, me seguían llegando palabras que advertían de un futuro en el que la política nacional se alinearía al neoliberalismo y crearía un gran número de crisis sociales condicionadas por la economía petrolera. La deuda era inminente y la economía del país condenaría a la sociedad ecuatoriana a un eterno empobrecimiento que, además, subordinaría el aparato gubernamental a las imposiciones de organismos multilaterales.

En ese momento, una ráfaga de viento azotó mi cuerpo y la figura translúcida del abuelo de Pedro, *Rucuyaya* Adalberto, estaba frente a mí. “Escucha muy bien, no lo repetiré. Aquello que llaman deuda externa, será el factor fundamental para que el país y la selva amazónica caigan ante el neoliberalismo, desaparecerán el acceso, la inclusión social y la inversión del Estado, saciarán las fauces de hombres que vendrán de tierras lejanas con su riqueza a someter el país”. No comprendí cómo esta voz del pasado oteaba el futuro. Las sabias palabras de *Rucuyaya* Adalberto desbordaron mi capacidad de entendimiento, lo que nos esperaba como sociedad si se descubriera el petróleo. Los esfuerzos del Estado ecuatoriano por descubrir y explotar petróleo sellarían el futuro miserable de millones de personas que tendríamos que experimentar el crecimiento y la acumulación de capitales en manos de un minúsculo puñado de mezquinos; quienes, sin escrúpulo alguno, promoverían el debilitamiento de la política económica y la creación sucesiva de la crisis social. Todas las imágenes eran aterradoras, sentí miedo del futuro. La oscuridad de la noche menguaba entre el sonido envolvente de la selva; la tranquilidad retornaba a mi cuerpo que yacía tendido sobre la hojarasca del suelo. Sentí cómo el sol calentaba mi rostro, había perdido la noción del tiempo;



sin embargo, Pedro estaba despierto, sentado sobre una roca cercana agitando el manojito de hojas y cantando en su lengua *runa shimi*.

Al percatarse de que ya estaba despierto, regresó su mirada y me dijo: “Ven, cuéntame qué se te reveló”. No podía recordarlo, Pedro sacó, otra vez, de su shigra un par de hojas. “Másticalas, te sentirás mejor”. En efecto, unos minutos después recordé las revelaciones que me hicieron los ancestros de Pedro, cuidadores de la selva y sus habitantes. Me levanté, sentándome en la misma roca en la que estaba Pedro.

—Las visiones que he tenido son aterradoras. El petróleo significa la muerte lenta de la selva, traerá el sufrimiento de las personas y la destrucción de los grandes espíritus que la habitan —no pude contener las lágrimas, Pedro suspiró y de sus ojos se deslizaron dos gotas de vida.

—Continúa —me dijo.

—Las visiones me revelaron cómo la planificación estatal del presidente Rodríguez Lara instaurará un conjunto de reformas y políticas que conllevarán la destrucción de la selva. La bonanza petrolera enfermará de gravedad a las comunidades, se impondrán nuevos medios de transporte que intensificarán las comunicaciones como estrategia para la comercialización del petróleo.

Pedro escuchó atentamente cada una de las palabras que dije, era inevitable, éstas le afectaban. Pedro y yo no entendíamos cómo el Estado ecuatoriano pretendía destruir la selva. La venta del petróleo les significaría a los operadores privados un precio estipulado de venta para 1974 de 3,50 dólares el barril, de esta mínima cantidad, al país le quedaría 0,02 dólares, la pérdida de sus ecosistemas y la transformación acelerada y violenta de las sociedades amazónicas. El afán del país y los grupos económicos por encontrar petróleo llevaría a que el presidente Rodríguez Lara empeñara esfuerzos exploratorios para la extracción y la comercialización, para hacer sangrar a la tierra. En el país sabíamos que el Estado ecuatoriano había adquirido compromisos con agentes internacionales



cuyo interés era la adjudicación de grandes extensiones de selva para ser exploradas y explotadas.

Por un instante, Pedro posó su mirada sobre un pequeño ciempiés que se abría paso en el follaje de la selva y dijo: “Las visiones, las voces han susurrado que la tierra será lastimada y que una gran serpiente de hierro se llevará la sangre de la selva”. Pedro no se equivocaba, los planes del gobierno ecuatoriano eran la perforación de 140 pozos y la construcción de un oleoducto que se extendería por 503 km de longitud hasta Balao, en la provincia de Esmeraldas. Las imágenes eran aterradoras, el futuro de la selva y su gente dependía de encontrar o no petróleo. Durante muchos días hablé con Pedro sobre las revelaciones que me habían hecho ese día los abuelos. La búsqueda de petróleo y futuros campos para su explotación continuó infructuosamente durante meses y las cargas explosivas utilizadas en la exploración sísmica estremecían la selva. Bajo la nostálgica luz de la tarde, Pedro y los espíritus agradecían por no permitir que se encontrara petróleo, nuestras palabras se atenuaron por el canto de las aves, el crujir de los árboles y la caricia suave del viento. Sin embargo, todos los esfuerzos estatales estaban empeñados en descubrir, a como diera lugar, el crudo que modernizaría el país.

Los intereses del Estado estaban orientados a modernizar las grandes urbes del país (Quito, Guayaquil y Cuenca), a expensas de la Amazonía que, para la época, aún se trataba de un territorio periférico, una selva incomprendida por la mayoría de los ecuatorianos que preservaban en su cabeza la imagen descrita por los conquistadores del siglo XVI o la imagen que tenía La Condamine, en el siglo XVIII, de una selva llena de salvajes, incivilizados y pobres de ingenio, por no decir estúpidos. En los planes del Estado, la Amazonía representaba la solución a su iliquidez para cumplir las necesidades crecientes de una sociedad que añoraba ser moderna y globalizada, antídoto para superar los complejos de inferioridad de una clase burguesa, que comparaba sus minúsculas ciudades con la Atenas de Heródoto o el París de Baudelaire, pero en las faldas de los grandes volcanes que conforman los Andes ecuatoriales.



Mis sentimientos se llenaron de contradicciones. Preservar la selva o suplir las necesidades de una sociedad, cuyos límites de la razón se hallarán en el consumo y el deterioro de la vida. Jamás había sentido tanta angustia. Pedro observaba los últimos rayos del sol que teníamos ante nuestros ojos. “Mañana será otro día —me dijo mientras se ponía de pie—. Ven, caminemos un poco, pronto nos alcanzará nuevamente la noche”. Me puse de pie y caminé en silencio junto a él. Al llegar a su casa, atizamos el fuego, cientos de chispas incandescentes ascendieron con el humo. Pedro se sentó sobre un pequeño banco cuya forma semejaba la de un jaguar. “Esas chispas de fuego superan el tiempo. El legado es infinito, pero siempre dependerá de esta selva, de quienes la habitamos y de personas como tú”.

Las palabras de Pedro eran profundas y cargadas de mucho conocimiento. Su voz pausada, y sus prolongados silencios daban la sensación de que pensaba meticulosamente todo lo que me decía. Esa noche me fui a la hamaca con profunda tristeza, intenté dormir, pero me asaltó la angustia. Pensé en los efectos que traería el petróleo sobre las comunidades amazónicas, imágenes de grandes centros poblados e instituciones dedicadas a ofertar todo tipo de bienes y servicios, a una sociedad que le crearían necesidades para satisfacer el consumo y alimentar la sed insaciable del capitalismo. Vi a Pedro y a todos los kichwas trabajar como obreros de las petroleras, transformando la naturaleza con sofisticadas herramientas y recibiendo las migajas del progreso. Lloré tanto esa noche, acompañado de una fuerte brisa que horas más tarde se convertiría en una gran tormenta.

Nunca supe a qué hora me venció el sueño. Lo cierto es que, al despertar, Pedro ya había salido, su hamaca yacía vacía y el fuego a duras penas estaba encendido. Quise levantarme, pero aún caía una leve lluvia que arrullaba mi pesadumbre. Observé cómo una gran hilera de hormigas cruzaba por el piso polvoriento de la casa, descuartizando todo animal a su paso. “¡Son congas! —exclamó Pedro al entrar a la casa—. Huyen del agua, van a lugares altos y en su paso por las casas de los kichwas, las limpian de toda clase de insectos, son furiosas y no dudarán en morderte”. Me incorporé lentamente, sin ánimo de fastidiar a tan feroz ejército. Pedro



había regresado con yucas, plátanos y unos pequeños bagres que había pescado. Avivé el fuego mientras Pedro pelaba las yucas, en ese momento quise contarle mis preocupaciones, pero preferí guardar silencio, era suficiente con todo lo que había vivido durante el tiempo compartido. “¡Hoy comeremos *maito*!”⁹”, sonrió Pedro, mientras acomodaba la tiznada olla sobre la tulpa. Ese día la lluvia acarició las hojas verdes de los grandes árboles, el sonido de las gotas de agua sobre el follaje de la selva creó una atmósfera para la contemplación y el recuerdo.

Al día siguiente, emprendería mi regreso al caótico mundo urbano, la vida laboral, las aburridas reuniones, el ejército de obreros marchando de piso en piso, de calle en calle. Pensé en la infelicidad que me produce la ciudad, mi trabajo. Creo que el sentimiento era tan notorio que Pedro terminó por invitarme a vivir en su casa. “Santiago, la vida consiste en tomar decisiones y tú debes hacerlo ahora”. Empaqué mi mochila en silencio, doblé los mapas que tenía sobre una mesa, guardé las secuencias de perforación que durante meses había trazado y hojeé las libretas de campo en las que había escrito cientos de datos sobre el potencial petrolero que descansaba bajo nuestros pies.

Tomé un mapa, el más importante de todos. Me acerqué a la tulpa y por un momento dudé de lo que quería hacer: el futuro de mi vida, la vida de Pedro, la de sus ancestros y la selva estaba en mis manos. Ese mapa significaba todo por lo que había sido enviado a la selva: encontrar petróleo a cualquier costo. Lo que había vivido con Pedro y las visiones de un futuro aterrador atravesaron mi humanidad como un rayo, dejé caer el mapa sobre el fuego, en él estaban todos los puntos donde habíamos hallado petróleo. Las llamas consumieron las expectativas del país y su afán por ingresar a la lista de países exportadores de petróleo. Una columna de humo oscureció el sueño de la modernidad tardía de los ecuatorianos y sus ansias fallidas de estar a la vanguardia de las sociedades latinoamericanas a expensas de la sangre de la tierra.

9 Comida típica de origen indígena que contiene yuca y pescado cocinados. Se sirve en hojas de bijao (*Calathea lutea*) y se acompaña con hierbas silvestres.



Referencias bibliográficas consultadas:

Acosta, A. (2001). Breve historia económica del Ecuador (Segunda edición). Corporación Editora Nacional.

Acosta, A. (2003). Petróleo sin desarrollo. En *El oriente es un mito* (pp. 17-18). Ediciones Abya- Yala.

Acosta, A. (2009). *La maldición de la abundancia*. Ediciones Abya-Yala.

Benjamín, W. (2008). Tesis sobre la filosofía de la historia. Itaca.

Benjamín, W. (2014). *El capitalismo como religión*. La llama.

Bocco, A. (1987). *Auge petrolero*. Corporación Editora Nacional.

Dos Santos, T. (2011). *Imperialismo y dependencia*. Ayacucho.

Falconí, F. (2014). *Al sur de las decisiones*. El Conejo.

Girón, A. (2008). Fondo Monetario Internacional: de la estabilidad a la inestabilidad. En G. Lechini, *La globalización y el consenso de Washington* (pp. 45-61). CLACSO.

Harvey, D. (2000). *Espacios de esperanza*. Akal.

Harvey, D. (2004). *El nuevo imperialismo*. Akal.

Harvey, D. (2007). *Notas hacia una teoría del desarrollo geográfico desigual*. Geobaires.

Marcuse, H. (1968). *El hombre unidimensional*. Orbis.



- Marcuse, H. (2010). Contribuciones a una fenomenología del materialismo histórico. Plaza y Valdés.
- Marcuse, H. (2016). Sobre Marx y Heidegger: Escritos filosóficos 1932-1933. Biblioteca nueva.
- Marx, K. (1980). Manuscritos economía y filosofía. Alianza.
- Mayoral, F. (2009). Estado y mercado en la historia del Ecuador: Desde los años 50 hasta el gobierno de Rafael Correa. Nueva Sociedad, (221), 120-136.
- Mészáros, I. (2009). La crisis estructural del capital. Ministerio del Poder Popular para la Comunicación y la Información.
- Oleas, J. (2013). Ecuador 1972-1999: Del desarrollismo petrolero al ajuste neoliberal. Universidad Simón Bolívar.
- Poulantzas, N. (1969). Hegemonía y dominación en el Estado Moderno. Siglo XXI.
- Rivero, O. (2007). El mito del desarrollo: Los estados inviables del siglo XIX. Fondo de Cultura Económica.
- Santos, M. (1994). Por otra globalización. Convenio Andrés Bello.
- Schmidt, A. (1976). El concepto de naturaleza en Marx. Siglo XXI.



LA
HISTORIA
QUE *pudo*
HABER SIDO

DEL ESCENARIO DISTÓPICO ACTUAL DE LA DINÁMICA EXTRACTIVA PETROLERA EN LA AMAZONÍA AL ESCENARIO ALTERNO DE SOCIEDADES RIBEREÑAS E INTERFLUVIALES DE OTRORA

6

Ivette Vallejo

Introducción

La palabra ucronía compuesta por el prefijo griego *ου-* (u), que significa ‘sin’ o ‘no’, y *χρόνος* (chronos), que se traduce como ‘tiempo’, nos lleva al ‘no tiempo’ o al ‘tiempo que no existe’.¹ Una ucronía es un subgénero literario que ofrece una narrativa alterna o alternativa a la de la historia, que se construye en base de fuentes como archivos principalmente, o de la microhistoria que también atiende a la historia oral e historias de vida. La ucronía se plantea deconstruir en cierta medida la historia o la historiografía “oficial”, repensar los acontecimientos, desde oponer situaciones y hechos, figurar aquello que pudo haber acontecido, adoptando otras direcciones.

1 Tomado de <https://www.significados.com/ucronia/> (accesado el 13/12/2021).



A decir de Darger y Ragas (2012), las ucronías o contrafácticos, por lo general, suelen ser considerados como una futurología del pasado, un lamento de un futuro que pudo ser mejor; una narrativa de oportunidades perdidas. Los autores proponen, más bien, una ucronía como género de creación literaria que brinde una mirada nueva a la historia, efectuando un ejercicio de ficción. Es un volver a senderos bifurcados que proporcionan narrativas alternativas a lo que se conoce y que ha sido tratado como inevitable. El recurso a la imaginación para ello es imprescindible; a la vez que se conjuga datos e información, con cierta lógica de verosimilitud.

La ucronía puede adoptar una mirada utópica retrospectiva como aquellas propuestas “orientadas a revisar la historia desde una sensibilidad contemporánea, con la ecología, el feminismo y la reivindicación racial”.² Esto acercaría la ucronía con posiciones descoloniales, que sería aquello que me interesaría conjugar.

Este artículo conlleva la pregunta ¿cómo sería la Amazonía actualmente, de no haberse impuesto el extractivismo petrolero, en conexión el sistema-mundo, dentro de intercambios desiguales de flujos de petróleo (crudo /combustible fósil)? Siendo esta una principal fuente energética sobre la cual se ha basado en las últimas décadas el crecimiento económico de países del norte global y de la semiperiferia, mientras en los territorios en que se extrae —como los de la Amazonía— ha dejado no solo contaminación, pasivos ambientales y sociales, sino también ha irrumpido en formas y modos de vida, principalmente de pueblos indígenas. Intercambio desigual que revela las relaciones entre energía y comercio, en que los centros del sistema mundial extraen exergía de y exportan entropía hacia sus periferias, dentro de la acumulación de capital y el desarrollo. Así se transfiere energía y naturaleza a centros globales, ocasionando producción de desechos, residuos en la periferia (Hornborg, 1998) ¿Podría imaginarse una historia alterna?

2 Referencia de Costa, J. (2020). *Los pasados imposibles. ¿Por qué triunfa la Ucronía?* En <https://bit.ly/3YKq0YR> (accesado el 12/12/2021).



De no haberse impuesto este *commodity*, petróleo para el caso analizado, quizás otros en su reemplazo habrían conducido el escenario de apropiaciones de la naturaleza; siguiendo la misma dinámica pautaada desde ontologías naturalistas instauradas por la modernidad occidental que separan naturaleza de cultura, objetivando a la primera; que han modelado la naturaleza considerándola cuantificable, desde fines del Renacimiento, ejerciendo dominación. Un régimen colonial se impuso convirtiendo al mundo (naturaleza) en *tabula rasa* para la inscripción de la historia humana, la historia de la colonialidad. La persistente otrización de la naturaleza y de pueblos no occidentales se apuntalan desde una imaginaria baconiana de entrar y penetrar. El naturalismo rapaz y predatorio adquirió legitimación con la filosofía cartesiana y su plena expresión en la mecanización del mundo. El ideal de control se erigiría tempranamente en el capitalismo predatorio y con el manejo “racional” de la economía moderna (Descola, 2001; Pálsson, 2001).

Si no fuera el extractivismo petrolero, seguramente, tendríamos áreas deforestadas por el impulso agroindustrial, tal como sucede actualmente en países como Paraguay y en varias zonas de Brasil, en que bosques subtropicales y mata atlántica han sido desbrozados para implantar vastas áreas de monocultivos de soya. Seguramente desde el Estado y grupos de poder económico se habían apuntalado zonas desbrozadas con amplios pastizales para crianza de ganado para surtir cárnicos para países emergentes de otros continentes. Esto, sin ese direccionamiento, ya fue ensayado, desde el siglo XVII y a mediados del XX en varias zonas de la Amazonía, desde modelos apuntalados por misiones religiosas o los programas de extensionismo estatal.

Antes de la irrupción petrolera, la Amazonía ecuatoriana no era un espacio prístino, de armonía. Llevaba todo un historial de presencia de distintos actores que ligaron tempranamente esta región a las dinámicas globales del sistema-mundo capitalista. Durante el auge cauchero entre fines del siglo XIX y primeras décadas del XX, se habían generado desplazamientos de pueblos indígenas, por las llamadas “correrías de indios” para la búsqueda del caucho, que en la zona del Curaray ocasionaron graves afectaciones en pueblos como los sápara y otros, diezmándolos en términos demográficos,



con afectaciones de enfermedades virales introducidas (Trujillo, 2001); a esta dinámica se atribuye también el que varios pueblos se interioricen en la selva, aislándose como ocurrió con los/as waorani. En las riberas del Aguarico, del Napo, también se impusieron dinámicas caucheras, quizás sin la brutalidad que la casa Arana generó en el Putumayo, pero dentro de formatos de colonialidad y subordinación de las poblaciones indígenas. Varios procesos de fuertes transformaciones se habían ya dado en la Amazonía, con epidemias, guerras intertribales, esclavización en haciendas, incursiones de comerciantes caucheros (Trujillo, 2001).

Dentro de las dinámicas que han marcado la Amazonía, los formatos de apropiación de la naturaleza se han repetido una y otra vez. A decir de Little (2001), distintas cosmografías han plasmado la apertura de fronteras extractivas (del oro, de la quina, del caucho, madera, petróleo); actualmente, en pos de recursos minerales del subsuelo.

Ahora bien, en la Amazonía, el nuevo auge extractivo ligado al *commodity* petróleo tuvo inicio entre los años 20 y 30 del siglo XX cuando la Leonard Exploration Company y la Royal Dutch Shell, comenzaran exploraciones petroleras.³ Entre la década de los 50 y fines de los 60 ocurrieron traspasos de empresas, nuevas concesiones y aparición de consorcios en el horizonte. Se construyó la Refinería de Esmeraldas y en 1960, se concesionan miles de hectáreas a favor de Minas y Petróleos del Ecuador, encabezada por Howard Steve Strouth (Martínez-Acosta, 1995). En 1967, esta concesión se traspasa al consorcio Texaco-Gulf (Petroecuador, 2010) y se intensifica la extracción de crudo desde el pozo N.º 1 de Lago Agrio, donde 2610 barriles de petróleo eran explotados diariamente. Con el hallazgo de crudo en el actual Sucumbíos, se daría inicio al primer auge petrolero, que con pompa se celebró como el advenimiento de la prosperidad, desarrollo y modernidad para el Ecuador.

3 Conforme a Martínez-Acosta (1995), en 1923 se celebró la concesión de arrendamiento de dos millones de hectáreas, con la empresa estadounidense Leonard Exploration para actividades de exploración de posibles yacimientos en algunos sitios de la Amazonía. En 1937, se firmó un contrato con la Anglo-Saxon Petroleum, para la exploración en una superficie de diez millones de hectáreas, que serían transferidas en 1939 a la británica Shell para prospección en la región central-oriental.



Al inicio del auge petrolero en 1972, cuando arribó el crudo trasladado de Lago Agrio a Balao, a través del oleoducto transecuatoriano construido por el consorcio Texaco y Gulf,⁴ el general Rodríguez Lara, arengaba que el petróleo sería un recurso fundamental que “ayudaría a resolver los problemas que a la Patria aquejan”, mencionando que había que dejar atrás la miseria, ignorancia, falta de salud para propender al desarrollo. En ritual patriótico hasta llegar al templete del colegio militar Eloy Alfaro se custodió el primer barril de petróleo luego de ser paseado por calles de la ciudad de Quito, acompañado de un desfile de estudiantes y militares. Con toda una parafernalia patriótica y militar, se daba inicio al *boom* petrolero y en las exaltaciones de los medios de comunicación, el consorcio Texaco-Gulf aparecía como el héroe de lo que denominaban “el descubrimiento de la riqueza e inicio de una nueva era de prosperidad en Ecuador”, que se nutría de “pozos perforados en las entrañas selváticas”.⁵

Visionar escenarios alternos tendría que desmarcarnos de la colonialidad de la naturaleza y de la colonialidad sobre los pueblos amazónicos; por tanto, del marcaje ontológico que tiene como su fundamento: la modernidad. Quizás entonces habría que ir más atrás, para imaginarnos otras posibles amazonías. Es lo que haremos en este artículo-ensayo. Reimaginar los sucesos desde una historia contrafáctica, que despliegue repensar el antes de la llegada de los expedicionarios y conquistadores ibéricos que en dos flancos y direcciones desbravaban las selvas amazónicas, surcando ríos; la ruta seguida por Orellana desde Quito hacia el Amazonas, y la ruta portuguesa en sentido opuesto.

La narrativa se construye en tres acápites. El primero describe el escenario distópico actual del derrame de crudo sobre el río Napo a partir de la rotura del Sistema de Oleoducto Transecuatoriano, ocurrida en 2020, y la erosión regresiva que ha provocado el cierre del flujo del petróleo y su transportación, que podría llevarnos a visualizar el cese de un período: el

4 La construcción del Sistema de Oleoducto Transecuatoriano (SOTE) fue iniciada en 1970 por la compañía William Brothers.

5 Tomado de *El primer barril de petróleo (I y II parte)*. Archivos de la Cinemateca Nacional. <https://youtu.be/6Ydam6r7--4>



de la dependencia de la exportación de crudo —combustible fósil—. Un segundo escenario, uno alternativo sería aquel del XVI y subsiguientes en que se figura una Amazonía sin intervención y con fallidos intentos de colonización que abrían cambiado el rumbo de las dinámicas coloniales. De allí, retornaremos en el acápite tres, que describe acontecimientos contemporáneos y las discusiones que se dan en la política nacional sobre el futuro de la economía de un Ecuador pospetrolero. Finalmente, se ofrecen conclusiones de la aventura de este ejercicio narrativo.

Ríos contaminados y muertos. El escenario distópico

Después de haber facilitado un curso sobre conflictos socioambientales en uno de los módulos de la Escuela de Formación Política, Social y Ecológica “Achakaspi Bula”,⁶ implementada en Coca por el vicariato de Aguarico y la Fundación Alejandro Labaka con el impulso del padre José Miguel Goldaraz —capuchino de origen vasco, quien por varios años ha vivido en la Amazonía norte del Ecuador— acompañé a Vanessa, una alumna de FLACSO Sede Ecuador a la comunidad de Toyuca, ubicada en el cantón La Joya de los Sachas, de la parroquia San Sebastián del Coca, en de la provincia de Orellana.

En esta comunidad, Vanessa estuvo efectuando su trabajo de investigación de campo para su tesis de maestría, en el cual aborda la agencialidad de las mujeres kichwa en hacer frente a la problemática socioambiental originada por el derrame de petróleo. Se trata de una comunidad kichwa en la que los hombres trabajan fuera del hogar en puestos menores y tercerizados dentro de las compañías petroleras y mineras, desempeñándose, en la gran mayoría de los casos, como guardias de seguridad y obreros, mientras las mujeres se ocupan de labores

6 La escuela reúne a jóvenes hombres y mujeres del pueblo kichwa y de las nacionalidades waorani y shuar.



de cuidado doméstico y comunitario, la crianza de hijos e hijas, el cuidado de los animales y el mantenimiento de chacras.

En la visita realizada en agosto de 2021, caminamos por la playa de río Coca, afluente del Napo, acompañadas por Verónica Grefa, una joven líderesa kichwa, presidenta de la comunidad; su madre (Cecilia), su cuñada (Nancy), su hermana menor y una pequeña sobrina (Estefy). En medio de un escenario distópico en el que se podían distinguir varias casas de la comunidad de Toyuca suspendidas en medio de terrones de arena a punto de caer, nos fueron contando del temor que tenían, de que varias de las casas de la comunidad, tiendas e incluso el coliseo se desplomaran llevados por el río, conforme avanzaba el proceso de erosión regresiva. Este temor que se agudizaba cuando, al incrementarse las lluvias, aumentaba el caudal.

Mientras caminamos por la ribera, se apreciaba que grandes troncos eran llevados por el Coca. A los costados todavía se podía observar un brillo que parecía aceite. Cecilia nos mostraba cómo el caudaloso y alterado río de aguas turbias se llevaba consigo montículos de tierra y enormes troncos, junto a los residuos de contaminación. Al llegar a un pequeño estero contiguo, observamos pequeños peces vivos, encallados entre el fango azulado y aceitoso de la orilla. Cecilia, al verlos, se emocionó por un momento como si hubiera encontrado el mayor festín. Los peces eran tan pequeños que no podíamos entender su emoción. Cecilia nos comentó que meses atrás no habían podido pescar, por lo que su principal fuente de alimento había desaparecido. Cogió unos peces y continuamos caminando de retorno hacia su casa.

Verónica y sus familiares nos comentaron las situaciones difíciles que tuvieron que afrontar, tanto ellos como otras comunidades kichwa, cuando ocurrió el derrame petrolero un año antes —el 7 de abril de 2020, cuando 15 800 barriles de crudo fueron vertidos sobre los ríos Coca y Napo, en la provincia de Orellana, a partir de la rotura de una tubería del Sistema de Oleoducto Transecuatoriano (SOTE), el Oleoducto de Crudos Pesados (OCP) y el poliducto Shushufindi, que a su vez se originó en la implosión repentina de la cascada San Rafael ocurrida el 2 de abril de 2020,



tras afectarse su cauce natural; una tragedia anunciada, ocurrida en el límite de las provincias de Napo y Sucumbíos—. La cascada habría desaparecido, literalmente, al alterarse los ecosistemas comprendidos entre la cordillera de los Andes y la región Amazónica; siendo su nacimiento la confluencia de los ríos Quijos y El Salado. Con la erosión en el cauce del río Coca, se había provocado un hundimiento de tierra y la formación de un socavón de unos 70 metros, con la consecuente afectación al SOTE.

La empresa estatal Petroecuador, suspendió las operaciones del SOTE, indicando que el hundimiento de tierra redujo la presión de bombeo. La empresa OCP, informó, por su parte, que la erosión del río Coca desencadenó la ruptura de una de sus tuberías. “Ninguno de los pronunciamientos mencionó un derrame petrolero, ni se advirtió del hecho a las comunidades ribereñas de los ríos Coca y Napo, quienes quedaron expuestas directamente a la contaminación de sus fuentes de agua” (Céspedes, 2021).

La comunidad kichwa de Toyuca constaba entre las 105 comunidades damnificadas. Alrededor de 27 000 comuneros habrían sido expuestos a contaminación (CONFENIAE y Alianza por los Derechos Humanos, 2020). Por meses, hasta avanzado el 2021, las y los niños dejaron de jugar y bañarse en el río, las mujeres no podían ir a lavar ropa, ni recoger agua, las familias se vieron severamente afectadas en su consumo alimentario, ya que el río se contaminó y los peces aparecían muertos. Como para toda comunidad kichwa, la pesca forma parte central en sus medios de vida, ya que complementa la ingesta de los productos cultivados en las chacras por las mujeres.

El río se contaminó, dificultando el acceso al agua, mientras las autoridades del Ministerio de Salud Pública y del COE nacional aleccionaban a la ciudadanía del país a mantener un lavado continuo de manos para evitar el contagio, en medio de la pandemia de COVID-19. Lavarse las manos en un contexto de contaminación de un río principal y de esteros resultó totalmente imposible.



Como lo expresa Verónica Grefa de la comunidad de Toyuca:

A nosotros se nos ha vulnerado los derechos al agua, a la salud, a una buena alimentación... El agua era bien clarita y ahora ha cambiado bastante. El agua es bien espesa, sucia. Trae hartito sedimento. Se ha dañado completamente el río. El ocho de abril (de 2021) a las cinco de la mañana, bajamos a pescar. Nosotros vivíamos principalmente de la pesca. Es nuestra principal fuente de alimentación. Mi mami bajó al río, pero el que se dio cuenta que hubo un derrame petrolero fue mi hermano, porque percibió el olor. Mi mami había sacado el pescado, lo arregló, pero olía a diesel y a gasolina. La familia consumió ese pescado contaminado.⁷

A decir también de dirigentes de comunidades ribereñas del Napo:

Qué desgracia. No hay ningún pescado en este río Napo a raíz de la contaminación. Ya nos quedamos sin comida. Aquí en el río hacíamos todas las actividades nosotros... pesca, consumir el agua. Ahora no se puede hacer nada. No hay cómo vivir. No hay cómo pescar. ¿Quiénes nos van a dar el sustento para poder vivir?⁸

Hacemos llamado a las autoridades porque estamos siendo afectados por el derrame de petróleo a lo largo del río Napo. Somos las comunidades quienes vivimos a lo largo del río, quienes consumimos de este río, tanto consumo de agua para bebida, consumo de peces, nos bañamos, lavamos la ropa. En todo esto nos hemos visto afectados por el petróleo que se encuentra en las hojas, a lo largo del río.⁹

7 Fragmento de entrevista a Verónica Grefa, lideresa de la comunidad de Toyuca. Tomado de Docuserie Sacha Samay. Capítulo 3. Derrame y Supervivencia. <https://bit.ly/3Y-jN3mP>

8 Fernando Alvarado, presidente de la comunidad Alta Florencia. Diario El Universo. https://drive.google.com/drive/folders/1HxaDdm_4ln_lf7FfmrAI_ubMxQoXFKT_

9 Klíder Gualinga, gerente local de Sani Lodge. Comunidad de Sani Isla. Diario El Universo. https://drive.google.com/drive/folders/1HxaDdm_4ln_lf7FfmrAI_ubMxQoXFKT_



La regresión del río Coca es uno de los desastres más calamitosos ocurridos en los últimos tiempos en la Amazonía ecuatoriana, con repercusiones aguas abajo. Hacia el 10 de abril de 2020, la mancha de crudo había traspasado las fronteras entre Ecuador y Perú, y rebasaba la localidad de Cabo Pantoja.

Las autoridades gubernamentales, funcionarios ministeriales y de las empresas OCP y PetroEcuador tanto del Gobierno de Moreno en que este suceso ocurrió y del actual gobierno de Lasso en que el proceso de erosión regresiva continúa, en sus intervenciones, cuando se les ha pedido pronunciarse sobre la situación, se han limitado a mencionar los inmensos costos y afectación sufrida en la infraestructura petrolera y vial. Existe temor de que la regresión también destruya la hidroeléctrica Coca Codo Sinclair uno de los proyectos de inversión pública más onerosos construido durante el gobierno de la denominada Revolución Ciudadana presidido por Correa, que apuntaló la hidroenergía magnificente como parte del cambio de matriz energética y con el ofrecimiento de que el Ecuador vendería energía eléctrica a países vecinos. La hidroeléctrica a punto de colapsar, sería precisamente uno de los antecedentes causales del desastre ambiental y social, una cuestión no mencionada por las autoridades. Las condiciones de vida de las comunidades ribereñas amazónicas, como siempre estarían en el último renglón de la preocupación del Estado, de los medios de comunicación y otros actores de la política económica nacional.

La regresión del río Coca:

Es un desastre de evolución lenta, de origen humano, con peligros y riesgos ambientales conexos. Este desastre fue construido con una serie de acciones y omisiones que se acumularon en la zona y que en los últimos 10 años terminaron por convertirla en una zona de sacrificio.¹⁰

10 Serie Desastres No. 2: La regresión del río Coca. Acción Ecológica. <https://bit.ly/3jJ5Nx1> (accesado el 21/12/2021).



Para la construcción de la hidroeléctrica se hizo en 2014 una toma de agua del río Coca y un embalse que provocaron un desequilibrio total del río y acumulación de sedimentos; además de resquebrajar estructura de piedra volcánica. El proceso ha generado afectación de poblaciones urbanas de San Luis y El Reventador, a campesinos y propietarios de fincas en la rivera del Coca; a las comunidades de Pandayaku, Shiwacocha, San Francisco, Playa del Río Coca y Dashino, con pérdidas de cultivos y chakras, y en sus rutas de navegación.¹¹

Las autoridades en general han eludido responsabilidades en la prevención de los daños generados, no han anticipado los impactos, ni preparado estrategias de contingencia, atribuyendo la problemática a una cuestión fortuita y natural.

El 29 de abril, ante la inacción de las empresas estatales OCP y Petro-Ecuador, y ante las graves afectaciones del derrame, las comunidades kichwa, diversos grupos y personas naturales interpusieron una acción de protección con petición de medidas cautelares presentada de forma colectiva. Esta acción fue firmada por las organizaciones indígenas CON-FENIAE y FCUNAE; por Alianza Ceibo, la Comisión Ecuménica de Derechos Humanos CEDHU, Acción Ecológica, la Asociación Latinoamericana para el Desarrollo Alternativo, la Fundación Alejandro Labaka, el Centro de Apoyo y Protección de los Derechos Humanos SURKUNA, y por varios defensores de derechos humanos y de la naturaleza como accionantes individuales en calidad de víctimas directas. Se exigió una reparación integral (ambiental, cultural, social). Dentro de los demandados se encontraba OCP (empresa privada), Petroecuador (empresa pública) y varios ministerios (Ministerio del Ambiente, Ministerio de Hidrocarburos y Ministerio de Energía) como entidades reguladoras y de control que habrían incumplido con sus funciones; así mismo, el Ministerio de Salud, por su inacción en el contexto de precautar la salud de las poblaciones ribereñas en un contexto de pandemia.

11 Serie Desastres No. 2: *La regresión del río Coca*. Acción Ecológica. <https://bit.ly/3jJ5Nx1> (accesado el 21/12/2021).



Dentro del periplo seguido por instancias judiciales, el 26 de mayo se dio la primera audiencia frente al juez de la Unidad Judicial Multicompetente Penal con sede en el cantón Orellana. Esta se suspendió para reanudarse el 1.º de septiembre de 2020. Más adelante, el 12 de octubre, el juez dictó sentencia denegando la acción de protección, con el argumento de la inexistencia de omisión por parte de los demandados; la inexistencia de una inacción de deberes y obligaciones institucionales por parte del Estado. Tampoco se reconoció la vulneración de derechos constitucionales (a la vida, al agua y alimentación) de la población demandante. Ante ello, se interpuso una acción extraordinaria de protección, ante la Corte Constitucional por la gravedad de los daños y la vulneración de derechos. La Corte seleccionó el caso como grave y continúa hasta la fecha en proceso de revisión (Céspedes, 2021).

El suceso del derrame desplegó la movilización social de las comunidades afectadas, con varias marchas y plantones en la ciudad del Coca (cuyo nombre oficial es Puerto Francisco de Orellana), realizadas en paralelo al itinerario legal. En una de las marchas organizadas por la Federación de Comunas Unión de Nativos de la Amazonía Ecuatoriana (FCUNAE), efectuada el 14 de agosto de 2020, en que varios representantes de comunas kichwa asentadas en las riberas de los ríos Coca y Napo participaron, varias mujeres enunciaban:

Este es el sentir de nuestras comunidades Kichwa. Cansadas, hemos tomado la decisión de venir desde muy lejos, hemos tenido que madruguar, dejar a nuestros hijos en casa. Eso es para nosotros una tristeza, aparte de tener tanto riesgo por la pandemia, ahora por la contaminación, ahora nuestros hijos solos en casa. Eso es el dolor de todas las mujeres que aquí nos encontramos.¹²

[...] A nosotros nos ven como un animal, que se mueran allá. Tenemos derechos, somos sangre, hueso y carne, todos somos seres humanos y, por ende, ahora estamos aquí luchando. ¡Estamos cansados de que la empresa no nos atienda, inos deja atrás, pisoteados!

12 Extracto de entrevista a Elisa Tapuy. Comunidad de Indillama. Entrevista realizada por Nathalia Valvieso. Material para la Docuserie *Sacha Samay*.



¿Qué toca hacer? Todavía en medio de esta enfermedad toca salir al pueblo, luchar, pedir apoyo. En estos momentos que debíamos estar en la casa, “quédate en la casa”, ¿pero qué toca hacer? ¡Salir! ¿Por qué? ¡Por el hambre, por el dolor, por la enfermedad toca salir a la calle!¹³

La Alianza por los Derechos Humanos del Ecuador, que articula a varias organizaciones ambientalistas y de derechos humanos, condenó el accionar y pronunciamiento del gerente de Petroecuador EP, quien minimizó los impactos negativos y el alcance del desastre ambiental; además de condenar la inexistencia de medidas de contención y remediación en medio de la pandemia de COVID-19 que vulneró derechos de alimentación y salud de las poblaciones indígenas ribereñas.¹⁴

Este caso, después del desastre de contaminación ambiental generado por TEXACO en la década de los 80 en el siglo anterior, representa una de las situaciones más críticas generadas por el extractivismo petrolero en la Amazonía, por los impactos ambientales y sociales ocasionados. Kimerling (2006) y Serrano (2013) mencionan, entre los varios impactos de ese entonces, la deforestación de unas 2 000 000 de hectáreas, la combustión de elementos químicos que produjeron en varias ocasiones lluvias ácidas, de importante impacto negativo en los ecosistemas; mencionan más de 650 000 barriles de crudo derramados por Texaco en bosques, ríos y esteros en la Amazonía norte; contaminando con sustancias tóxicas fuentes de agua utilizadas por indígenas y campesinos migrantes.

Ahora bien, desde la inauguración del SOTE¹⁵ en 1972, el sistema tiene una capacidad de transporte de unos 360 000 barriles de crudo por día, que

13 Extracto de entrevista a Graciela Cerda. Comunidad de Indillama. Entrevista realizada por Nathalia Valvieso. Material de la Docuserie *Sacha Samay*.

14 *Alianza por los Derechos Humanos Ecuador*. Derrame de petróleo en la Amazonía ecuatoriana. <http://bit.ly/3HQs8Rg>

15 El Sistema de Oleoducto Transecuatoriano está formado por una tubería de acero tendida desde la Amazonía hasta la Costa (oriente a occidente), del cual, un 65 % se encuentra bajo tierra, y el 45 % sobre ella, junto a vías y carreteras. Este oleoducto tiene una capacidad de transporte de 360 mil barriles de crudo por día, a través de sus 497,7 kilómetros de longitud.



son trasladados a través de 497,7 kilómetros de tubería. Se han reportado gran cantidad de derrames atribuidos al paso del oleoducto por zonas inestables y de alto riesgo, pero también a una falta de mantenimiento y de renovación de equipos. El SOTE ha tenido 74 derrames desde que inició sus operaciones.¹⁶ Hasta julio de 2011, se habían registrado —por el Programa de Reparación Ambiental y Social (PRAS), del Ministerio de Ambiente— 481 derrames de crudo, de los cuales el 50,10 % han ocurrido en el cantón Francisco de Orellana, un 49,79 % en el cantón Joya de los Sachas y un 0,21 % en el cantón Aguarico (Céspedes, 2021).

El 7 de abril de 2021, una marcha en Coca conmemoraba el primer año del funesto derrame. La marcha fue organizada por la Federación de Comunidades Unión de Nativos de la Amazonía Ecuatoriana (FCUNAE), inició en el Consejo de la Judicatura y avanzó hasta la Fiscalía provincial. Las y los participantes cuestionaban que un año después de ocurridos los eventos del derrame, 27 000 personas kichwa ribereñas seguían sin acceder a justicia; sin una reparación integral. Sostenían que aún continuaban viviendo en condiciones de vulnerabilidad. En la búsqueda de justicia y reparación, han sido las mujeres kichwa quienes han tenido mayor perseverancia, preocupadas por las afectaciones que siguen teniendo las niñas y los niños, como sarpullidos, hongos y carachas en la piel. Ellas mismas han sufrido infecciones vaginales y en las vías urinarias al bañarse o lavar ropa en el río. Las mujeres, menos dependientes de trabajo asalariado en las empresas petroleras, sostienen el territorio. Si bien ha habido hombres kichwa que se han posicionado cuestionando al OCP y a PetroEcuador, están en cierta medida ligados a trabajo asalariado y varios cumplen jornadas en campamentos petroleros.

La realidad en la Amazonía norte es esa, la del involucramiento a puestos de trabajo en compañías extractivas, mientras los trabajos del cuidado y del aprovisionamiento alimentario familiar recaen en las mujeres. El río Coca y el Napo son para las mujeres, y lo afirman así, dotadores de agua, espacios de crianza y fuente de alimento. Desde un punto de vista

¹⁶ Ver: *El arreglo de dos oleoductos y un poliducto puede tomar ocho semanas*. 8 de abril de 2021. <https://bit.ly/3JXu795> (accesado el 27/12/2021).



simbólico, representan el espíritu de la boa; el río tiene agencia; se reconoce que se puede enojar con los derrames, puede llevarse casas y cultivos (Céspedes, 2021).

El escenario alternativo

Trasladaré a los y las lectoras a un escenario alternativo, aquel de la no dominación hegemónica de la dupla modernidad/colonialidad, que nos permite imaginar/ensoñar una Amazonía no solo libre de extracción petrolera, sino una Amazonía no colonizada.

En la cuenca amazónica, antes de la colonización, dos grandes complejos lingüísticos culturales ocupaban vastos espacios: el tupi-guaraní vinculado a culturas primordialmente agrícolas con avanzadas técnicas de elaboración cerámica, notable tradición religiosa alrededor de figuras proféticas; y el tukano, que tenía gran prestigio mágico alrededor de la figura de chamanes, con prácticas de horticultura y grandes conocimientos de medicina herbolaria (Trujillo, 2001).

La cuenca del alto Marañón hasta el Pastaza, por la margen izquierda estaba ocupada por las tribus de filiación jíbara; la cuenca del Napo, Putumayo y Caquetá por las tribus Tukano; el Alto Napo por los Quijos; el bajo Napo en su confluencia con el Amazonas y hasta la bocana del Putumayo parecía corresponde al así llamado Reyno Omagua; en tanto que el inmenso territorio comprendido entre el Pastaza, el Corrientes, el Tigre y el Napo correspondía a la Nación Zápara (Trujillo, 2001, pp. 18-19).

El escenario alternativo que abordaremos es el de antes de mediados del siglo XVII en que en la Alta Amazonía “región de montaña oriental comprendida entre la línea de Ecuador y 6 grados de latitud sur, y al oeste y este de la vertiente oriental de la Cordillera del río Tigre” (Taylor, 2002, p. 214), se habría librado de dinámicas coloniales. Esto significó que no



habría sido incluida en la misión de Maynas. Mantendría así niveles de integración sociocultural, una “acentuada especialización adaptativa a las condiciones del medio ambiente” (Porro, 2002, p. 176) de floresta tropical, sin los perturbadores efectos demográficos, sociales, culturales y biológicos a los que de otra forma hubiese acarreado la conquista ibérica.

Expediciones como las de Francisco de Orellana y sus hombres bajando por primera vez por el Napo y el Amazonas en 1541 después de la desventura de Gonzalo Pizarro al país de la Canela, habrían fracasado hacia 1542, no produciéndose el contacto con los Omagua, descrito por el dominico Gaspar de Carvajal, río Napo abajo. Tampoco se habría dado la expedición al Dorado (1560-1561) de Pedro de Ursúa y de Lope de Aguirre al brazo Casiquiare; ni el recorrido a la inversa de Pedro Texeira en 1637-1639 en recorrido río arriba hacia Quito. Afectados por distintas enfermedades tropicales, amedrentados por los sonidos nocturnos de la selva, por el calor, los mosquitos y por una *terra incognita* que les producía temor. No habrían continuado con su interés expedicionario. Además, a su paso habrían encontrado una férrea contestación y resistencia.

A pesar de estar empujados por el mito de El Dorado, del gran Lago Paititi, del Gran Omagua que les seducía a explorar la Amazonía en búsqueda de riquezas y oro, se habrían detenido. No habrían logrado descender hacia la Amazonía. Otras expediciones posteriores también habrían sido combatidas por pueblos indígenas, que tenían elaboradas tácticas de guerra. Tampoco los expedicionarios portugueses habrían cruzado en sentido opuesto. Aquellas expediciones como las de Carvajal, la de Diego Nuñez —portugués a servicio de España— no lograron adentrarse en el Alto Amazonas; tampoco la expedición de Mercadillo. Además, no habían contado con el consentimiento ni apoyo de indígenas andinos para acompañar dichas expediciones. La ilusión de fabulosas riquezas de la selva fue emborronada, creció el desinterés y el temor. Tampoco se habría entrado en territorio de los/las Quijos, indígenas de selva e intermediarios entre culturas de selva y señoríos andinos.

A mediados del siglo XVI, la várzea amazónica, en la media y baja Amazonía sorprendía por una población numerosa, con cierta estratificación



interna y asentada en poblados extensos que producían excedentes que alimentaban un significativo comercio intertribal de productos primarios y manufacturados; con un patrón de asentamiento continuo a lo largo de los grandes márgenes fluviales con una economía ligada a recursos acuáticos. Había jefaturas locales y regionales, dotadas de atributos de sacralidad. Se trataba de sociedades con culto a los antepasados (Porro, 2002).

Las/los omagua,¹⁷ que conforme a Cabrero (2020, p. 269):

Tendrían tres zonas importantes o territorios hacia el siglo XVI, estarían localizados en los afluentes navegables del Napo, como en el curso bajo del río Coca y zonas adyacentes (Omaguas Yete); en el curso medio del río Napo, siendo importantes las confluencias del Aguarico y el Curaray (Aparia menor) y finalmente desde la confluencia del Napo con el Amazonas hasta un poco más allá de la desembocadura del río Putumayo. (Aparia mayor)

Habrían conformado una confederación regional o cacicazgo multiétnico (Vidal, 1993 en Cabrero, 2020) un macro sistema político-económico amerindio (Whitehead, 1994 en Cabrero, 2020), y continuarían con su dinámica social y cultural, que ya en el siglo XVI envolvían a “decenas, sino centenares de miles de habitantes” (Cabrero, 2020, p. 263).

Hacia la zona del bajo Napo, las/los omagua, llamados *cambeba* o *media luna* por la práctica del alargamiento de sus cabezas, tenían “sementeras y chakras de mandioca y plátano con que sustentaban las casas, generalmente situadas en islas, playas y márgenes del río” (Porro, 2002, pp. 177-178). Tenían especialidad en manejar tierras alagadas bajas, experticia en manejar y adaptarse a inundaciones estacionales. Su morada y la de sus antepasados, siempre privilegiaban el río grande. Las/los omagua continuarían acentados en ese territorio hacia los siglos XVII, XVIII y en adelante, elaborando su cerámica polícroma, sus grandes vasijas de colores vivos. Las aldeas omaguas, en un escenario alternativo, seguirían muy bien

17 Tendrían varias nominaciones: omagua, omaguasyeté, cambebas (Cabrero, 2020).



organizadas; no habrían recibido expedicionarios de forma amistosa en el XVII, ni les habrían brindado mandioca, maíz, peces, frutas o tortugas.

Las/los omagua no fueron catequizados por los jesuitas. Laureano de la Cruz, misionero jesuita, no habría llegado a convivir con tribus del Alto Amazonas. Las/los omagua persistieron y no fueron diezmados demográficamente, continuaron existiendo. Una gran área omagua seguiría con su dinámica desde el alto al bajo Amazonas, con su provincia Aparia o también llamada Cariri, que se extendía por más de 600 kilómetros desde el bajo Napo hasta la región de São Paulo de Olivença entre el Javari y el Ica (Porro, 2002). Continuarían sus poblados grandes en márgenes del río, con sus vestimentas o cuerpos pintados de colores, manteniendo altivos su lengua de tronco tupí. Seguirían con su forma de organización social y política, centralizada en la figura de un gran señor aparia, jefe principal, que actuaría en coordinación con autoridades reconocidas de nivel local, que incluirían formas organizativas en que las mujeres también tendrían incidencia en la toma de decisiones.

Entre el Napo y el Aguarico, los/las omagua, ejerciendo movilidad este-oeste con filiación lingüística con los tupibamba y otros grupos tupi, mantendrían flujos y reflujos migratorios entre la zona central del Amazonas y el Alto Napo (Oberem, 1967). Se mantendrían por siglos como grandes navegantes y temidos guerreros, por lo que habrían arrinconado a los expedicionarios; a los ibéricos les habrían asustado los relatos de que mantenían prisioneros de guerra (Meggers, 1999; Grohs, 1974). En general, manejarían cultivos de yuca, maíz, también serían hábiles ceramistas y expertos en cestería. Continuarían con técnicas para afrontar periodos de escasez con técnicas de almacenamiento de alimentos, tanto vegetales, como animales (Meggers, 1999).

No se habrían dado tropas de rescate de indígenas, ni expediciones punitivas coloniales. Otra habría sido la historia amazónica. Quienes habrían fallecido por problemas de inadaptación a la selva tropical habrían sido los colonizadores ibéricos, diezmados en población, afectados también por dardos mágicos lanzados por grupos poblacionales amazónicos.



Dichos dardos les habrían producido espejismos, alucinaciones y locura. Luego de ello, habrían mostrado poco interés por adentrarse en estas selvas y surcar por sus ríos.

Zonas de várzea, y también de tierra firme, continuarían pobladas. Omagua y otros pueblos no habrían sido afectados por epidemias de viruela, ni otras. No fueron reducidos por catequesis de órdenes misioneras. Tampoco, hacia el siglo XVII, se habrían establecido haciendas, ni la población indígena estaría impelida al trabajo agrícola.

Diversas áreas de la Amazonía permanecerían como unidades territorialmente definidas, con alta heterogeneidad; unas con organización social más centralizada o estratificada; otras con jefaturas locales mucho más flexibles, principalmente en aquellas zonas colinadas con mayor dinámica de movilidad, que les permitirían manejar agroecosistemas de chakra, rotación de suelos, períodos de descanso que facilitarían la constitución de pequeños bosques bioculturales y diversos.

En la Alta Amazonía, no se habrían producido los efectos de las Reformas Borbónicas, ni el reparto de la Amazonía entre encomenderos, bandeirantes y misiones religiosas. Tampoco, después el reparto entre fronteras de repúblicas hacia el siglo XIX. No se habrían logrado instalar proyectos administrativos coloniales, ni republicanos, ni eclesiásticos relacionados con la región.

El valle del Alto Napo estaría poblado por Quijos, de origen posiblemente chichcha (Taylor, 2002) que conformarían un grupo importante en términos numéricos y territoriales, ocupando el valle del Napo y sus afluentes, y nacientes del Curaray, Tigre y Corrientes (Oberem, 1971; Hudelson, 1987). La Nación Sápara estaría conformada por una diversidad de pueblos, entre gaes y semigaes, entre los ríos Pastaza y Napo. Más abajo, el gran conjunto xivaroano (Shuar, Achuar, Shiwiar, Candoshi, Awajun). Variados pueblos de hinterland mantendrían un patrón disperso, economía de caza, recolección, horticultura con base en diversidad de cultígenos, principalmente la mandioca; permanecerían con un alto grado de autonomía local en microcomunidades, con una gestión económica importante de sus áreas territoriales. Permanecerían con una cultura material sobria, pero



técnicamente refinada, con sus sistemas simbólicos y sus complejos chamánicos como base de sus estructuras organizativas, familiares clánicas. Algunos con jefatura de guerra imaginaria o chamánica.

Si bien no se podría hablar de sociedades exentas de conflictos internos, habrían pasado hacia los siglos XVIII, XIX y al XX con acuerdos para espaciar guerras internas, estimulando la prolongación de períodos de paz. Mantendrían intercambios interfluviales, de tierras inundables y tierras colinadas. Quizás, dinámicas de etnogénesis se darían por matrimonios interétnicos en que las mujeres no serían ni botín de guerra, ni objeto de pactos patriarcales entre pueblos y grupos tribales. Los/las Aushiri o Awishiri persistirían como sociedad opulenta instalada en el valle medio del Napo, y varios grupos tukano occidentales, como los encabellados, también serían muy numerosos hasta la actualidad.

Estas y más diversas sociedades seguirían basándose en futuros siglos en sistemas de economía ritual, relaciones de intercambio interétnico con especialistas en herbolaria, manejo de tierras y distintos niveles de dosel de los bosques; mantendrían seguramente intercambios con poblaciones andinas, quienes también habrían expulsado a los colonizadores de sus territorios.

La Amazonía —o las Amazonías— serían un espacio biodiverso y de diversas culturas, sociedades con distinto nivel de integración, algunas con niveles civilizatorios, con formaciones sociales, dinámicas organizativas muy estructuradas, pero no centralizadas. No serían sociedades homogéneas, con distinciones y estrategias adaptativas a zonas colinadas, zonas ribereñas y de várzea inundables.

De ser así, otras dinámicas habrían en este bioma. Sociedades que valorizarían en función de sus cosmologías sus bosques, ríos, fuentes de agua, pautados por relacionalidades con seres no humanos, espíritus y otras entidades que regentan la selva y el mundo acuático, con los que se negocian cotidianamente los accesos, sin demasía, sin desperdicio, sin derroche, sin ambición desmedida.



Un escenario así no habría sido el *locus* de apropiaciones extractivas de *commodities* con fines de mercado, y las otras regiones del mundo tendrían que haber procurado otras fuentes de energía; tendrían que haber sustentado sus economías desde otras perspectivas, respetando a otros pueblos, a otras culturas. No habrían podido darse los auges caucheros, petroleros y de otros *commodities*. La no-modernidad, basada en otras ontologías regentaría formas pluriversales de relacionamiento.

De regreso a lo contemporáneo. La incertidumbre manufacturada

En la semana del 5 de diciembre de 2021, el bombeo de petróleo por el SOTE y el OCP se suspendió. Se suspendía el transporte de crudo y se vaciarían las tuberías de estos oleoductos en el tramo afectado. Voceros gubernamentales anunciaban que no se debía seguir extrayendo crudo, si no era factible transportarlo o almacenarlo.

Al 12 de diciembre, el ministro de Energía y Recursos Naturales no Renovables declaraba que por “fuerza mayor”, aludiendo a “circunstancias naturales” no se cumplirían los contratos mantenidos con empresas petroleras bajo la modalidad de prestación de servicios. Se tomaban decisiones conforme al avance de la erosión en el río Coca, con su afluente Piedra Fina, que había llevado a detener el transporte de crudo por el SOTE y el OCP así como derivados en el poliducto Shushufindi-Quito.¹⁸ La producción nacional era para la fecha de 242 406 barriles diarios, según Petroecuador, menos de la mitad promedio de 2021. El ministro anunciaba un crítico momento para el Ecuador, que depende en un 30 % del ingreso petrolero para su presupuesto estatal.¹⁹ Ante medios de comunicación, se hablaba de que el Ecuador, al suspenderse el bombeo, dejaría de percibir

18 Ver: Ministerio de Energía declaró Fuerza Mayor para empresas petroleras por erosión en río Coca. 13 de diciembre de 2021. <https://bit.ly/40DAeVM> (accesado el 27/12/2021).

19 Ver: La producción petrolera caerá al mínimo hasta finales del 2021. 15 de diciembre de 2021. <https://bit.ly/3lehjKO> (accesado el 27/12/2021).



14,5 millones de dólares al día, además del consecuente incumplimiento de compromisos de producción y exportación de crudo.

El 15 de diciembre de 2021, se anunciaba que la producción petrolera caería al mínimo hasta fines del año. Obreros trabajaban en una nueva variante para el oleoducto con el objetivo de alejarlo de la erosión del río Coca. Se anunciaba que la producción petrolera nacional caería al 55 % por efectos de la erosión en el río Piedra Fina, uno de los afluentes del río Quijos en Napo. Toda esta situación contrariaba las pretensiones del presidente neoliberal Guillermo Lasso, emitidas junto con la expedición del decreto 95 de que el país aumentaría su producción en 80 % y que superaría los 500 000 barriles al día hasta fines de 2021. Esto no sería factible ya que se reduciría la producción de forma progresiva a 12 %, aproximadamente. Solo una parte se transportaría por el bloque 10 conectando con el OCP más adelante del sector 2 del río Piedra Fina.

La cadena del *commodity* (hidrocarburos y derivados) —explotación, producción, refinamiento, comercialización interna y externa— se veía alterada. La situación era tomada por personeros de gobiernos y expertos en petróleo, como un fenómeno de índole natural por la erosión del río, que se decía ponía en riesgo la infraestructura petrolera, así se enunciaría como si no hubiera una incertidumbre manufacturada por la construcción de infraestructura petrolera en zonas sensibles, como si no fuera todo resultado de la construcción de la hidroeléctrica Coca Codo Sinclair años antes con sus efectos adversos en el río Coca; lo que sumado a condiciones climáticas estaba generando lo vivenciado durante más de dos años.

Toda la situación nos lleva a pensar en “riesgos manufacturados”, en el sentido que define Beck (2000, p. 14), que son “una forma de realidad virtual o virtualidad real” (p. 10), en que participan expertos en el papel de especialistas, analistas de las definiciones del riesgo. Existen intentos de limitar, controlar los riesgos, las incertidumbres y peligros; pero nuevos peligros destruyen los pilares del cálculo convencional. La lógica de control de la razón instrumental, propia de la modernidad, colapsa dentro de la sociedad del riesgo.



El riesgo, por otra parte, se externaliza a poblaciones locales y a la misma naturaleza que no entran en las previsiones, ni en la preocupación de los personeros del Estado. Su preocupación está puesta en mantener volúmenes de producción, ingresos monetarios, cumplimiento de compromisos contractuales con empresas petroleras. Una preocupación por los daños ambientales, las afectaciones en medios de vida, acceso a alimentos, agua, de poblaciones locales no se ha indemnizado, ni reparado aún, con respecto al derrame petrolero ocurrido en el 2020; con la posibilidad de que algo similar ocurra nuevamente.

Naturaleza y cultura siguen siendo tomados como mundos aparte; no contemplando que los riesgos se están manufacturando, construyendo, actuando en un mundo artificialmente construido y que se ha tornado híbrido. La industrialización de la naturaleza hace peligrar a poblaciones humanas, a la fauna, los caudales ecológicos de los ríos, dentro de un proceso metabólico ligado en este caso a la producción, transportación y comercialización de petróleo.

La suspensión del bombeo de pozos podría hacer pensar en un *impasse*, en que otra realidad podría zanjarse si pasara el Ecuador a una fase postextractiva, que dependería a su vez de que los países centro del sistema-mundo transitaran a una fase de decrecimiento. Esto requeriría de nuevos horizontes de organización de la vida para contrarrestar la esencia catastrófica del proyecto del continuum histórico (...) del capital, mediante una transformación estructural de la modernidad capitalista y su modo de vida imperial; lo que requiere de la creación de una nueva economía con sustento en los derechos de la naturaleza y de los seres humanos (Acosta y Brand, 2018).

En función de dimensionar los impactos que ha acarreado el extractivismo petrolero, la sociedad civil, en especial las organizaciones indígenas, podrían exigir se apunte otra Amazonía, que precautele los remanentes de bosques de floresta húmeda tropical, que restaure bosques y ecosistemas degradados por las varias décadas de actividad extractiva petrolera, que potencie un ecoturismo de base territorial y comunitaria de baja intensidad, que valore los agroecosistemas de chakra no viabilizando



solamente ciertos productos estrella para bioemprendimientos, sino que el bienestar, que el buen vivir se construya desde las propias ontologías y cosmologías relacionales de los pueblos amazónicos, desde sus conocimientos de herbolaria, de suelos, que apuntan hacia diversificar chakras/*aja* conforme las prácticas tradicionales, en que pequeños bosques bioculturales sean sembrados, mantenidos y reproducidos en una simbiosis cultural/natural. Dejar de seguir la matriz primario exportadora implicaría salir de la racionalidad instrumental de la modernidad en procura de revitalizar lo no moderno (Blaser, 2013).

Esta ensoñación de mundos distintos y biodiversos, en que los pueblos indígenas y mestizos propicien otra u otras amazonías no obstante se quiebra cuando en medios de comunicación, a expertos en petróleos y personeros gubernamentales se les pregunta sobre la situación futura de la economía petrolera de la que ha dependido el país. A pesar de que algunos reconocen que hay que transitar de combustibles fósiles hacia energías renovables por las exigencias de las políticas globales de mitigación del cambio climático, pasan a hablar, a renglón seguido, de las nuevas bondades en términos económicos, que podría tener la minería metálica a mediana y gran escala para el país, incluyendo en ello a los territorios amazónicos. Con ello, la voracidad del capitalismo y de la colonialidad de la naturaleza nuevamente se yerguen en el horizonte, presintiendo nuevas formas de explotación y riesgos manufacturados.

Conclusiones

En este artículo se ha abordado el escenario distópico que desde hace varias décadas ha conllevado el extractivismo petrolero en la Amazonía ecuatoriana, principalmente en la Amazonía norte, con situaciones de frecuentes derrames que han provocado contaminación y afectación de poblaciones indígenas y comunidades ribereñas de colonos. Expresión de ello es el más reciente caso del derrame petrolero sobre los ríos Coca y Napo, generado por la rotura del sistema de oleoductos que afectó a comunidades kichwa, sin que hasta la fecha y, pese a sus acciones de



movilización social, hayan logrado una reparación integral, a dos años del acontecimiento.

El proceso de erosión regresiva del río Coca ha alterado zonas por donde se traslada petróleo de la Amazonía hacia la provincia costera de Esmeraldas, para su almacenamiento, refinamiento y exportación, lo que llevó, a fines de 2021, a una suspensión del bombeo de pozos y de la transportación de crudo, causando efectos en su comercialización.

El suceso podría haber llevado a acelerar la acción de la sociedad civil, de las organizaciones sociales y que el Estado adoptara medidas que permitieran encaminar al país a una fase postextractiva, situación que en el escenario contemporáneo no se vislumbra; personeros de Estado, del Ministerio de Recursos Naturales No Renovables, han impulsado la construcción de otras variantes para el traslado del crudo, reprogramando producción y comercialización.

Adicional a ello, se enuncia la necesidad de pasar a impulsar con fuerza la minería metálica, como una promisoría fuente de ingresos para el presupuesto del Estado, permaneciendo el país en una misma matriz primario exportadora basada en el control de la naturaleza y en la colonialidad de espacios biodiversos como la Amazonía.

Este artículo ofrece una narrativa en que estos escenarios distópicos de riesgo manufacturado contrastan con lo que pudo acontecer de no imponerse la colonialidad/modernidad sobre la Amazonía. La narrativa en sentido de ucronía retoma las condiciones que tenía la Amazonía a mediados del XVII y se imagina lo que pudo ser en siglos posteriores si no hubieran llegado a fraguarse las expediciones de conquista y colonización en la Amazonía ecuatoriana, con los subsiguientes desenlaces de una continua ampliación de fronteras extractivas en distinta temporalidad y auge extractivo.

Obviamente, esto nos llevaría a corregir la historia, crear un nuevo relato sin las dinámicas coloniales tal como sucedieron; imaginar una Amazonía biodiversa, con pueblos originarios, civilizaciones con un manejo



apropiado de espacios biodiversos, coevolucionando con tecnologías propias, tradiciones artesanales de arte cerámico, sabiendo lidiar y adaptarse a suelos frágiles, manteniendo su capa fértil, con un verdadero manejo de jardines, selvas agrobiodiversas. Pueblos viviendo dignos, en medio de alianzas interétnicas, con una pluralidad lingüística viva, superando dinámicas de guerras internas, intercambiando conocimientos con otras civilizaciones de otros continentes, sin dinámicas imperiales, sin dominación. Los flujos de mercado serían distintos a los actuales. Imagino verdaderos intercambios entre iguales. Esto también implicaría imaginar un nuevo relato sin la presencia hegemónica del capitalismo, con pueblos orientados desde la no modernidad, desde sus propias cosmologías, relacionándose con seres no humanos (plantas, animales, espíritus /entidades regentes) desde ontologías animistas, que no separan naturaleza de cultura.



Referencias bibliográficas

- Acosta, A. y Brand, U. (2017). *Salidas del laberinto capitalista. Decrecimiento y postextractivismo*. Fundación Rosa Luxemburgo.
- Beck, U. (2000). Retorno a la teoría de la sociedad del riesgo. *Boletín de la A.G.E.*, (30), 9-20.
- Blaser, M. (2013). *Un relato de la globalización desde el Chaco*. Editorial Universidad del Cauca.
- Cabrero, F. (2020). Omaguas, primer contacto. Una cultura amazónica elusiva y el misterio de la Aparia menor. *Mundo Amazónico*, 11(2), 255-275. <http://dx.doi.org/10.15446/ma.v11n2.83036>
- Céspedes, V. (2021). *¡Yana Curi! Cuerpos y territorios en resistencia al extractivismo petrolero. Las mujeres kichwa del río Coca y el derrame de petróleo en la Provincia de Orellana, Ecuador*. (Tesis para obtener el título de Maestría en Desarrollo Territorial). FLACSO Ecuador.
- Darger, E. y Ragas, J. (comp.) (2012). *Contra historia del Perú. Ensayos de Historia Política Peruana*. Aerolíneas Editoriales S.A.C
- Descola, P. (2001). Construyendo naturalezas, ecología simbólica y práctica social. En P. Descola y G. Pálsson (Comp), *Naturaleza y sociedad. Perspectivas antropológicas* (pp. 101-123). Siglo XXI Editores.
- Grohs, W. (1974). *Los indios del Alto Amazonas del siglo XVI al siglo XVIII*. Bonner Amerikanistische Studien 2.
- Hornborg, A. (1998). Towards an ecological theory of unequal exchange: articulating world system theory and ecological economics. *Ecological economics*, 1(25), 127-136.
- Hudelson, J. W. (1987). *La cultura Quichua de transición: su expansión y desarrollo en el Alto Amazonas*. Abya-Yala.



- Little, P. (2001). *Territorial struggles on perennial frontiers*. John Hopkins University Press.
- Martínez-Acosta Padilla, J. (1995). *La privatización de la comercialización hidrocarburífera y la inversión extranjera*. (Tesis de Maestría). UASB. <https://bit.ly/3HOKlyE>
- Meggers, B. J. (1999). *Amazonía, hombre y cultura en un paraíso ilusorio*. Siglo XXI Editores.
- Kimerling, J. (2006). *Indigenous peoples and the oil frontier in Amazonia: the case of Ecuador, Chevron-Exxon, and Aguinda v. Exxon*. Cuny Academic works.
- Oberem, U. (1967). Un grupo indígena desaparecido del Oriente ecuatoriano. *Revista de Antropología*, (15-16), 149-170.
- Oberem, U. (1971). *Los Quijos: Historia de la transculturación de un grupo indígena en el Oriente ecuatoriano. 1538-1956*. Universidad de Madrid.
- Pálsson, G. (2001). Relaciones humano-ambientales, orientalismo, paternalismo y comunalismo. En P. Descola y G. Pálsson (comp.), *Naturaleza y sociedad. Perspectivas antropológicas* (pp. 80-100). Siglo XXI Editores.
- Porro, A. (2002). História indígena do alto e médio Amazonas: séculos XVI a XVIII. En Manuela Carneiro da Cunha (org.), *História dos índios no Brasil* (pp. 175-196). Companhia das letras.
- Serrano, H. (2013). *Caso Chevron-Exxon: Cuando los pueblos toman la palabra*. Universidad Andina Simón Bolívar.
- Taylor, A. C. (2002). História pós-colombina da Alta Amazônia. En Carneiro da Cunha, Manuela (org) *História dos índios no Brasil* (pp. 213-238). Companhia das letras.
- Trujillo, J. (2001). *Memorias del Curaray*. FEPP.

ALOTOPÍA COMO UCRONÍA: COSTA RICA COMO "PRUEBA DE CONCEPTO" PARA UN ECUADOR POSPETROLERO

7

Andrés Vallejo Espinosa

*"También tengo una gran necesidad
de realizar ejercicios mentales. (...)
Me es útil pensar cómo hubieran actuado líderes
reales en circunstancias a las que,
de hecho, no se enfrentaron.
No sé si cometo un error al enredarme
en tales ejercicios, pero para mí
el aprendizaje siempre
está estrechamente ligado a la imaginación"*

(Amartya Sen, 2022).



La pandemia de 2020 encontró al país dividido. Todavía estaban aplacándose las fricciones de las Protestas de Octubre. Hacía mucho tiempo que no habían escalado las tensiones sociales como en esos últimos meses de 2019. Un río humano se precipitó a contracorriente de sus pares acuáticos, remontando la cordillera oriental. El rumoroso caudal evocaba pasadas movilizaciones: la de 1990, que derivó en la consolidación de la educación bilingüe, el reconocimiento de territorios indígenas y la asunción de la multiculturalidad como atributo de la nación ecuatoriana. Y, sobre todo, evocaba aquella de inicios de los setenta, producto de la intensificación de las tensiones sociales por el agotamiento del modelo de acumulación de la hacienda y el latifundio agroexportador, sin duda la movilización de mayores consecuencias en la forma que tomaría la sociedad ecuatoriana.

A diferencia del levantamiento de los noventa, las revueltas de 1974 fueron violentas, enfrentadas con implacable represión, que sin embargo no fue capaz de atajar los reclamos populares. Las presiones por las reformas en la tenencia de la tierra se venían acumulando por años, al igual que el descontento entre la creciente población marginal de las ciudades que no lograba ser incorporada por una letárgica economía. Todavía enganchados en la racionalidad colonial, los intentos de industrializar el país se asentaban en los subsidios que otorgaban los campesinos a la urbanización: en forma de alimentos subvaluados y una mano de obra barata, sacrificable e itinerante, que dependía del vínculo con sus comunidades rurales para su reproducción social. Y la hacienda, aunque ya abolida por ley desde los sesenta, seguía estructurando las relaciones sociales y económicas.

Las élites habían puesto todas sus esperanzas de lubricar estas fricciones en los probables hallazgos de reservas petroleras en la Amazonía. La Shell, la Gulf y la Texaco que exploraban el Oriente desde hace décadas, habían anunciado la existencia de enormes yacimientos. Los militares tomaron nota. Y el poder. En el contexto de la Guerra Fría, se buscaba conjurar las crecientes inclinaciones *non sanctas* de José María Velasco Ibarra, quien había tenido acercamientos con Fidel Castro y Salvador Allende. También había que impedir la inminente victoria electoral de Assad Bucaram, cuyo populismo era distinto. Velasco Ibarra era un encantador de masas; Bucaram era parte del pueblo y, por lo tanto, más impredecible y amenazador.



Por otro lado, un gobierno militar garantizaba el manejo disciplinado y tecnocrático de la nueva riqueza, de acuerdo con la doctrina del desarrollo que emanaba desde el Norte. Sin embargo, ocurrió el chasco. El petróleo estaba allí, pero las pruebas definitivas determinaron que su baja calidad hacía inviable su explotación comercial. La promesa de sustituir el extractivismo colonial de la hacienda por el extractivismo moderno de los hidrocarburos no se podría concretar.

Pronto el desencanto popular chocó con el empecinamiento de los terratenientes en no ceder sus privilegios. Al fin y al cabo, estos últimos se arraigaban en una profunda racionalidad colonial, difícil de desbanicar. Como argumenta convincentemente Horacio Machado Aráoz (2018), todo el andamiaje económico, tecnológico, institucional y epistémico de la sociedad colonial en la Sudamérica española estuvo signado por la lógica extractivista engendrada en Potosí, su epicentro. El tributo mitayo, el sistema de hacienda y otros tributos de indios fueron los mecanismos de extracción de trabajo del que el estado¹ y la sociedad criolla derivaban su sustento. La sociedad se dividía en dos esferas: la república de indios, significativamente llamados “naturales” y sujetos a tributo, y la república de blancos, beneficiaria de esos tributos y exenta de pagarlos.

Con la llegada de la Independencia, los próceres liberales se vieron abocados a una disyuntiva: la retórica de igualdad que ponía en el mismo plano a todos los nuevos grancolombianos chocaba con las necesidades del estado endeudado por las guerras libertarias. Así, en 1828, solo siete años después de su eliminación, Simón Bolívar restituyó el tributo indígena —la principal fuente de ingresos fiscales— junto con la categoría legal de “indígena” del que dependía su aplicación. Estas disposiciones continuaron en Ecuador luego de su separación de la Gran Colombia en 1930.

1 Nota del editor: De acuerdo con la norma de la Real Academia Española, la palabra *Estado* lleva mayúscula inicial cuando se refiere a una ‘forma de organización política, dotada de poder soberano e independiente, que integra la población de un territorio’ o al ‘conjunto de los órganos de gobierno de un país soberano’, pero, en este texto, el autor ha decidido escribirla con minúscula como una forma consciente de expresarse con menos solemnidad acerca del “estado”. Y, por el mismo motivo, ha elegido escribir siempre con minúscula inicial los términos “asamblea legislativa”, “fuerzas armadas” y “gobierno”.



Podemos ver por qué para los blanco-mestizos era impensable imaginar, en 1974, un ordenamiento social en el que ellos no fueran beneficiarios rentistas: desde los inicios de la nación la ciudadanía fue concebida como el privilegio de no estar sujeto a tributo alguno. Como destaca Andrés Guerrero (1994, 2000), la marca de no-ciudadano, de ser indígena y por lo tanto de estar fuera de la comunidad política, era pagar un impuesto! Guerrero relata el único intento de extender el tributo a los blanco-mestizos, mismos que —en las angustiadas palabras del presidente Juan José Flores— en casi “nada contribuyen al mantenimiento del estado”. En 1843, arguyendo penurias fiscales y la necesidad de afrontar la vergüenza de un estado emanado de las ideas de la Ilustración que mantenía distinciones legales entre sus súbditos para que los destituidos sustenten a quienes más tenían, el parlamento aprobó la universalización del impuesto. Durante los siguientes días el país ardió con protestas y asonadas. El gobierno se vio obligado a echarse para atrás y retirar el impuesto; esto es, retirarlo a los blancos, pues los indígenas lo seguirían pagando, como lo venían haciendo por más de tres siglos, por catorce años más. Así, durante toda la primera mitad del siglo XIX, alrededor del 30 % de los ingresos del estado provinieron del tributo indígena (Guerrero, 1994).

Cuando, en 1857, al fin se derogaron la categoría de “indígena” y la contribución que le iba adscrita, la subordinación de los cuerpos indígenas y los dispositivos que les extraían valor no cesaron, sino que pasaron a la esfera particular y administrativa. Recién en 1918 se abolió el concertaje. Las prácticas propias de la hacienda que le aseguraban la sujeción y sumisión de la mano de obra —las deudas por socorros, la herencia de deudas, deudas solo abonables en trabajo, los libros de rayas, la venta de tierras con trabajadores incluidos— siguieron incluso después de su prohibición legal. Solo en 1964 se prohibió el huasipungo (Barsky, 1984), aunque en la práctica seguiría funcionando hasta la Rebelión del 74.

La nación ecuatoriana, como vemos, emergió con una estructura socioeconómica rentista. Desde sus inicios, el estado y la limitada porción de su población que gozaba de la ciudadanía vivían de la “contribución personal de indígenas”. Se puede ver a este tributo como la extracción de una renta



a cuerpos constituidos como sujetos “naturales”² bajo la tutela del estado, con una lógica no muy diferente a la que imperaba en la minería colonial. El tributo transformaba al indio —parafraseando la glosa que Achille Mbembe (2017) hace a la explotación de los cuerpos negros bajo la esclavitud— “en *mineral* vivo del que se extrae *meta*” (p. 40), en “hombre-metal, hombre-mercancía, hombre-dinero” (p. 45; énfasis en el original). La esclavitud y la servidumbre como extractivismo. Este componente colonial del andamiaje de nuestra sociedad es el que empezaba a tambalear a inicios de los años setenta del siglo XX. El petróleo amazónico prometía dejar atrás ese Ecuador que llegaba a su ocaso, pero sin modificar la política económica extractivista en la que este se asentaba. Haría el milagro de trasladar la economía sacrificial que articulaba al país, extirpándola de las interacciones cotidianas, y esconder sus aspectos más violentos y problemáticos allende la cordillera, entre las brumas de la selva. Conservaría los privilegios de los ungidos, al tiempo que la circulación social de sus ganancias aplacarían las insostenibles tensiones que se venían acumulando.

Como sabemos, esos enormes ingresos petroleros que se esperaban nunca se materializaron. La marejada social se desmadró pronto. Los militares dejaron el talante paternal y progresista que habían adoptado en los inicios de la dictadura —personificado en la bonachona figura del general Rodríguez Lara, “Bombita”— y la represión se tornó brutal. Se temía una guerra civil. La intervención oportuna y concertada de monseñor Leonidas Proaño y de Galo Plaza, en aquel tiempo secretario de la OEA, logró congregarse a los bandos alrededor de una mesa y no en el pastizal de los cuervos. Los rumores de que las cúpulas castrenses y económicas habían solicitado una intervención militar a los Estados Unidos las deslegitimó y empujó a una salida con la participación de amplios sectores en el marco de un gobierno provisional. En lugar de buscar una personalidad ambigua capaz de acomodar todos los intereses y visiones contrapuestos —como había sucedido cuando comunistas y conservadores entregaron el poder a Velasco Ibarra tras La Gloriosa, en 1944— se formó un tetravirato:

2 Este “naturales” se suele entender como sinónimo de “nativos”, pero también podemos leerlo en el sentido que tiene en “recursos naturales”, donde esos cuerpos se confunden con la naturaleza, susceptible de ser explotada.



el propio Plaza; Tránsito Amaguaña, protagonista de los levantamientos; Francisco Huerta Montalvo, quien había sido alcalde de Guayaquil por unos meses en 1970, hasta que fue destituido por Velasco Ibarra, y que, tras volver de su exilio en Costa Rica, fue apresado por Rodríguez Lara por organizar protestas estudiantiles; y el sindicalista José Chávez.

De este espacio de gobierno compartido surgió el pacto social que transformó el país y que persiste hasta el presente. Se profundizó la reforma agraria, acompañándola de incentivos y capacitaciones para el desarrollo de empresas cooperativas ligadas a la producción agrícola. Se fomentó una cultura de pago de impuestos —entre otras cosas, talando la corrupción en el sector público— que hizo posible una aún precaria financiación estatal en base a tasas progresivas. Se estableció un sistema universal de seguridad social, se priorizó la educación y la salud, y se abolieron las fuerzas armadas. En alguna medida, estas reformas estuvieron inspiradas en la experiencia de Costa Rica, donde Francisco Huerta había pasado su exilio y observado de cerca sus efectos.

Octubre de 2019 se desató cuando las reformas neoliberales que se extienden por la región amenazaron este modelo. Se hicieron recortes a los presupuestos de educación y salud, y se pretendió privatizar la seguridad social. Enseguida las fuerzas populares salieron a las calles a demandar que no se toquen esos sectores; que se los financie con mayores impuestos a los combustibles, que además de ser utilizados principalmente por los sectores más pudientes, causan contaminación, problemas en la balanza de pagos y la expansión insostenible de las ciudades hacia las mejores tierras agrícolas. También se exigió que se cobraran los impuestos debidos a las transnacionales de la comunicación, de la tecnología y de la economía de chambas (*gig economy*), cuyas ganancias recientes habían sido astronómicas. Los ánimos se apaciguaron una vez que la mayoría de exigencias fueron adoptadas por el gobierno; no hubo desbalances fiscales, solo el restablecimiento de las prioridades nacionales que sostienen el pacto social que nos enorgullece a los ecuatorianos.



Cuando en 2020 llegó la pandemia y se decretó la cuarentena, estos nuevos impuestos fueron los que permitieron garantizar una Sustentación Vital Mínima, como se la llamó, a cada familia del país. Gracias a estas políticas, se logró evitar que las estremecedoras escenas de cadáveres botados en las veredas que se dieron en otras ciudades latinoamericanas se produjeran en las ciudades de nuestro país. La solidez y solidaridad de la respuesta a la pandemia fueron un bálsamo para las cicatrices abiertas en Octubre. Patricio Alarcón, presidente de la Cámara de Comercio de Quito, que entonces había expresado sus matizadas y comedidas objeciones a los impuestos, dijo, en cambio, que la respuesta a la cuarentena “no solo se trata de solidaridad. La contribución del sector privado a través de impuestos, no como una caridad, sino como una obligación por ser parte de la comunidad y beneficiarse de su sano funcionamiento, es buena para los empresarios también. Si la salud y la educación para todos están garantizadas, eso es bueno para los negocios”. En otro tema, apelando al bien común, insistió en que se mantuviera el Hoy No Circula en las ciudades aún cuando la cuarentena hubiera terminado.

De vuelta al mundo real

La versión de la historia desarrollada arriba tiene como premisa que nunca se exportó petróleo de la Amazonía. En consecuencia, que el Ecuador se libró de las calamidades y vicios que suelen acompañar al extractivismo: centralización de la economía y concentración de los recursos, las distorsiones económicas conocidas como “enfermedad holandesa”, el complejo socioeconómico llamado rentismo, conflictividad política y social, autoritarismo, clientelismo, militarismo y carrera armamentista, etc. (Collier y Hoefler, 1998; Coronil, 2002; Fontaine, 2002; Rosser, 2006; Acosta, 2009, 2017; Mitchell, 2009; Deacon, 2011; Ross, 2015; Savoia y Sen, 2021). Sobre todo, se sostiene en el argumento de que el hallazgo de petróleo en los setenta del siglo pasado permitió crear un simulacro de nación sin su cimiento: el pacto social. Hay la extendida idea de que fue la llegada del petróleo y de los extraordinarios flujos de divisas que trajo, lo que dio al traste con el Ecuador agrario y semifeudal que persistía hasta esa época. Al contrario,



aquí sostengo que lo que hizo el petróleo fue proporcionar una salida al agotamiento del modelo agrario poscolonial sin la necesidad de modificar la política económica extractivista en la que se asentaba. Una vez suprimida la violencia de las interacciones cotidianas de la hacienda y desplazada al sordo y lejano genocidio amazónico, el pulcro espacio para la aparición del sujeto ecuatoriano moderno quedó dado.

Bajo este esquema mental extractivista que subyace al andamiaje de nuestra modernidad poscolonial, es comprensible que algunos vean al desarrollo de la gran minería como indispensable —a pesar de que cualquier contabilidad que incorpore la perspectiva del bien común y el mediano plazo muestra el lesivo negocio que significará (Ospina Peralta, 2012; Sacher, 2012; Dávalos, 2013; Lang *et al.*, 2015; Acosta *et al.*, 2020).

Por supuesto, como toda ucronía, esta versión habita los territorios de la especulación y la probabilidad. Pero hay otra forma de indagar lo que podría haber sido y con la que intentaré suplir mi poca imaginación literaria: observar qué es lo que ha sucedido en otros lugares con características similares a las de nuestro país, pero que no han asentado su desarrollo en la explotación de recursos minerales. Demos ahora un breve vistazo a un ejemplo peculiar: Costa Rica.

Alotopía: la experiencia de otros lugares como historia alternativa

El expresidente Rafael Correa se regodeaba en repetir, en sus histriónicas defensas de la profundización del extractivismo, que no había país en el mundo que hubiera renunciado a la explotación de sus recursos minerales. Poco antes, con más sustancia y menos aspavientos, la asamblea legislativa de Costa Rica había prohibido por unanimidad la minería metálica en todo el territorio costarricense (Vindas, 2010).³ Correa tenía algo de razón. Ningún país normal lo habría hecho, pero Costa Rica está lejos

3 Unos años más tarde, en 2017, El Salvador, también con unanimidad de sus legisladores, prohibió toda minería metálica (Lakhani, 2017).



de serlo. Quisiera ahora repasar algunas peculiaridades del caso costarricense que nos pueden mostrar las posibilidades pasadas y futuras del Ecuador sin petróleo. Tienen que ver, me parece, con un pacto social que el Ecuador petrolero eludió.

Hasta mitad del siglo pasado, Costa Rica era un país similar al Ecuador en algunos aspectos, y muy diferente en otros. Con alrededor de un quinto de la superficie de nuestro país, su economía estaba ligada a unos pocos productos de exportación, notables entre ellos el café y el banano, cuya producción y comercialización estaban dominadas por la United Fruit Company. Durante la Colonia, Costa Rica —al igual que Ecuador—, tuvo una posición periférica en relación con los centros administrativos, siendo el más cercano la capitania general de Guatemala, a su vez parte del distante virreinato de Nueva España. Esto le obligó, o al menos así dice el mito originario, a desarrollar una economía más o menos independiente, libre de las instituciones de explotación colonial como la mita y el obraje. Más bien, estaba basada en la producción agregada de pequeños finqueros independientes. En el relato nacional oficial, los ticos atribuyen a esta estructura originaria horizontal lo que se conoce como el “excepcionalismo” de Costa Rica frente a la inestabilidad, el caudillismo y conflictos civiles de sus vecinos centroamericanos. Hay, por supuesto, cuestionamientos tanto a esta explicación como a considerar a Costa Rica tan excepcional (Bowman, 1999). En todo caso, esta narrativa hace parte de la orgullosa identidad del país.

Tal como ocurrió en Ecuador, la segunda posguerra produjo una crisis del modelo agroexportador costarricense (y la consiguiente reconfiguración de las relaciones entre clases sociales), combinada (quizá, provocada) por un ímpetu externo globalizante y modernizador, todo en el contexto de la incipiente Guerra Fría. Las tensiones llevaron a una serie de reformas progresistas por parte del gobierno de Rafael Calderón —aumento de impuestos, el establecimiento de un sistema de seguridad social, extensión de los derechos de los trabajadores... Podemos ver aquí un intento de establecer un embrión de estado de bienestar. En parte por la reacción que esto generó entre la oligarquía cafetalera, en parte por acusaciones de fraude electoral contra el gobierno, en 1948 estalló una corta guerra



civil cuyo desenlace fue un gobierno de transición liderado por el empresario José Figueres, también conocido como “Don Pepe”. En su gobierno, que duró los dieciocho meses estipulados en los acuerdos de paz, Figueres se les “volteó” a los grandes cafetaleros que habían apoyado su revuelta y profundizó las reformas progresistas, iniciando así una serie de gobiernos (incluidos otros dos periodos del propio Figueres, 1953-1958; 1970-1974) de corte socialdemócrata. Quizá la decisión más audaz y con consecuencias más profundas que se tomó en la constituyente de 1949 fue la abolición del ejército. Se asegura que Figueres buscaba así conjurar una posible asonada contra su gobierno, pero la retórica y el simbolismo que rodearon la medida no dejan dudas sobre sus intenciones trascendentes. En el acto de abolición, entregó las llaves del cuartel donde se llevó a cabo la ceremonia al ministro de Educación, y dejó claro que el presupuesto que el país se ahorraría en armas sería destinado al gasto social. Entre otras medidas, estuvieron la extensión del voto a mujeres y analfabetos, la nacionalización de la banca, la extensión del sistema de seguridad social, la reestructuración del sector público —para preservarlo del clientelismo crónico que lo esquilmba con cada cambio de gobierno— y la universalización de la educación pública (Booth, 1999).

Se puede resumir la propuesta de Costa Rica frente a las múltiples crisis que enfrentaba a mediados del siglo XX: un pacto social que convocara a todos y beneficiara a todos. Además, en ausencia de una fuente externa o milagrosa como el hallazgo de petróleo, este pacto implicó la renuncia de ciertos privilegios de las élites y la asunción de responsabilidades. Notable entre ellas fue el establecimiento del impuesto a la renta como una principal fuente de financiamiento del estado. En 2014, incluso después de las reformas neoliberales de los ochenta, los impuestos totales promedio constituían el 55,3 % de las ganancias de las empresas, comparado con el 47,3 del promedio latinoamericano (Hidalgo, 2014). Estos ingresos se distribuían a través de la provisión estatal de servicios e infraestructura. En un momento dado, el sector público empleaba al 22 % de la población económicamente activa. Si bien este andamiaje condujo a tasas de crecimiento entre las más altas de Latinoamérica en medio de una estabilidad social admirada por sus vecinos, también produjo la acumulación de



déficit fiscales que precipitaron una profunda descompensación económica durante la crisis de la deuda de finales de los setenta.

Al principio, la receta neoliberal servida desde Washington enfrentó una firme resistencia tanto de la población como de la clase política, estando como estaba la identidad del país imbuida por el orgullo de los logros sociales alcanzados. Pero las reformas estructurales se volvieron un tema emblemático de la guerra fría, pues Estados Unidos necesitaba mostrar un *poster child* neoliberal frente a sus vecinos revolucionarios. A pesar de que las condiciones para los préstamos de reforma estructural impuestos por las instituciones financieras internacionales eran poco radicales en comparación con las impuestas a otros países (no se quería alterar la paz social en el frágil contexto centroamericano), estas eran incumplidas de forma reiterada por el gobierno. Además, el requerimiento de que todo endeudamiento externo fuera aprobado por la asamblea legislativa dificultaba utilizar estos dispositivos que resultaron claves en la neoliberalización de Latinoamérica (Peet *et al.*, 2003). Es así que la Agencia para el Desarrollo Internacional de Estados Unidos tomó la iniciativa y empezó a extender donaciones para el fomento de las exportaciones no tradicionales y para compensar a los más afectados por las reformas. En 1985, Costa Rica era el segundo mayor receptor per cápita de cooperación estadounidense, solo detrás de Israel (Edelman y Monge, 1993). Esta neoliberalización subsidiada transformó la economía y la sociedad costarricenses.

Incluso antes de estas reformas, Costa Rica estaba lejos de ser el paraíso que muchos pintan. Su historia está ligada a la explotación de bienes primarios agrícolas dominados por unas pocas empresas transnacionales. Esto solo se agudizó a partir de los ochenta, y ahora monocultivos como la piña, de la que Costa Rica es el primer exportador mundial, causan crecientes problemas ambientales y sociales. La segunda etapa de neoliberalización, marcada por la llegada de enormes empresas de tecnología y servicios e iniciada con la implantación de Intel en 1998, convirtieron a Costa Rica en el mayor exportador per cápita de productos manufacturados de Latinoamérica, pero también ha causado dependencia excesiva en estos enclaves, que aportan poco a la economía local. Más aún, una de



las estrategias para atraer inversión han sido las exenciones de impuestos para estas empresas, por lo que los impuestos en 2019 generaban solo un 24 % del GDP, uno de los porcentajes más bajos de la OECD (aunque sobre el promedio de Latinoamérica: 23 %, y sobre el de Ecuador: 20 %). Emparejada a los monocultivos y maquilas, hay una inmigración desde los países vecinos que sufre racismo e ilegalización. La tercera etapa, ya en el siglo XXI, consistió en la financialización agresiva de la economía, lo que creó imbalances que perjudican a los otros sectores y desató un *boom* de especulación inmobiliaria que es tan perjudicial para el ambiente y la población residente, como inestable y propenso a colapsar (Vargas, 2016). Facilitada por esta financialización, y debido a la estratégica posición geográfica del país, la penetración del narcotráfico es importante, lo que ha causado la duplicación de la tasa de homicidios entre 2004 y 2011 (pero sin llegar a los niveles de violencia que agobian a Colombia o Ecuador). Costa Rica tampoco se ha librado de otra de las marcas del neoliberalismo latinoamericano: la explosión de su población penitenciaria, que pasó de 8000 en 2000, a 20 000 en 2018, lo que se traduce en una tasa per cápita que casi duplica a la ecuatoriana.

Sin embargo, quizá el aspecto de la realidad tica que más amenaza con desestabilizar su apreciado pacto social es la coincidencia de, por un lado, la proliferación de una ética individual del éxito competitivo y el consumismo y, por otro, la persistencia de altos niveles de desigualdad en medio de crecimientos económicos vigorosos y sostenidos. La pobreza no baja de alrededor del 20 % desde hace veinte años (y saltó al 26 % con la pandemia), y el coeficiente de Gini (0,50) es incluso mayor que en Ecuador (0,46). El desempleo se mantiene alto y, aquel empleo que se crea a través de los cultivos de exportación y la maquila, no es adecuado (Hidalgo, 2014). Las exigencias que el consumismo impone sobre los individuos y las familias, la débil creación de empleo adecuado y la financialización de la economía han llevado a que la deuda de los hogares sea una de las más altas en Latinoamérica, donde, en general, este indicador se ha disparado en los últimos años (OCDE, 2020, p. 120). Así, las expectativas y necesidades de una juventud orientada a la búsqueda de status a través del consumo no pueden ser satisfechas en el marco que ofrece la realidad económica del país, cada vez más polarizado entre los



ganadores y perdedores del sistema. ¿Y qué, sino esta discordancia, está detrás del éxito que han tenido las bandas transnacionales de la droga y del sicariato para reclutar jóvenes en otros países latinoamericanos? En *La libertad del diablo* (2017), el estremecedor documental de Everardo González sobre el sicariato en México, basado en entrevistas a perpetradores y víctimas, los carros de lujo, las pantallas planas y otras formas de consumo conspicuo forman parte prominente del discurso de los niños asesinos. Este desacople es un serio riesgo para la relativa paz social de la que ha gozado Costa Rica hasta el presente.

A pesar de todos estos problemas, cuya existencia no hay como perder de vista, persisten en Costa Rica algunos indicadores que despiertan asombro e invitan a preguntarnos sobre cuáles son las condiciones que los han hecho posibles. Los más notables están quizá en el campo del ambiente y de los logros sociales.

Respecto a estos últimos, ya mencionamos el lugar prioritario que se le asignó a la educación como receptora de los fondos liberados con la abolición del ejército. Por mandato constitucional (artículo 78), el gasto público en educación debe ser al menos el 6 % del PIB. Esto no es lo destacable. En la constitución ecuatoriana existe la misma disposición. ¡Lo estupendo es que en Costa Rica se cumple! En los últimos años, alrededor del 7 % del PIB y 22 % del gasto público (con un pico del 30 % en 2017) se ha destinado a educación. Desde 1999, el gasto en educación se ha multiplicado por cuatro. Es el segundo gasto más alto en Latinoamérica, solo tras Belice. (En Ecuador, “bendecido” por el petróleo, el rubro es 4 % del PIB y 11 % del gasto público, y fue uno de los sectores en que se recortó presupuesto con el pretexto de la pandemia). En consecuencia, Costa Rica tiene la más alta tasa de alfabetización de la región (97 %). El gasto en este rubro es tan alto porque el estado garantiza la educación universal y gratuita (otra vez, “como en Ecuador”). La escolarización primaria en 2014 llegaba al 94 % de niños de edad escolar. El 23 % de los costarricenses tiene estudios universitarios, el porcentaje más alto de Latinoamérica, estudios que prefieren realizar en las universidades públicas, pues son las más prestigiosas.



En el campo de la salud también hay aspectos admirables. La salud está ligada a la seguridad social que, como se dijo, fue instaurada y extendida hacia mediados del siglo XX. El proceso continuó y, en la actualidad, el seguro social cubre a toda la población. El estado gasta en salud el equivalente al 7,3 % del PIB (2019), es decir, no mucho más que el promedio de América Latina (6,6 %) y por debajo de Ecuador (7,82 %) y del promedio de los países de la OCDE (8,8 %). Sin embargo, esa cifra no cuenta toda la historia. Por ejemplo, en Costa Rica el 77 % del gasto de salud viene del sector público, que es un nivel similar al de la OCDE y bastante mayor que el promedio latinoamericano. Gracias a esto y a la cobertura pública universal, el gasto en salud “del bolsillo” de los ticos corresponde solo al 2,6 % del gasto total de los hogares, junto con el de Cuba, el más bajo de la región. Existe también un excelente sistema de salud privado, con una calidad similar a la de los países industrializados (las Naciones Unidas ranquea al sistema general de salud en Costa Rica como el vigésimo en el mundo), a una fracción de su costo, lo que ha convertido al país en un importante destino de turismo de salud. El acceso a la salud privada es mediado a través de seguros voluntarios “privados”, en los que el estado tiene el monopolio. Gracias a ello, las primas de estos seguros son calculadas con los ingresos del cliente como factor, por lo que quienes más tienen, más pagan. El 30 % de la población es usuaria de estos seguros. (Sáenz *et al.*, 2010; Vander *et al.*, 2021; Universidad de Columbia, 2022).

Lo que más destaca al sistema de salud de Costa Rica es el enfoque de salud pública preventiva bajo el que se organiza. La crisis económica de los ochenta obligó a hacer recortes también en salud, pero se establecieron mecanismos para que no afectaran demasiado al bienestar de la población. Se apostó por la salud preventiva comunitaria, que, para 1995, había cristalizado en lo que se dio a llamar el sistema de “equipos básicos de atención integral de salud” (EBAIS). Los EBAIS cubren todo el territorio, y su impacto ha sido dramático, incluso en zonas rurales y alejadas. Desde que se crearon, las muertes por enfermedades contagiosas han disminuido en 94 %. La expectativa de vida es de 81 años, la segunda más alta de América tras la de Canadá. La expectativa de vida suele tener una estrecha relación con el ingreso per cápita de los países, pero Costa Rica es una excepción: ha aumentado más rápido que la riqueza y, por



ejemplo, es mayor que la de Estados Unidos (78 años) a pesar de tener un sexto de su ingreso per cápita y un gasto per cápita en salud diez veces menor. Como en el resto del mundo, la mortalidad infantil ha experimentado reducciones dramáticas desde los setenta. Lo interesante en Costa Rica es que las mayores mejoras han sido en las áreas rurales y entre la población más pobre, y no se ven las grandes diferencias en mortalidad infantil según los ingresos que persisten en otros países.

Vistas bajo esta luz, la persistencia de la desigualdad y la pobreza en Costa Rica, aunque son síntomas que cuestionan la idoneidad del modelo —que es neoliberal, a fin de cuentas— no son de la misma naturaleza cualitativa que en países como el nuestro, donde carecer de ingresos significa morir por no poder comprar los medicamentos, o donde si alguien nació en un hogar pobre está condenada a permanecer atrapada en el espiral de la pobreza por no tener acceso a la educación. Hay, en el país centroamericano, un acuerdo tácito pero efectivo de que la sociedad proveerá una red de seguridad de última instancia a quien la llegara a necesitar.

Otro tema que atraviesa la imagen de Costa Rica es el ambiental. Muchos críticos señalan que la fama del país centroamericano como líder en materias ambientales es producto de un efectivo manejo de imagen ligado a la importancia que adquirió el turismo de naturaleza para la economía. Que el “pura vida” disimula al más crudo “pura piña” de una economía orientada a la exportación. En realidad, haya o no tenido su origen como parte de una marca país,⁴ la preocupación ambiental está ahora incorporada a la identidad costarricense y termina teniendo efectos concretos en la construcción de la realidad.

Así, en materia de conservación, a pesar de que la biodiversidad y el endemismo que hay en Costa Rica palidecen cuando se los compara con los ecuatorianos, y que los porcentajes del territorio bajo alguna categoría de área protegida es similar (más o menos 25 % para Costa Rica y 20 % para

4 Para un repaso crítico de la historia del ambientalismo tico y la actual imagen verde del país, véase Gutiérrez (2020).



Ecuador), Costa Rica aparece como un líder mundial en el tema y recibe una multitud de premios y reconocimientos de la comunidad internacional. Esta “solo imagen” es importantísima; es lo que le ha permitido al país hacer del turismo una de sus principales fuentes de ingresos y de creación de empleos, en 2020 equivalente al 8 % del PIB. Como lo pone una coalición de organizaciones que pide la ratificación del modelo basado en la naturaleza: “el principal motor de la economía es nuestra marca-país”. Y parece también tener otros efectos más concretos: según cifras oficiales, Costa Rica a duplicado su cobertura de bosque desde 1983, cuando solo quedaba el 26 % de la cobertura original. Para 2017, esa cobertura era del 57 %. Habría que ahondar sobre cuánto de esos “bosques” ganados son en realidad plantaciones, como puede ocurrir donde, como en Costa Rica, la protección de los bosques apuesta por mecanismos de mercado y venta de servicios ambientales. O cuánto debe el aumento registrado a artefactos metodológicos o conceptuales, como se preguntan Kleinn *et al.* (2002).

Aún así, sin entrar a desmenuzar los méritos o no de la estrategia de conservación costarricense, una diferencia sustancial con la nuestra es que no existe extractivismo minero o hidrocarburífero dentro de sus áreas protegidas. No solo que se cumple ese precepto que parecería básico —¿de qué, sino de las actividades más dañinas, se refiere el “protegidas” en “áreas protegidas”?— sino que la explotación minera está prohibida en todo el país. Como ya se dijo, en 2010, los diputados decidieron por unanimidad que la minería no era compatible con 1) la alta densidad poblacional, 2) las necesidades de agua de la población, 3) otras actividades productivas importantes para el país como el turismo o la agricultura. A menudo se dice que, claro, es fácil prohibir la minería si no se tienen grandes reservas. Por eso es importante aclarar que la prohibición se derivó de realizar el balance de los proyectos mineros que estaban en marcha; se hicieron las cuentas y se constató que los costos serían mayores que los beneficios esperados. Fue una decisión económica tanto como ética. Poco después, el país también renunció a la exploración y explotación petroleras en todo el territorio (López y Arguedas, 2015). Cabría preguntarse si hay alguna relación entre esta capacidad de mirar al largo plazo, priorizar el bien común y realizar una contabilidad integral para tomar



decisiones que se evidencia en la renuncia al extractivismo, y aquella que le apuesta a invertir en salud pública preventiva en lugar de apostarle todo a la salud remediativa privada. Parecería claro que ambos aspectos son producto de una misma mentalidad.

La renuncia al extractivismo no solo ha librado al país de sacrificar territorios enteros a ganancias particulares, limitadas y a corto plazo. También le han permitido convertirse en líder de la transición energética y la lucha contra el cambio climático.⁵ No solo que no subsidia los combustibles —los subsidios más regresivos, nocivos y absurdos que uno se pueda imaginar— sino que existe un impuesto del 50 % al costo de la gasolina y de 39 % al diésel. En parte gracias a políticas como estas (y a los recursos que liberan), desde 2014 al menos el 98 % de la electricidad del país viene de fuentes “renovables” (las comillas se deben a que la mayoría de esta energía, el 72 %, viene de hidroeléctricas, que tienen sus propios impactos ambientales insostenibles). Y aunque su consumo de combustibles fósiles todavía es alto, por la industria y, en especial, por el transporte, su plan para descarbonizar el país para 2050 es incluso más ambicioso que el de la mayoría de países industrializados. Así, en el marco de la conferencia del clima COP26, en Glasgow, lideró, junto con Dinamarca, la creación de la Alianza Más Allá del Petróleo y el Gas, que busca compromisos concretos de países y gobiernos locales para que declaren sus territorios libres de explotación de hidrocarburos. El actual gobierno del Ecuador, a contramano de la historia, propone duplicar la producción petrolera del país.

Con esta combinación de políticas sociales inclusivas y buen desempeño ambiental, no es raro que Costa Rica aparezca bien posicionada en otros índices que buscan ponderar el buen vivir. Tiene el quinto mejor índice de desarrollo humano de Latinoamérica, según el Programa de Desarrollo de las Naciones Unidas (PNUD). En otras mediciones más sensibles al bienestar subjetivo, al país centroamericano le va incluso mejor. En el reporte mundial de felicidad aparece quince en el mundo y primero de

5 Emblemático de este liderazgo es la prominencia de Christiana Figueres, hija de don Pepe, en la lucha institucionalizada contra el calentamiento global como secretaria ejecutiva de la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático de 2010 a 2016.



Latinoamérica (2020). Tanto en el índice del buen vivir de la OECD como en el índice de progreso social de la fundación Imperativo para el Progreso Social, aparece solo detrás de Chile en la región (2020). En mediciones que combinan el bienestar humano con variables ambientales como, por ejemplo, la huella ecológica de los países, Costa Rica es líder mundial. En el índice Planeta Feliz que, a pesar de su almibarado nombre tiene el atino de cruzar el índice de bienestar humano con la huella ecológica, Costa Rica es el país que más se acerca en el mundo a la sostenibilidad (es decir, un desarrollo humano alto con un consumo de recursos congruente con el tamaño de su territorio).⁶ En ejercicios similares, con diferentes matices (O'Neill *et al.*, 2018; Zhang y Zhu, 2022), Costa Rica vuelve a aparecer como el país que más se acerca al ideal de logros sociales acompañados con un consumo sostenible de recursos.

¿Podemos explicar estas encomiables características de la democracia costarricense por el hecho de que no tenga petróleo? Ecuador, si no lo hubiera encontrado, ¿se parecería a este país en sus rasgos más positivos? No está claro. Carecer de petróleo no asegura un desarrollo virtuoso, así como tenerlo no condena a un país a sucumbir a los vicios que suelen ir emparejados al extractivismo. La experiencia de Costa Rica es valiosa porque es un caso concreto de las posibilidades de un modelo alternativo, uno que, además, hace alarde de dar la espalda a los combustibles fósiles y a la minería. Muestra que los agujeros de que la nación colapsará si no nos allanamos a la hecatombe minera son monstruos de utilería. También desmiente el chantaje habitual del estado extractivista de que si se quiere gasto social, entonces hay que profundizar el extractivismo. Costa Rica no es necesariamente un modelo. Sin embargo, nos es útil como *prueba de concepto* de un Ecuador pospetrolero. Por otro lado, como argumenté en la sección anterior, bien podría ser que en Ecuador la súbita entrada

6 En 2019, el segundo mejor ubicado es Colombia y Ecuador está en décimo lugar, seguido por otros países latinoamericanos. En ejercicios anteriores, Cuba era el único país que tenía, a la vez, un alto desarrollo humano y una huella menor a su territorio, seguida de cerca, de igual forma, por otros países de la región. Este buen desempeño de los países latinoamericanos tiene relevancia al momento de buscar modelos de sustentabilidad, que por ahora, si juzgamos por las premisas que guían acuerdos como el de París (ver Vallejo, 2016), siguen siendo los sobredesarrollados e inviables países del norte global.



de ingresos petroleros haya sido lo que evitó que las tensiones suscitadas por el agotamiento del modelo agrícola de la hacienda desembocaran en un pacto social similar al que se vio obligada a gestar Costa Rica como desenlace de su guerra civil.

Ecuador potencia biocultural

Tras otra guerra, la de 1941, en que se nos cercenó la mitad del territorio nacional, Benjamín Carrión sugirió que el futuro del Ecuador no estaba en su poderío económico o militar, sino en su cultura. (Es inevitable encontrar resonancias de lo que implementaría José Figueres pocos años más tarde en Costa Rica al abolir el ejército y apostarle a la educación).⁷ Se suele interpretar la “cultura” en el llamado de Carrión como las artes y las letras o, quizá también, como la diversidad de las manifestaciones culturales de los pueblos indígenas. Propongo otra lectura. La exaltación que hace Carrión (1943) de nuestra condición tropical, de “la tierra y del clima”, como el asidero más valioso del ser nacional (pp. 11-17), sugiere una concepción más amplia de cultura: como los quehaceres y saberes cotidianos de la gente y su relación con su entorno; como los oficios y actividades ligados a los recursos de la tierra. Bajo esta óptica, la “potencia cultural” que Carrión se figuraba, y aunque sería un anacronismo que él lo haya puesto en estos términos, está en nuestra relación, existente o potencial, con la enorme biodiversidad que tenemos. El Ecuador puede hacer una reivindicación plausible de volverse una potencia cultural, más que otros países, en la medida en que su gente se desenvuelve en el territorio más biodiverso del mundo.

7 Aunque, en la angustia de la derrota, Carrión invoca al extractivismo como la vía para el empoderamiento del país, incluido el empoderamiento militar: “Rasguñar esta tierra, con nuestras uñas afiladas, para hacerle que nos entregue sus tesoros. Para que sean pan para nosotros y balas para los agresores. Que le hallemos todas sus fuentes de petróleo, motor máximo del mundo. Que nos entregue su oro: el de Portovelo, el de Macuchi, el de los ríos que descienden al Gran Río, nuestro, del Perú, de toda América. Arranquémosle a nuestra tierra, para defenderla, el manganeso, el cobre, el hierro. Todo eso, que yo hubiera querido para holgura y bienestar del hombre, que ahora se afile, se enrojecza, se endemonie, para defensa de la patria que queremos conservar para vivir con nuestros hijos, para morir en paz...” (1943, p. 75).



Ya existen los gérmenes de ese Ecuador potencia cultural en nuestra historia y nuestro presente, en instancias donde la nobleza y especificidad de un recurso han sido exaltados por el íntimo conocimiento que de él han tenido sus usuarios. El ejemplo obvio es los Andes como centro de domesticación y/o diversificación antropogénica del maíz, el ají, la papa y quizá el tomate, prodigios bioculturales de los que todo el mundo se beneficia en la actualidad. Recientes estudios (Zarrillo *et al.*, 2018) confirman que el cacao, la base de una industria global de 50 mil millones de dólares, fue domesticado y utilizado por primera vez cerca de Palanda, en Zamora Chinchipe. Ahora han surgido una serie de medianos y pequeños productores de chocolate ecuatoriano de alta calidad, incluido To'ak, que a nueve dólares el gramo es uno de los más caros del planeta y diez veces más costoso que la plata.

Son muchísimos los casos de biopiratería en que el conocimiento indígena de especies biológicas ha sido utilizado para comercializar e incluso patentar medicinas y otros componentes químicos. Los tres casos más conocidos en el mundo han ocurrido a partir de extracciones de muestras de los bosques y comunidades ecuatorianos: las cociones de curare extraídas por un médico estadounidense en los años treinta de la zona del río Pastaza, que derivó en su utilización generalizada en cirugías de todo tipo (Bennett, 1968); y los patentamientos en Estados Unidos de la ayahuasca y de la epibatidina, este último un alcaloide analgésico doscientas veces más potente que la morfina secretado por la rana *Epipeleobates anthonyi*, en ambos casos a partir de especímenes extraídos de Ecuador en los setenta.

“Potencia cultural” también trae a la mente la imaginería de la Escuela Quiteña y su uso de maderas nobles, tradición que continúa ahora en las esculturas de San Antonio de Ibarra. O los sombreros de paja toquilla que aun ahora constituyen el 1 % de las exportaciones no petroleras, o la tagua en bruto o en botones, que representaba uno de los principales rubros a finales del siglo XIX y cuya demanda se revigora por la constatación de los problemas que trae el plástico. La lista es amplia y creciente. Hay algunas empresas que han empezado a exportar misque, el “tequila” ecuatoriano, hecho del penco azul. En torno al café, que aunque es



una planta introducida encuentra condiciones favorables en los flancos andinos, se ha fortalecido una cultura (y una economía) que conecta a pequeños productores con los mentideros urbanos y con los mercados de ultramar. Existe una iniciativa para la exportación de ranas reproducidas en cautiverio (cuyo objetivo principal es la conservación) para el gigante mercado global de mascotas. Una sola rana diablito (*Oophaga sylvatica*) llega a costar trescientos dólares en destino. En todo el mundo, solo Colombia y Brasil aventajan a Ecuador en diversidad de anfibios. Las orquídeas son otro grupo en que ningún país le gana a Ecuador en especies registradas (empatamos con Colombia, un país más de cuatro veces más grande). Se exporta cerca de un millón de dólares al año en orquídeas y bastante más si se consideraría el mercado ilegal (Sinovas y Price, 2015). Las posibilidades son tan vastas como la diversidad de nuestros bosques y la osadía de nuestra imaginación.

No se trata solo de productos aislados. En torno a la elaboración y comercialización cooperativa o asociativa de productos ligados a la tierra y a la cultura, han florecido decenas de localidades en todo el país que constituyen verdaderos laboratorios de economías innovadoras, robustas y diversificadas, orientadas tanto al mercado interno como a la exportación: desde Yunguilla, en Pichincha, Chordeleg, en Azuay, hasta Salinas de Guaranda, pasando por Íntag, Pacto, Cotacachi, Zuleta, Quero, Chaucha, la Mancomunidad del Chocó Andino (Sorgato, 2018) o el Pueblo Shuar Arutam (Kanterewics y Kingman, 2017). Muchas de estas economías comarcales replican el manejo de pisos ecológicos diversos que hacían los pueblos andinos precolombinos (Murra, 1984). O son economías integradas no en torno a un territorio, sino a actividades, intereses u objetivos, como la unión de productoras agroecológicas de Tungurahua (PATAC); la Asociación de Mujeres Waorani (AMWAE), que combina la defensa de derechos con la comercialización de productos ligados al bosque amazónico; la Red de Guardianes de Semillas, que custodia y fomenta el uso de la diversidad agrícola; la comunidad de trueque Jarapi, en Azuay, surgida para capear el encierro de la pandemia; o los distintos mercados y ferias tradicionales que congregan productores de diversas procedencias. Durante el confinamiento por la pandemia del SARS-CoV-2, en que las cadenas de producción y suministro industriales colapsaron, se evidenció la



resiliencia e importancia de estas economías populares, que más bien se adaptaron y fortalecieron (Benoit, 2020). A veces, los esfuerzos son más individuales, como el de cada uno de los ya más de 13 mil productores orgánicos que hay en el país (la mayoría, eso así, agrupados en asociaciones, cooperativas o comunidades), o esa conmovedora labor de vida que es la reserva Guaycuyacu, donde Jaime West y Mimi Foyle cultivan, en solo ocho hectáreas, más de quinientas especies de frutas tropicales que han ido recolectando a lo largo del mundo (Freile, 2011), por sí sola un tesoro mayor que todas las reservas metalúrgicas del Toisán.

Una característica que comparten algunas de estas economías locales es que combinan las actividades agroartesanales con el turismo comunitario. Un importante componente de ese turismo —y, en general, del potencial turístico del Ecuador— está ligado a la naturaleza y a la biodiversidad. La industria del aviturismo, por poner un ejemplo, experimenta un sostenido crecimiento en todo el mundo. Más de 3 millones de viajes internacionales se realizan cada año con la observación de aves como motivo principal. Solo en Estados Unidos, la observación de pajaritos movilizó 41 mil millones de dólares en 2011 (Audubon, 2014; Withrow, 2019). En Ecuador hay varias localidades reconocidas entre las mejores del mundo para practicar esta actividad. Más allá del turismo comunitario, hay también un interesante desarrollo de turismo especializado en pequeños “lodges” dirigido a los mercados más exclusivos, que tienen la ventaja de generar abundantes divisas con poco impacto ambiental (si descontamos, claro, el producido por los vuelos internacionales en los que llegan los turistas). No son sorpresivas, entonces, las conclusiones a las que llega Diego Carrión (2015) en un estudio comparativo de los costos y beneficios del petróleo, la minería y el turismo para el país. Si bien en los escenarios más optimistas para las industrias extractivas estas generarían más divisas inmediatas, en casi todos los otros escenarios, y en todos cuando se lo mira a largo plazo, el turismo supera en beneficio a la minería y el petróleo, y con menor conflictividad social y menor agotamiento del capital natural. Un ejemplo concreto de cómo podría verse algo así, sería la región de Umbria, en Italia, donde la combinación de microindustrias ligadas a la agricultura con el turismo son el corazón de una saludable economía. A quien le pudiera generar escepticismo el potencial de una



economía sostenida por productos de la tierra, la cultura ligada a ellos y una bien cuidada marca país (o denominación de origen, como también se la llama), le servirá saber que las ventas de un solo producto, de un solo cultivo, de una sola región en Francia —el coñac— significan 4,1 mil millones de dólares, más del doble que nuestras actuales exportaciones mineras (Reuters, 2022; Qué Noticias, 2022).

Está equivocado, sin embargo, quien piense que las posibilidades de este país orientado hacia su diversidad biológica y cultural se limitan al campo y requieren un retorno a la ruralidad. Una manifestación urbana y cosmopolita que está despertando el interés de propios y ajenos es el desarrollo de una nueva gastronomía ecuatoriana, cuya base es la recuperación y reinterpretación de la agrobiodiversidad y del conocimiento tradicional, tanto de la sabiduría indígena como la de las abuelitas mestizas y montuvias. En Perú, nuestro vecino que ha sido protagonista de la más importante revolución gastronómica de las últimas décadas, se estima que el turismo gastronómico genera la friolera de 7,5 mil millones de dólares al año. Más importante, el 39 % de peruanos creen que su cocina es la principal razón de orgullo nacional (Tegel, 2016), que, como saben los sociólogos, también tiene repercusiones económicas positivas. En la música ecuatoriana actual también hay una diversificación de propuestas que se nutren y conversan con lo que sucede en otras latitudes, pero que se arraigan en las tradiciones y en el acervo natural del país más que lo que hizo nunca la llamada “música nacional” (Robles, 2020). Más allá de estos ejemplos sectoriales, está comprobada la correlación positiva entre la creatividad, tan importante en la economía del conocimiento que ahora manda en el mundo, y la diversidad cultural. Es fácil imaginarse cómo la creatividad puede nutrirse de una identidad ligada a la biodiversidad. ¿Qué es más innovador, al fin y al cabo, que la evolución? Todo lo contrario del extractivismo, que genera conflicto social, una disposición rentista que obstruye la confianza en las propias capacidades y no puede sino contaminar de su violencia, baja autoestima y mala imagen a todo lo que surge de sí.

¿Por qué compararlos y contraponerlos?, alguien dirá. ¿No podríamos combinar la minería responsable que nos proponen desde la propaganda minero-estatal con este país construido desde abajo y sustentado en



nuestras peculiaridades naturales y culturales? Ese es el grave asunto: que no son compatibles. Y ese es, quizá, el más grande de todos los enormes pasivos que no entran en la contabilidad fabulosa con la que nos venden el extractivismo: todas las posibilidades prometedoras que avasalla y todos los caminos alternativos que interrumpe. Está la deforestación de los bosques más diversos del planeta, cuyo desenlace inevitable, por su extraordinario endemismo, es la extinción de incontables especies aun antes de conocerlas. La polución crónica que enferma a la tierra y a la gente. El conflicto social, la militarización y la división de comunidades y familias. Los asesinatos de ambientalistas populares. Todo esto conspira contra el ambiente ecosocial adecuado para que surjan las economías saludables que hemos reseñado arriba, las agobia y canaliza hacia la resistencia las energías que deberían contribuir al florecimiento. Y está lo que se suele criticar a los ticos pero que ellos valoran tanto: el cultivo de la marca país. A un exportador de chocolate orgánico de Mashpi se le hace mucho más difícil colocar sus productos si tienen la misma denominación de origen que los titulares de la devastación ecológica perpetrada por la Chevron-Exxon. Y no volverá el turista que viajó miles de kilómetros para conocer el legendario parque nacional Yasuní y le den la bienvenida caravanas de las descomunales barcas petroleras que surcan el río Napo.

Más importante: mientras persista la estructura rentista de la sociedad ecuatoriana, legado de nuestro pasado colonial y de nuestra senescente trayectoria petrolera —que algunos sectores bregan por remozar a través del expolio minero— no afrontaremos la necesidad de lograr un pacto social. La riqueza nacional seguirá proviniendo no de interacciones sociales moldeadas por las tensiones y negociaciones de espacios sociales compartidos, sino del sacrificio de cuerpos y territorios subalternos ocultados tras los contrafuertes andinos.



Referencias bibliográficas

Acosta, A. (2009). *La maldición de la abundancia*. Abya-Yala.

Acosta, A. (2017). Maldiciones, herejías y otros milagros de la economía extractivista. En E. Bravo, M. Moreano e I. Yáñez (eds.), *Ecología política en la Mitad del Mundo: Luchas ecologistas y reflexiones sobre la Naturaleza en el Ecuador* (pp. 341-378). Abya-Yala.

Acosta, A., Cajas Guijarro, J., Hurtado Caicedo, F. y Sacher, W. (24 de julio de 2020). *Sepultando el mito megaminero con sus propias cifras*. Rebelión. <http://bit.ly/3RQTBqu>

Audubon Society. (2014). *Market analysis of bird-based tourism: a focus on the U.S. market to Latin America and the Caribbean*. Inter-American Development Bank y Audubon Society.

Barsky, O. (1984). *La reforma agraria ecuatoriana*. Corporación Editora Nacional.

Bennett, A. E. (1968). The history of the introduction of curare into medicine. *Anesthesia and Analgesia*, 47(5), 484-492.

Benoit, H. S. (agosto de 2020). Seremos lo que comamos: agricultura y mercados en flujo. *Ecuador Terra Incognita*, (119), 16-29.

Booth, J. A. (1999). *Costa Rica: Quest for Democracy*. Westview Press.

Bowman, K. (1999). New scholarship on Costa Rican exceptionalism: review essay. *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, 41(2), 123-30.

Carrión, B. (1943). *Cartas al Ecuador*. Editorial Gutenberg.



- Carrión, D. (2015). ¿Apostar al petróleo y la minería o al turismo comunitario? Ecuador: escenarios comparativos entre estrategias económicas y sus impactos. En M. Lang, B. Cevallos y C. López (eds.), *La osadía de lo nuevo: alternativas de política económica* (pp. 95-132). Abya-Yala, Fundación Rosa Luxemburgo.
- Collier, P. y Hoeffler, A. (1998). On economic causes of civil war. *Oxford Economic Papers*, (50), 563-73.
- Columbia University. (2022). Costa Rica. *Comparative Health Policy Library*. <http://bit.ly/3HUhp0Z>
- Coronil, F. (2002). *El Estado mágico: naturaleza, dinero y modernidad en Venezuela*. Nueva Sociedad.
- Dávalos, P. (2013). “No podemos ser mendigos sentados en un saco de oro”: las falacias del discurso extractivista. En J. Cuví, D. Machado, A. Oviedo y N. Sierra (eds.), *El Correísmo al desnudo* (pp. 190-215). Montecristi Vive.
- Deacon, R. T. (2011). The political economy of the natural resource curse: a survey of theory and evidence. *Foundations and Trends in Microeconomics*, 7(2), 100-117.
- Edelman, M. y Monge Oviedo, R. (1993). Costa Rica: the non-market roots of market success. *Report on the Americas*, 26(4), 22-44.
- Fontaine, G. (2002). Sobre bonanzas y dependencia: petróleo y enfermedad holandesa en el Ecuador. *Íconos*, (14), 102-110.
- Freile, J. (noviembre de 2011). Guaycuyacu: una balsa llena de plantas. *Ecuador Terra Incognita*, (74), 16-28.
- Gawande, A. (23 de agosto de 2021). The Costa Rica model: Costa Ricans live longer than us. What’s the secret? *The New Yorker*. <http://bit.ly/3HUhp0Z>



- Guerrero, A. (1994). Una imagen ventrílocua: el discurso liberal de la “desgraciada raza indígena” a fines del siglo XIX. En B. Muratorio (ed.), *Imágenes e imagineros: representaciones de los indígenas ecuatorianos, siglos XIX y XX* (pp. 197-252). FLACSO.
- Guerrero, A. (2000). El proceso de identificación: sentido común ciudadano, ventriloquía y transescritura. En A. Guerrero (ed.), *Etnicidades* (pp. 9-60). FLACSO.
- Hidalgo, J. C. (2014). Growth without poverty reduction: the case of Costa Rica. *Economic Development Bulletin*, (18), 1-18.
- Kanterewicz, M. y Kingman, N. (mayo de 2017). Nankints, el camino del desencuentro. *Ecuador Terra Incognita*, (105), 10-19.
- Kleinn, C., Corrales, L. y Morales, D. (2002). Forest Area in Costa Rica: a comparative study of tropical forest cover estimates over time. *Environmental Monitoring and Assessment*, (73), 17-40.
- Lakhani, N. (30 de marzo de 2017). El Salvador makes history as first nation to impose blanket ban on metal mining. *The Guardian*. <http://bit.ly/3E0A5Ci>
- Lang, M., Cevallos, B. y López, C. (eds.) (2015). *La osadía de lo nuevo: alternativas de política económica*. Abya-Yala y Fundación Rosa Luxemburgo.
- López Sedó, V. y Arguedas Ortiz, D. (3 de junio de 2015). País lleva trece años sin petroleras ni minería a cielo abierto. *Semanario Universidad*. <https://bit.ly/3XkjRuA>
- Machado Aráoz, H. (2018). *Potosí, el origen: genealogía de la minería contemporánea*. Abya-Yala.
- Mbembe, A. (2017). *Critique of Black Reason*. Duke University Press.



- Mitchell, T. (2009). Carbon democracy. *Economy and Society*, 38(3), 399-432.
- Murra, J. V. (1984). Andean societies. *Annual Review of Anthropology*, (13), 119-141.
- O'Neill, D. W., Fanning, A., Lamb, W. y Steinberger, J. (2018). A good life for all within planetary boundaries. *Nature Sustainability*, (1), 88-95.
- Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos. (2020). *OECD economic surveys*. Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos.
- Ospina Peralta, P. (22 de mayo de 2012). La minería en la Revolución Ciudadana. *La Línea de Fuego*. <https://bit.ly/3YDZ8mh>
- Peet, R., Borne, B., Davis, M., Fehrer, K., Feinstein, M., Feldman, S. y Stratton, S. (2003). *Unholy Trinity: the IMF, World Bank and WTO*. Zed Books.
- Qué Noticias (2022, 17 febrero 2022). Ecuador aumentó sus exportaciones de minería en 2021: estas son las principales cifras que respaldan “un récord histórico”. *Qué Noticias*. <http://bit.ly/40PYTHO>
- Reuters (2022, 17 enero 2022). Cognac sales jump 31%, thanks to the US and China. *CNN Business*.
- Robles, G. (mayo de 2020). ¿Qué busca la nueva música ecuatoriana? *Ecuador Terra Incognita*, (118), 10-19.
- Ross, M. L. (2015). What have we learned about the resource curse? *Annual Review of Political Science*, (18), 239-259.
- Rosser, A. (2006). The political economy of the resource curse: a literature survey. *Working paper 268*. Institute of Development Studies, University of Sussex.



- Sacher, W. (2012). Pertinencia de la megaminería en el Ecuador: en pos de un análisis costo-beneficio completo. *La línea de fuego*. <https://bit.ly/3xaDwCq>
- Sáenz, M. R., Bermúdez, J. L. y Acosta, M. (2010). *Universal coverage in a middle income country: Costa Rica*. World Health Report background paper 11. World Health Organization.
- Savoia, A. y Sen, K. (2021). The political economy of the resource curse: a development perspective. *Annual Review of Resource Economics*, (13), 203-23.
- Sinovas, P. y Price, B. (2015). *Ecuador's wildlife trade*. Ministerio del Ambiente, GIZ.
- Sorgato, V. (diciembre de 2018). Conservación restauradora: el bosque como aliado. *Ecuador Terra Incognita*, (112), 24-36.
- Tegel, S. (10 de enero de 2016). Why Peru's gastronomy is a bigger draw for tourists than the Incas. *The Independent*. <http://bit.ly/3lqaequ>
- Vallejo, A. (enero de 2016). Cambio climático: los pecados de París. *Ecuador Terra Incognita*, (19), 10-21.
- Vander Zanden, A., Pesec, M., Abrams, M. K., Bitton, A., Kennedy, A., Ratcliffe, H. y Schwarz, D. (2021). *What does community-oriented primary health care look like? Lessons from Costa Rica Case study*. The Commonwealth Fund.
- Vargas Solís, L. P. (2016). El proyecto histórico neoliberal en Costa Rica (1984-2015): devenir histórico y crisis. *Rupturas*, 6(1), 147-162.
- Vindas, L. (10 de noviembre de 2010). Costa Rica prohíbe minería a cielo abierto. *El Financiero*. <http://bit.ly/3lpQ6eC>



Withrow, B. (18 de enero de 2019). Birding (yes, birding) is a multi-billion dollar ecotourism industry. *Daily Beast*. <http://bit.ly/3HU1Kpk>

Zarrillo, S., Gaikwad, N., Lanaud, C., Powis, T., Viot, C., Lesur, I., Fouet, O., Argout, X., Guichoux, E., Salin, F., Loor, R., Bouchez, O., Vignes, H., Severts, P., Hurtado, J., Yépez, A., Grivetti, L., Blake, M. y Valdez, F. (2018). The use and domestication of *Theobroma cacao* during the mid-Holocene in the upper Amazon. *Nature Ecology and Evolution*, (2), 1879-1888.

Zhang, S. y Zhu, D. (2022). Incorporating “relative” ecological impacts into human development evaluation: planetary boundaries-adjusted Human Development Index. *Ecological Indicators*, (137), 1-10. doi.org/10.1016/j.ecolind.2022.108786

URBANIZACIÓN AGROINDUSTRIAL EN EL NORTE DE LA AMAZONÍA

8

Manuel Bayón Jiménez
Melissa Moreano Venegas

Introducción

Para el 28 de marzo de 1967, el día antes de que brotara petróleo en el pozo que se llamaría Lago Agrio 1, el área de Baeza a Puerto Napo estaba fuertemente consolidada como área de control estatal desde que la colonia española provocó el genocidio del pueblo de los Quijos (Gutiérrez Marín, 2002). En Puerto Francisco de Orellana (Coca) existía ya un asentamiento colono con curas, caucheros y buscavidas que alimentaba materialmente las lánguidas haciendas de la ribera del Napo que habían quedado sin mercados tras el cierre de la frontera con Perú, después de la guerra en los años 40 del siglo XX (Wilson y Bayón, 2017). Ese día, el conflicto armado en Colombia estaba en marcha con las FARC en expansión, mientras Ecuador era gobernado por el presidente Otto Arosemena



Gómez, representante de la Coalición Institucionalista Democrática, una escisión del Partido Social Cristiano (Galarza, 1972). Si en los días y meses posteriores la empresa estadounidense Chevron no hubiese encontrado petróleo, o no hubiera encontrado rentable su explotación, la zona norte de la Amazonía ecuatoriana sería, sin duda, muy diferente a como la conocemos hoy. Sin embargo, en un marco en el que la historia encaminaría al país y a la región a una crisis de la deuda que Ecuador habría contraído incluso sin explotación petrolera, al surgimiento de gobiernos militares y después fascistas con fuerte intervención de los Estados Unidos, y al proceso de neoliberalización a partir del Consenso de Washington, es poco probable que se viviera una utopía no-petrolera en la región, lo que nos inclina a imaginar varias distopías.

Son distopías no tan atroces como la realidad histórica que ha implicado para la población indígena y campesina de la Amazonía norte del Ecuador la desaparición de pueblos, el despojo casi total de las territorialidades indígenas, el envenenamiento de miles de personas que han muerto de cáncer y otras enfermedades, en una combinación entre contaminación del agua, el aire y el suelo, y una total desatención estatal en salud. Pero son distopías después de todo, escenarios tan probables como los que estamos viviendo en estos años de capitalismo tardío. Las enunciaremos a través de cinco ejes que serán explicados en los siguientes apartados. En primer lugar, la no existencia de petróleo en el norte amazónico habría hecho pendular el desarrollo territorial hacia el asentamiento de Coca, que habría promovido vías de conexión, catalizando así las migraciones hacia el Oriente ecuatoriano. En segundo lugar, se habría generado un proceso de colonización guiado por el Instituto Ecuatoriano de Reforma Agraria y Colonización (IERAC), ya creado en 1964, y que tenía una clara intención de promover la migración masiva de campesinos hacia la Amazonía para descongestionar los procesos de disputa de tierras y tomas de hacienda, sobre todo en la Sierra ecuatoriana (Carrión y Cuvi, 1985). En tercer lugar, el extractivismo habría girado hacia el desarrollo del agronegocio para la exportación, que podría haber tenido una incidencia mayor en la Amazonía para promover el endeudamiento nacional, y hacia la minería aluvial de gran escala, que podría haber tenido un desarrollo más temprano e importante. En cuarto lugar, se habría dado una forma de inserción más



continuada y exitosa en los circuitos de turismo internacional, que la expansión petrolera lastró, y que contaría con importantes inversiones de capital y aprovechamiento de las áreas protegidas, incluyendo proyectos de pago por servicios ecosistémicos y compensaciones de carbono. Finalizamos el artículo con algunas hipótesis de cómo se habría conformado y desarrollado el movimiento ecologista ecuatoriano en este contexto.

Coca como centro irradiador de urbanización en la Amazonía norte

La ciudad de Puerto Francisco de Orellana, renombrada recientemente así a pesar de ser conocida popularmente como Coca, existe en tanto núcleo urbano desde que la misión capuchina eligiera el emplazamiento como centro de su actividad en 1954.¹ En el censo de 1955, se calculaban en 2 650 los habitantes en el área de lo que hoy es el cantón Orellana, de los que solamente 80 habitantes eran no indígenas. En ese momento, Coca era un pequeño poblado que dependía de las comunicaciones con Puerto Napo, y entre sus habitantes figuraban pequeños comerciantes, algunos hacendados y algunas familias que habían sido caucheras. Pero la construcción del aeropuerto entre 1958 y 1959 lo confirmó como un nodo irradiador de población de una jerarquía mayor. La confluencia entre la llegada de religiosos y de actividades extractivas hizo que en 1969 se eligiera como capital del nuevo cantón Francisco de Orellana, dos años después de la extracción del primer barril de crudo. Tres años antes de su designación como capital, se terminó la vía hasta Coca, lo que muestra cómo, en tan solo tres lustros, el poblado se había transformado en un lugar de peso político para el Estado ecuatoriano,² con afluencia de personas y la creación de una identidad urbano-amazónica.

1 Para revisar la historia contada por la propia misión capuchina, ver: <http://bit.ly/3YEM9kj>

2 Sobre la cantonización de Puerto Francisco de Orellana y la construcción de su aeropuerto, ver: <https://bit.ly/40GpLsV>



A diferencia de Lago Agrio (Nueva Loja), Shushufindi o Joya de los Sachas, ciudades creadas alrededor de una estación petrolera, en Coca existen otros factores que explican su creación, la formación de una sociedad civil basada en principios no tan dependientes del petróleo y con una interlocución con el Estado guiada por la influencia del Vicariato Apostólico de Aguarico, dirigido por la orden capuchina. Esto permite vislumbrar algunos escenarios alrededor de la no existencia de explotación petrolera en el norte de la Amazonía ecuatoriana. Por un lado, es posible vaticinar que sin la existencia de Lago Agrio, Shushufindi y Joya de los Sachas, el establecimiento de Coca como principal ciudad de la región de la Amazonía ecuatoriana del norte le habría permitido ser tempranamente capital provincial, con influencia hasta las fronteras colombiana y peruana. Por otro lado, la construcción de la carretera Baeza-Lago Agrio-Coca se habría dado con posterioridad, probablemente habría sido durante más tiempo una ciudad conectada únicamente de forma aérea y fluvial como es la ciudad peruana de Iquitos, y la vía se habría terminado construyendo en la década de 1980 por una ruta que conectara Coca directamente con Baeza o incluso con Tena de forma prioritaria.

Estos dos factores habrían hecho que Coca fuese durante algunos lustros un poblado similar a la utopía religiosa de lugar poco conectado con el desarrollo moderno-capitalista, que sin embargo se habría ido conectando progresivamente y de forma acelerada una vez que hubiesen llegado las vías. Las cifras de población urbana que se encuentran en la actualidad en Lago Agrio (que ronda los 100 000 habitantes), Shushufindi y Joya de los Sachas hace pensar que muy difícilmente habrían sido absorbidas por Coca, que actualmente cuenta con unos 50 000 habitantes en presencia de historia petrolera. Habría mantenido esa población y el tamaño de la ciudad, pero con un proceso urbano que estaría mucho más cerca a lo que hoy es Puyo o Tena, también cerca de los 50 000 habitantes, y sin procesos de crecimiento urbano dependientes del petróleo a la escala de las ciudades del norte amazónico (Instituto Nacional de Estadística y Censos, 2010). Sin explotación petrolera, probablemente Coca se habría configurado como el polo urbano de la zona norte de la región Amazónica del Ecuador, el desarrollo de infraestructura capitalista habría basculado hacia el sur, con una cantidad neta de migración hacia la zona



más baja, y un proceso de urbanización más limitado, con rasgos más similares a los de la Amazonía centro del país.

Proceso de colonización guiado por el IERAC

Formulado como un programa alineado con la Alianza para el Progreso, la reforma agraria de los gobiernos militares promovía una reforma de acuerdo con las élites para evitar las revoluciones socialistas que tenían en el acceso a la tierra su máxima consigna, como fue con la revolución cubana de 1959 (Michaels, 1976). Los gobiernos de Kennedy y Johnson encontraron en la década de 1960 numerosos regímenes dictatoriales a lo largo de América Latina que implementaron este tipo de reformas agrarias, entre ellos, los de Ecuador. En este contexto, el IERAC era el órgano encargado de promover la adjudicación de tierras como una forma de descongestionar la presión por la tierra a lo largo del país. Muchas de estas tierras se adjudicaban bajo la forma de tierras baldías, que en la Amazonía se produjo de forma casi total sobre territorios indígenas (Gondard y Mazurek, 2001). De esta forma, el IERAC tuvo mayor facilidad para otorgar tierras en los espacios donde distintos agentes habían ya despojado territorios y no tenían un interés de uso, como ocurría con la actividad petrolera. Allí donde nacionalidades indígenas como el territorio shuar o kichwa ofrecían más resistencias frente a la adjudicación de tierras a campesinos sin propiedades, el IERAC tuvo más dificultades de actuación, pero sobre territorios cofán o waorani, donde las misiones evangélicas estadounidenses habían realizado un trabajo de vaciamiento, fue más sencillo decretar tierras baldías.

En este apartado abrimos un paréntesis respecto al territorio waorani, sobre el que tuvo un desenlace fatal la convergencia de misiones evangélicas, explotación petrolera y colonización agraria. Consideramos que la actuación del Instituto Lingüístico de Verano (ILV) habría sido inevitable, dado que quienes impulsaron su actuación en el país estaban profundamente marcados por la muerte de cuatro evangélicos en 1956 a manos de waoranis en aislamiento (Wasserstrom, 2016). El financiamiento recabado



para “civilizar” a la cultura que había provocado estos mártires estaba en marcha, habría habido reclusión de los clanes waorani en el protectorado que creó el ILV facilitado por el Estado ecuatoriano de 1969 a 1980, con ello el vaciamiento territorial, el impulso a la colonización, la amputación de su territorio, en suma, el etnocidio generado (Wilson y Bayón, 2017) se habría suscitado aún sin intereses petroleros. Es probable que en los años que duró el protectorado, sin la llegada de las petroleras y sin las nuevas carreteras construidas por Texaco como la vía Auca, la colonización hubiera avanzado más lento, pero el etnocidio se habría dado. Los misioneros del ILV que llegaron en los años 50 del siglo XX a contactar a la nacionalidad Waorani venían como parte de la estrategia hemisférica de la política internacional de la Secretaría de Estado de EEUU, tras la influencia que tuvieron en la salida de la transnacional petrolera Dutch-Shell las acciones armadas de los clanes waorani en aislamiento. Estos grupos evangélicos eran una herramienta imperialista. Por ello, la exploración petrolera que realizó la Shell habría generado escenarios igualmente distópicos aun cuando no se hubiera llegado a la explotación, como hipotetizamos en este artículo.

Como comentamos en la introducción, el IERAC, ya creado antes de que la actividad petrolera invadiera la Amazonía ecuatoriana, habría tenido igualmente un rol fundamental en la configuración de la Amazonía norte. Sin duda, sin el interés estratégico del Estado de desplazar a las comunidades indígenas para el establecimiento de un colchón espacial para la explotación petrolera, puede que hubiera conformado un proceso más lento de concesión de tierras y quizás se habría efectivizado de forma menos acelerada. Sin embargo, factores estructurales como la desigualdad en el acceso a la tierra, sumada a las sequías de los años 60 del siglo XX en el sur de la Sierra ecuatoriana, y en concreto la sequía de Loja de 1968, habría sido igualmente un elemento de expulsión de población hacia la Amazonía sin explotación petrolera, y un fuerte motor para que el IERAC concediera numerosas tierras en la región norte, donde el vaciamiento de territorios indígenas fue más acelerado, donde había una densidad poblacional indígena más baja y con pueblos que habían tenido una menor práctica de resistencia a la colonización, como sí la tenían los pueblos indígenas del centro y sur de la Amazonía. Y en ausencia de contaminación petrolera, la actividad agraria de campesinos pequeños



o medianos llegados desde la Sierra y desde la Costa habría tenido más éxito. Por supuesto, las limitaciones ecológicas, como las propiedades del suelo de la Amazonía, o estructurales, como los conflictos que se habrían desarrollado respecto a la territorialidad indígena, habrían condicionado el éxito del desarrollo agrícola amazónico. Como hipótesis, podría formularse que el despojo de tierras indígenas por parte de la política de colonización del IERAC podría haber ido más lejos. Sin la atención que concitó la contaminación petrolera, el fortalecimiento territorial de las nacionalidades indígenas podría haber sido más lento y haber perdido más espacio en las décadas de 1970 y 1980.

Es probable que no se hubiese dado una devaluación del valor de la tierra agraria tan profunda como la que se ha dado en la Amazonía norte en los últimos lustros, fruto de la contaminación petrolera y la inviabilidad de un modelo campesino en la zona. Con probabilidad se habrían dado procesos de economías de escala, concentración de la propiedad agraria y la llegada de capitalistas de la agroexportación que habrían tenido más estímulos para invertir en sectores agroproductivos en ausencia de los servicios petroleros. Este escenario está lejos de ser una utopía agrarista, estaría dominado por el gran capital: tendríamos procesos de encadenamiento productivo, endeudamiento, pérdida de tierras, proletarización de las familias campesinas que recibieron las tierras del IERAC y actuación del sicariato como forma de presión social de los grandes grupos que dominarían este proceso, como desarrollará el siguiente apartado.

Formas de extractivismo para combatir la crisis de la deuda

La crisis de la deuda fue un elemento estructural para toda América Latina, que se gestó en la década del 1970 y explotó en la década de 1980. Este es un elemento estructural que se habría producido sin explotación petrolera. Visto cómo se produjo en países sin actividades extractivas como Uruguay o Guatemala (Bárcena, 2014), con tamaños relativamente



similares a Ecuador, podemos concluir que habría golpeado igualmente la economía del país. El tránsito entre las medidas para mitigar esta deuda en los años 80 y el Consenso de Washington de los años 90 habría sido, sin duda, una propuesta de incrementar el extractivismo del agronegocio y minero, que habría tenido un fuerte impacto territorial en la Amazonía.

En la Amazonía norte existen dos grandes complejos de palma africana desde los años 70 del siglo XX; tienen alrededor de 10 000 hectáreas cada uno y están situados en las provincias de Sucumbíos y Orellana (Carrión y Cuvi, 1985). Es posible que, en ausencia de exportaciones petroleras, este modelo hubiese sido implementado en más lugares de la Amazonía para mitigar una balanza de pagos desfavorable, y más en un contexto de menor eficacia del IERAC en la materialización de transferencia de tierra a pequeños campesinos. Territorialmente se habría traducido en un campo con menor densidad de población y conformación de núcleos urbanos de servicios, como sucede en las grandes áreas palmicultoras de Esmeraldas o Santo Domingo de los Tsáchilas. Este modelo agroindustrial conlleva unas enormes violencias contra las comunidades campesinas e indígenas que están en sus proximidades, como puede también documentarse en las áreas de la Amazonía ecuatoriana donde se ha implementado. El modelo de relación de la Amazonía con la Sierra basado en relaciones y migraciones en dirección este-oeste (como ocurre entre Loja y Zamora, Azuay y Morona Santiago, o Tungurahua y Pastaza), habría hecho que Orellana y Coca absorbieran buena parte de las inversiones de Quito, como ha ocurrido en Santo Domingo de los Tsáchilas y Esmeraldas, más en ausencia de explotación petrolera. Por tanto, podemos vislumbrar un desarrollo agroproductivo en Orellana similar al de la Costa norte del Ecuador, donde el modelo agroexportador ha generado usurpación de tierras colectivas, sicariato, corrupción, vínculos con el puerto exportador de Guayaquil, trata de mujeres y vínculos a redes delictivas (Roa Ovalle, 2021). Podemos hipotetizar que, en ausencia de actividad petrolera, más capitales se habrían interesado por el agronegocio, y en presencia de más espacio usurpable que el que hay en la Costa, se podrían haber dado en una escala mayor.



Por otro lado, probablemente se habría adelantado la vocación minera del país. Vemos en la actualidad que ante el declive petrolero y el *boom* de materias primas que vive la región, los lobbies mineros nacionales e internacionales están encontrando un contexto ideal para desarrollar sus actividades. En el contexto de la deuda y de ausencia de explotación petrolera, la presión minera en los años 80 y 90 del siglo XX habría sido, sin duda, mayor. En la Amazonía sur del Ecuador hay grandes yacimientos de minerales en las provincias de Morona Santiago y Zamora Chinchipe, que en la actualidad están queriendo ser explotados por el gran capital transnacional. Sin embargo, en la parte norte —en los ríos Napo y Aguarico— los yacimientos encontrados son de minería aluvial aurífera, (Bayón *et al.*, 2020a; Bayón *et al.*, 2020b). No es un fenómeno novedoso, pues fueron los ríos donde la colonia estableció en el siglo XVI los primeros centros de extracción de oro (Wilson y Bayón, 2017). En la actualidad, una miríada de capitales ecuatorianos y colombianos están tomando posiciones en estos ríos; en los años recientes, la nacionalidad Cofán ha repelido concesiones en su territorio del Aguarico, y, por otra parte, en el alto Napo se ha dado, durante la pandemia, un fortísimo proceso de llegada de capitales nacionales y colombianos para la explotación de forma legal o ilegal de esta minería aurífera de escala media.

Es posible que, ante una presión de la deuda externa, el Estado ecuatoriano hubiese realizado procesos de captación de regalías para la extracción de oro en dichos ríos. Recordemos que, una vez colapsada la extracción de minerales en Zaruma y Portovelo, el Estado abandonó su interés y los trabajadores mineros se convirtieron en mineros informales en el sur de la Amazonía, en Nambija y otros lugares (Carrión Hurtado, 2018). Ante algún tipo de interés minero en la Amazonía norte, ese contingente humano podría haber llegado e iniciado trabajos de explotación. En medio de dictaduras militares, esta explotación podría haber estado guiada por empresas estatales vinculadas al poder militar y político local, generando un contexto de violencia muy complejo, lo que habría complicado mucho la oposición por parte de comunidades locales, como ocurre en la cuenca del Orinoco, o en algunas áreas de Colombia (Cordeiro da Trinidad, 2015). En este escenario, capitales nacionales y regionales habrían sido atraídos, como ocurre hoy en el Napo, pero también de forma creciente



empresas transnacionales junior. Centro de esta hipótesis, cabe suponer que la explotación de minería aluvial en el norte de la Amazonía podría haber generado un colapso de los sistemas hídricos, tal y como vemos en la actualidad en la cuenca alta del río Napo.³ Además, se habría dado sin ningún tipo de control, ni organizaciones de la sociedad civil que denunciaran sus tropelías, al igual que sucedía con las actividades de Texaco en los años 70 y 80 del siglo XX, a diferencia del escenario actual.

Como otra forma de transformación, vinculada al extractivismo palmicultor y minero, la ausencia de una economía extractiva petrolera y de un proceso tan vigoroso de urbanización habría provocado menor interés para las élites que han dominado el Estado ecuatoriano, por lo que la militarización de la frontera amazónica norte habría sido menor. Esto podría haber configurado esta área de frontera como un espacio de mayor acción de los grupos armados irregulares en el conflicto colombiano, y podrían haberse desarrollado actividades similares a las que acontecen en el cantón de San Lorenzo en la provincia de Esmeraldas, pudiendo haberse internado de forma más explícitas de lo que lo han hecho las dinámicas ya existentes en el Putumayo (Roa Ovalle, 2021). En este contexto, la conformación de economías alrededor de cultivos ilícitos podría haber estado más presente en Ecuador de lo que está en la actualidad. En resumen, el escenario macro de presión de la deuda externa hacia las actividades extractivas, en ausencia de explotación petrolera, podría haber llevado a la región a otros escenarios de acumulación capitalista que habrían hecho de la región otra muy diferente, aunque no sin tensiones, contaminación, grupos de poder y violencias políticas de todo tipo.

3 El Colectivo de Geografía Crítica ha publicado informes sobre la cuestión. Ver: <https://bit.ly/3HNogAt>



El turismo y los servicios ecosistémicos como un posible desarrollismo distópico

Durante las últimas décadas, hemos escuchado a algunos de los más conocidos empresarios turísticos del país lamentarse por la explotación petrolera en la Amazonía, girando su negocio por completo a las islas Galápagos y su lucrativo negocio de pasear gringos de todas las latitudes para que hagan fotos de volcanes, iguanas y lobos marinos.⁴ Por tanto, cabe imaginar que, en un contexto no petrolero, esta actividad habría tenido como protagonistas a estos capitalistas ambientalistas que se encuentran en las altas esferas del Estado. Este apartado reflexiona alrededor de cómo podría haberse dado una masividad turística como la que se vive en Galápagos en la región norte de la Amazonía ecuatoriana, sumada a la explotación de la venta de servicios ecosistémicos, como compensaciones de carbono, en el marco del aumento de la “acción climática”, y qué tensiones asociadas habrían surgido.

Presuponiendo que la actividad petrolera no se hubiera dado, y haciendo buenas las hipótesis de los apartados anteriores, tendríamos una minería de escala media en las cabeceras de los ríos Napo y Aguarico, monocultivos de palma africana y una gran concentración de la tierra en lo que hoy son las provincias de Sucumbíos y Orellana, que habría sido detenida por la territorialidad waorani y de los Pueblos Indígenas en Aislamiento Voluntario —Tagaeri y Taromenane—, que no habría sufrido tantas amputaciones como las infligidas por el binomio de Instituto Lingüístico de Verano y Texaco. En ausencia de petróleo, tampoco se habría construido la vía Maxus y no estaría en marcha la explotación del Yasuní. Las comunidades kichwas del Napo se habrían conformado igualmente en comunas mediante la asistencia capuchina, y las territorialidades cofán, siekopai y siona habrían tenido más opciones de habitar la parte norte del país. Esta conjunción probablemente habría hecho que la Reserva Faunística Cuyabeno se

4 Uno de los más notables empresarios turísticos que han seguido esta línea es Roque Sevilla, quien actúa desde un ecologismo burgués (usamos este término en referencia al ecologismo de la clase propietaria) y neomalthusiano. Ver: <http://bit.ly/3IU1Jf>



extendiera hacia el oeste, donde hoy están los campos Libertador, Atacapi y Dureno, al igual que el Parque Nacional Yasuní, que ocuparía, al menos, toda el área de su Reserva de la Biosfera. Esta mayor preservación de territorios indígenas y reservas naturales con más territorialidad y menos impactos, sería un mejor escenario general, que podría ser aprovechado por la actividad empresarial turística y de venta de servicios ecosistémicos. Nuestra hipótesis de trabajo considera que, si bien las tensiones entre reservas naturales y territorios indígenas habrían existido, los capitales turísticos y el interés del Estado por vender servicios ecosistémicos habrían encontrado vías para apaciguarlos, bajo distintos esquemas de cogestión de los territorios protegidos para así ofertarlos al capitalismo verde.

En este contexto, es probable que hubiesen irrumpido de manera más masiva capitales interesados en generar propiedad privada en la región para la explotación turística. Fenómenos como el de Sacha Lodge, que lograron desplazar a las familias kichwa que vivían en la exhacienda a orillas del Napo, se hubieran reproducido en las áreas en las que las comunidades indígenas tuvieran menor fortaleza territorial (Wilson y Bayón, 2016). Se habría promovido el turismo más lucrativo: enfocado a las élites de países del Norte global, con una fuerte proletarianización de la mano de obra, donde el mundo indígena aparece como externo a la naturaleza que se visita y fuertemente folclorizado. Realizando un paralelismo con lo que ha sucedido en Galápagos, podemos imaginar lugares como Nuevo Rocafuerte o Tiputini siendo enclaves urbanos turísticos como hoy son Puerto Ayora o Puerto Baquerizo Moreno, con construcción de hoteles que recibirían a los turistas de menor poder adquisitivo antes de visitar las comunidades, combinados con paquetes turísticos de mayor coste que embarcarían a los turistas directamente de Coca a los *lodges*. Este modelo no está exento de fuertes inequidades, reproducción de desigualdades y fuertes tensiones entre el gran capital turístico y el resto de usos del territorio que hacen las comunidades de las Islas Galápagos (Muñoz Barriga, 2017).

Podemos imaginar un escenario aún más distópico. Dado el paralelismo trazado entre las Islas Galápagos y las áreas protegidas del norte de la Amazonía ecuatoriana, rescatamos la propuesta que hizo uno de estos grandes magnates del turismo en los años 70 del siglo XX, referida a



expulsar a toda la población de las Islas Galápagos para que fuese un verdadero paraíso natural para el deleite del turismo de alto consumo. Algo que, afortunadamente como relata el alcalde de San Cristóbal en ese tiempo, se logró detener, pero en la Amazonía norte podría haber habido ese tipo de propuestas del capital turístico sobre todo dirigidas a la población migrante de otras regiones del país, bajo el apelativo peyorativo de “colonos”. Ojalá hubiesen sido descartadas tan pronto como en Galápagos, pero seguro habría sido una fuente de desposesiones, conflictos y posibles etnocidios.

También podemos esperar que, ante el turismo similar al de las Islas Galápagos que hoy existe —de masas para las clases medias, y de lujo para las altas—, el mundo indígena, como hace hoy, habría dado una disputa por hacerse con parte del mercado a través del turismo comunitario. Ante un flujo mayor al que hay hoy en día, es muy probable que algunas comunidades hubiesen podido prosperar en el negocio. Es impredecible cómo esto hubiera podido ser una alternativa económica menos lesiva para el mundo amazónico, al mismo tiempo que una nueva distopía capitalista en las comunidades.

¿Cómo hubiesen dialogado el Estado, los capitalistas y el turismo comunitario? ¿Qué tipo de despojos hubiese generado este modelo? ¿Cómo se habría explotado el turismo sexual, la esencialización de lo indígena buscada por el turismo internacional, o los impactos ambientales de las lanchas recorriendo los lugares con mayor fragilidad social y ecosistémica? Todas estas son grandes preguntas que plantea el modelo. Hay experiencias en América Latina, como la de Costa Rica —donde se ha manejado con cierto cuidado—, Cuzco en Perú o el Parque Nacional Tayrona en Colombia —donde ha habido una fuerte exotización de las poblaciones y el paisaje, sin dejar casi réditos económicos— y auténticas distopías turísticas como las que viven minorías étnicas en Vietnam o Tailandia (Santos Herrera, 2018).

La implantación de propiedad privada en detrimento de la propiedad colectiva y comunitaria que favorece el desarrollo turístico promovería también el desarrollo de los proyectos de venta de servicios ecosistémicos, impulsados por leyes ambientales aprobadas en la década de 1990, que



evocaron los principios de la Cumbre de la Tierra, como el del desarrollo sostenible y la gestión ambiental (Muñoz e Hidalgo, 2011); pero también por una proliferación de ONG ambientalistas, todo debido a un aumento en la financiación internacional. En un contexto en que la situación económica del país y su dependencia geopolítica hubieran sido las mismas que con el petróleo, el Patrimonio Nacional de Áreas Protegidas hubiera estado, al igual que hoy, crónicamente desfinanciado (Varea y Barrera, 1997), por lo que el acceso a fondos privados hubiera sido visto como la única fuente. El Fondo Nacional Ambiental se hubiera implementado en 1998 para funcionar como un fideicomiso empresarial que recibe fondos tanto del extranjero como de fuentes nacionales (Muñoz e Hidalgo, 2011), para financiar la conservación del Parque Nacional Yasuní y la Reserva de Producción de Fauna Cuyabeno. En general, los instrumentos económicos y de mercado diseñados para estimular la conservación de la naturaleza se hubieran desarrollado con mayor velocidad en ausencia de la resistencia del sector petrolero y como parte de las estrategias económicas del Estado.

Un capitalismo verde habría logrado reemplazar en ciertas zonas de la Amazonía al capitalismo fósil. Por un lado, es probable que tuviéramos esquemas de pago por servicios ecosistémicos a escala doméstica (nacional) asociados a la actividad turística, donde empresas turísticas reconocerían monetariamente a comunidades locales el servicio ecosistémico de “conservación del paisaje”. Por otro lado, mucho más comunes serían proyectos asociados a la “acción climática” para proteger los ecosistemas amazónicos como sumideros de carbono, como los Mecanismos de Desarrollo Limpio asociados al carbono forestal primero, y el esquema REDD+ después. Al ser los servicios ecosistémicos una fuente importante de ingresos para el fisco, es probable que su gestión fuera muy poco participativa y dirigida por las ONG o por el Ministerio del Ambiente, Agua y Transición Ecológica, en detrimento de la autonomía política y territorial de las nacionalidades. En ese marco, además, los sistemas de vigilancia de la deforestación creados por empresas transnacionales como Google estarían en plena implementación, como ocurre en Brasil, y podría haberse desarrollado una rama del ejército para cuidar los bosques-sumideros de carbono, como ocurrió en Nigeria (Asiyanbi, 2016).



Para finalizar: algunas hipótesis sobre el movimiento ecologista ecuatoriano

Como va analizando el artículo, el carácter estructural de las desigualdades espaciales y los múltiples despojos imperialistas y capitalistas que sufrió la Amazonía ecuatoriana a lo largo del siglo XX habrían impuesto una serie de distopías. Si bien podrían no haber tenido el calado y gravedad de lo que supuso la llegada de Texaco a la región norte de la Amazonía, una serie de elementos comunes en la historia de América Latina —como fueron la implementación de dictaduras militares, las reformas agrarias con el espíritu de la Alianza para el Progreso, la actuación de capitales extractivos transnacionales, la crisis de la deuda y la neoliberalización posterior— habrían implicado una serie de despojos territoriales de gran calado. El hecho de que no hubiese petróleo suficiente, o de suficiente calidad como para ser explotado, no nos invita a imaginar una historia cualitativamente diferente.

Consideramos que el centro de la vida política de la Amazonía norte del Ecuador habría estado constituido en Coca, sus relaciones con las ciudades satélites vinculadas a la extracción de oro y de servicios a la agroindustria dadas a partir de la implantación estructural que hubiera logrado el desarrollismo, en las que confluían migrantes despojados de otras regiones, turistas y capitalistas de frontera. Y a su vez, las relaciones de Coca con Quito como capital. Imaginamos una serie de conflictos regionales que habrían desembocado, como en otros lugares, en paros, reclamos y movilizaciones que podrían haber articulado a los pequeños campesinos, los trabajadores agrarios y mineros, y las nacionalidades indígenas. Pensamos que habría sido complicado imaginar movilizaciones tan potentes como los paros biprovinciales que se dieron en el inicio del siglo XXI, pero que sí se habría dado una práctica de movilización social que habría tensionado el lugar de la Amazonía norte como proveedora de materias primas para el desarrollo nacional, a la vez que la contaminación del agronegocio y la minería habrían hecho de la región un lugar empobrecido, sin llegar a las cotas que hoy ostenta: las máximas del país.



El trauma dejado por la actuación criminal de Texaco y el resto de compañías transnacionales y nacionales en la extracción de petróleo fue fundamental en Ecuador para generar un movimiento ecologista con rasgos cualitativamente diferentes al resto de América Latina, con una capacidad de incidencia a escala local, nacional e internacional en el ámbito judicial, legislativo, constitucional, mediático, etc. Sin embargo, en Ecuador existe un legado más amplio de articulaciones de los movimientos sociales para luchar contra las huellas del modelo colonial agroexportador. Encontramos articulaciones entre movimientos sindicales, campesinos y de salud pública en la lucha contra los impactos de la actividad bananera, articulaciones con los pueblos negros respecto al despojo que imponen las actividades palmicultoras y camaroneras, articulaciones de movimientos agraristas, sindicales y ecologistas populares en la lucha contra la explotación y contaminación de las empresas florícolas. Podemos ver en los países vecinos, donde la minería y la agroindustria han tenido un mayor predominio que el petróleo en las exportaciones, cómo han surgido importantes movimientos ecologistas, y hoy los diferentes movimientos indígenas y campesinos comparten posiciones fuertemente antiextractivas respecto al uso y manejo de sus territorios.

Cabe pensar que, ante un desarrollo acelerado de la actividad minera en la Amazonía, y la consolidación de un modelo vinculado a la agroexportación, hubiese emergido con una enorme fuerza un movimiento ecologista vigoroso, de articulaciones entre colectivos urbanos, actores locales y movimientos indígenas y campesinos. El *boom* de las materias primas de la década del 2010 (que vivió toda la región) habría impactado igualmente a Ecuador, desarrollando numerosos megaproyectos mineros, agroindustriales o energéticos, activando puentes de solidaridad, articulaciones y activismo, como ha sucedido en toda América Latina.

Grandes manifestaciones sociales en el ámbito urbano —como el grupo Yasunidos—, habrían surgido quizás ante el acoso de la minería guiada por el ejército en territorios de Pueblos Indígenas Aislados, o por la concesión de una gran área del Yasuní a alguna empresa palmicultora. En este contexto, en el movimiento ecologista del Ecuador atravesaríamos retos similares a los que enfrentamos en la actualidad, quizás con una



mayor presencia de acoso de propuestas ambientalistas reaccionarias, de capitalismo verde o aliadas con las derechas continentales. Pero la necesidad de construir un ecologismo que no criminalice lo popular y que enfrente las violencias patriarcales internas y externas, estaría presente; al igual que la necesidad de construir un ecologismo antirracista y anticolonial sin jerarquizaciones con las comunidades que resisten megaproyectos extractivos, la búsqueda de una propuesta política que vaya más allá de resistir en lo local a un modelo para construir realidades postextractivas en escalas más amplias, y un largo etcétera en el que nos hallamos trabajando.

Referencias bibliográficas

- Asiyanbi, A. P. (2016). A political ecology of REDD+: Property rights, militarised protectionism, and carbonised exclusion in Cross River. *Geoforum*, (77), 146-156.
- Bárcena, A. (2014). La crisis de la deuda latinoamericana: 30 años después. En Ocampo, J. A., Starlings, B., Bustillo, I., Belloso, E. y Freknel, R. (eds.), *La crisis latinoamericana de la deuda desde la perspectiva histórica* (pp. 9-18). Comisión Económica para América Latina y el Caribe.
- Bayón, M., Durán, G., Bonilla, A., Ávila, M. y Araujo, M. (2020a). *El Pangui: Urbanización en la Amazonía Sur, entre el desplazamiento y las regalías mineras*. FLACSO-Ecuador.
- Bayón, M., Durán, G., Bonilla, A., Zárate, D., González, J. y Araujo, M. (2020b). *Lago Agrío: Barrios petroleros en el casco urbano que claman por sus derechos*. FLACSO-Ecuador.



- Carrión Hurtado, A. (2018). *Reestructuración de la regulación minera: El enclave aurífero de Zaruma y Portovelo, 1860-1980*. Instituto de Altos Estudios Nacionales.
- Carrión, L. y Cuvi, M. (1985). *La palma africana en el Ecuador: tecnología y expansión empresarial*. FLACSO-Ecuador.
- Cordeiro da Trinidad, S. C. (2015). Pensando a Modernização do Território e a Urbanização Difusa na Amazônia. *Mercator: Revista de Geografia da UFC*, 14(4), 93-106.
- Galarza, J. (1972). *El festín del petróleo*. Ediciones Solitierra.
- Gondard, P. y Mazurek, H. (2001). 30 años de reforma agraria y colonización en el Ecuador (1964-1994). En *Dinámicas territoriales: Ecuador, Bolivia, Perú, Venezuela* (Vol. 10, pp. 15-40) Corporación Editora Nacional, CEN, Institut de Recherche pour le Developpement e IRD-Pontificia Universidad Católica del Ecuador.
- Gutiérrez Marín, W. (2002). *Baeza, la ciudad de los Quijos: Su historia desde el siglo XVI al siglo XIX* (Primera edición). Proyecto Gran Sumaco (Ministerio del Ambiente-GTZ), Gobierno Municipal de Quijos, Abaya-Yala.
- Instituto Nacional de Estadística. (2010). *Censo de 2010 Población de Ecuador*. INEC.
- Michaels, A. L. (1976). The Alliance for Progress and Chile's "Revolution in Liberty", 1964-1970. *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, 18(1), 74-99. <https://doi.org/10.2307/174817>
- Muñoz, G. e Hidalgo, M. E. (eds.). (2011). *Ecuador ambiental 1996-2011: Un recorrido propositivo*. Centro Ecuatoriano de Derecho Ambiental.



- Muñoz Barriga, A. (2017). Percepciones de la gestión del turismo en dos reservas de biosfera ecuatorianas: Galápagos y Sumaco. *Investigaciones Geográficas*. <https://doi.org/10.14350/rig.47805>
- Roa Ovalle, I. (2021). Postdemocracia, capital (i)legal y extractivismo. *Ecuador Debate*, (113), 201-2018.
- Santos Herrera, S. Y. (2018). *Impacto de la masificación en la meca de los mochileros. Redescubriendo el Sudeste Asiático*. Universitat Politècnica de València.
- Varea, A. M. y Barrera, C. (1997). *Ecologismo ecuatorial. Conflictos sociambientales y movimiento ecologista en el Ecuador*. Abya-Yala, CEDEP.
- Wasserstrom, R. (2016). Waorani Warfare on the Ecuadorian Frontier, 1885-2013. *The Journal of Latin American and Caribbean Anthropology*, 21(3), 497-516. <https://doi.org/10.1111/jlca.12217>
- Wilson, J. y Bayón, M. (2016). Black hole capitalism. *City*, 20(3), 350-367. <https://doi.org/10.1080/13604813.2016.1166701>
- Wilson, J. y Bayón, M. (2017). *La selva de los elefantes blancos: megaproyectos y extractivismos en la Amazonía ecuatoriana*. Abya-Yala.



LA
HISTORIA
QUE *pudo*
HABER SIDO

1989: AÑO DE LA REBELIÓN DE SARAYAKU. LO QUE PUDO SER Y NO FUE... TÓDAVÍA¹

9

Alberto Acosta

“KAWSAK SACHA es un ser vivo, con conciencia, constituido por todos los seres de la Selva, desde los más infinitesimales hasta los seres más grandes y supremos; incluye a los seres de los mundos, animal, vegetal, mineral, espiritual y cósmico, en intercomunicación con los seres humanos brindándoles a estos lo necesario para revitalizar sus facetas psicológicas, físicas, espirituales, restableciendo así la energía, la vida y el equilibrio de los pueblos originarios”

(Declaración² Kawsak Sacha —Selva Viviente—
ser vivo y consciente sujeto de derecho
Pueblo kichwa de Sarayaku).

-
- 1 Este texto parte de diversas aproximaciones y lecturas que sirven de base para dejar fluir la imaginación de cómo pudo haber transcurrido el proceso histórico. El elemento motivador para reencauzar la historia sería la sumatoria de planteamientos, propuestas e incluso acciones que surgieron después de un momento determinado; en este caso, luego de 1989, que, como veremos más adelante, configuró un escenario sumamente prometedor y que, de todas maneras, marca el inicio de varias iniciativas de enorme trascendencia.
 - 2 Ver la declaración completa en: <http://bit.ly/3RWIaxC>



“Los problemas que se suscitaron en mi ausencia sí que eran graves”, narró tiempo después Jorge Viteri Toro, un testigo con una larga experiencia en la actividad de las empresas petroleras en la Amazonía.³ Él nos cuenta que, cansados de tantos atropellos e incumplimientos por parte de las empresas petroleras y de los gobiernos, diversos grupos de pueblos originarios amazónicos se sublevaron. Concentrados en Sarayaku, en la provincia de Pastaza, líderes indígenas de la zona dijeron ibasta! Los pobladores de esa pequeña comunidad amazónica, con un creciente respaldo de diversas organizaciones de otras regiones, optaron por enfrentar a las compañías que “entraban a sus territorios sin pedir permiso, y cuando ya habían hecho el daño robando sus riquezas, recién allí se acercaban para dialogar”. La ilusión que infundió el petróleo unos veinte años atrás se disolvía más y más. Poco o nada quedaba ya de sus promesas de progreso.

Olvidada estaba aquella visita del presidente de la República, doctor José María Velasco Ibarra, a los primeros campos petroleros, ubicados en medio de un verde enorme, interminable. El entorno, cuando llegó Velasco en febrero de 1929, era impresionante: selva por todos los costados, con poquísimas construcciones a más de la pista de aterrizaje. Nadie avizoraba que tanta vida tenía sus días contados.

La llegada del primer mandatario a Nueva Loja, un incipiente poblado que terminaría asumiendo el nombre del primer pozo petrolero de la Texaco en Texas: *Sauer Lake*, alentaba la posibilidad de superar la grave crisis económica que se vivía entonces por la caída de las exportaciones bananeras.⁴ Y esa ilusión venía acompañada del atronador ruido de los motores de avionetas y helicópteros que salían y entraban sin pausa; tanto que un funcionario de las empresas, quien seguramente debió haber sido boina verde, afirmaba, hinchando el pecho, que esta era la zona del

3 Cuando a lo largo del presente texto, una y otra vez, se menciona a un testigo que proviene del mundo petrolero, se está haciendo referencia a Jorge Viteri Toro. Entonces, salvo que se indique algo diferente, las citas textuales —que estarán entrecomilladas, o, cuando ocupen párrafos enteros, irán en cursiva— son de este personaje, quien escribió un libro notable en el que recoge sus memorias de varias décadas: *Petróleo, lanzas y sangre*, publicado en Quito por Abya-Yala, en 2019.

4 Sobre la evolución de la economía ecuatoriana, se puede consultar más en: Acosta (2012).



planeta que tenía el segundo movimiento de helicópteros por kilómetro cuadrado, después de Vietnam.

Algo queda en el baúl de los recuerdos de lo vivido en ese día. Sobre todo, aquel banquete de mantel largo y pajes con librea ofrecido por las empresas Gulf y Texaco en honor del presidente Velasco Ibarra, en uno de los dos hangares que existían pegados a la pista de aterrizaje. Todo el almuerzo, el vino y demás manjares fueron traídos por avión desde el Hotel Quito, el hotel de lujo de la capital. Y para realzar el momento, unos cuantos cisnes flotaban en un embalse artificial de agua colocado en el centro de las mesas del banquete; realmente estábamos muy lejos de imaginarnos que esos cisnes con su niebla, que terminarán por disolverse, serían un augurio del espejismo petrolero.⁵

En aquellos tiempos, se vivía una euforia alimentada por las expectativas de los beneficios que provendrían del “boom petrolero”. En 1964, el consorcio norteamericano había recibido de una Junta Militar, como concesión, 1,4 millones de hectáreas por un plazo de 40 años, prorrogable por diez años más; es decir, hasta 2014. Más de 6 millones de hectáreas habían sido entregadas a otras empresas petroleras extranjeras en la Amazonía. Las concesiones inundaban el país; incluso el golfo de Guayaquil estaba concesionado. El 15 de febrero de 1967, el consorcio norteamericano Texaco-Gulf inició la perforación del pozo Lago Agrio número 1. Este sería el primer pozo petrolero oficialmente reconocido como “productivo” en la zona nororiental amazónica.⁶ Luego de 35 días, la broca del taladro alcanzó una profundidad de 10 175 pies, y el crudo Oriente empezó a fluir. Era un crudo de 22,8 grados API y su capacidad de extracción inicial sería de 1573 barriles por día. Y desde entonces, la euforia creció como espuma.

5 Ver el discurso del autor cuando era ministro de Energía y Minas del Ecuador en: <https://bit.ly/3XIE96T>

6 La extracción petrolera en el Ecuador, localizada en la península de Santa Elena, data de principios del siglo XX, pero nunca alcanzó la significación de las reservas amazónicas. Cabe anotar, también, que antes ya habían incursionado en la región amazónica varias empresas petroleras, cuyos trabajos de exploración permanecen poco conocidos hasta la fecha, pero que, con seguridad, ayudaron al consorcio Texaco-Gulf a obtener una serie de éxitos sucesivos en su búsqueda de yacimientos en el área de concesión.



Luego vendría la inauguración del Oleoducto Transecuatoriano (SOTE), en época de una nueva y muy larga dictadura militar, que recuperó en gran medida la soberanía nacional sobre los hidrocarburos. El entusiasmo desbordó las expectativas en este país-producto: hasta entonces había sido sobre todo un país cacaotero, un país bananero. La influencia de las exportaciones de estos y otros recursos naturales marcaban la economía e inclusive las actividades sociales y políticas del Ecuador. El delirio tropical alcanzó el clímax un par de días después de ser inaugurado el SOTE en el puerto de Balao, con la presencia del dictador y representantes de su gobierno, los directivos de la petrolera, dignidades eclesiales y otras autoridades, conjuntamente con representantes de la prensa. Así, en un ejercicio digno del realismo mágico, el lunes 26 de junio de 1972, empezó la semana con un pomposo desfile cívico-militar organizado en las calles de Quito en honor al “primer barril de petróleo”, que fue transportado en un vehículo blindado escoltado por los cadetes del Colegio Militar Eloy Alfaro hasta el Templo de los Héroes de dicha entidad educativa.⁷ Y poco después, en agosto de 1972, zarpó el buque-tanque *Texaco Ana Cortéz* con el primer cargamento de crudo amazónico, abriendo una etapa de inusitada bonanza económica.

Desde entonces, en la memoria de la Amazonía emergen imágenes contradictorias, incluso brutales, sobre todo cuando se ve cómo se encuentra esta región años después. Su destrucción ha ido a la par de la extracción del petróleo. La riqueza de unos pocos explica la miseria de muchos, tanto como la misma destrucción de la Naturaleza. Y ese proceso nos permite imaginar, en este texto de contra-historia, una evolución diferente a la realmente vivida desde 1989.

7 Se puede revisar el documental corto de Agustín Cuesta llamado *Primer barril de petróleo*, disponible en la página de la Cinemateca Nacional del Ecuador: <https://bit.ly/40JISIH>



La Amazonía, la periferia de un país periférico

Esta región fue muy tempranamente integrada al mercado mundial. En 1641, el jesuita Cristóbal de Acuña, enviado del rey de España para investigar qué había en los territorios “descubiertos” por Francisco de Orellana cien años antes, constató una gran riqueza de maderas, cacao, caña, frutas, tabaco, minas, oro, etc. Esa búsqueda de riqueza sintetizó el “descubrimiento” económico del Amazonas.⁸ Desde entonces, la Amazonía ha sido vista como tierra proveedora de recursos naturales o espacio para intentar resolver conflictos de tierras en otras regiones de sus países ribereños. Desde aquella lejana época colonial arrancó una larga y sostenida carrera tras de “El Dorado”, carrera que aún no concluye. Es más, durante la etapa republicana las violencias desatadas por la voracidad de la conquista y la colonización incluso han aumentado.

El manejo económico predominante en toda la Amazonía se basó y se basa aún en extraer recursos naturales. Si bien en muchos casos las tecnologías cambian, se repite un patrón que se remonta al periodo colonial: la mayor parte de los recursos son apropiados para ser exportados. En efecto, las principales actividades extractivas amazónicas incluyen minerales, hidrocarburos, madera, productos agrícolas y ganadería para la exportación, en línea con la lista de riquezas anotadas por el cura Acuña.

La actividad petrolera, desde los años sesenta del siglo XX, funciona como punta de lanza de un accionar esencialmente depredador que viene acompañado de perversos procesos de colonización. La jungla espesa se fue transformando a gran velocidad en desiertos de monocultivos o en eriales producto de la masiva deforestación legal e ilegal. Los bosques tropicales dejaron sitio al avance de la frontera agrícola intensiva, con cultivos a gran escala o con ganadería; estas actividades, las más de las veces y en poco tiempo, debido a la fragilidad del suelo, dejaron de ser rentables. La Amazonía se convirtió en la frontera viva de una imparable y permanente colonización. El poder la asumió como una región “vacía” y retrasada que debía ser conquistada y desarrollada.

8 Ver su informe *Nuevo descubrimiento del gran río de las Amazonas*, que ha sido publicado varias veces como libro; por ejemplo, en: Acuña (1942).



Los principales efectos de las prácticas nocivas para la Naturaleza y la vida de sus habitantes, que empezaron sobre todo con el consorcio Texaco-Gulf, eran inocultables en el año 1989. Suficiente información, con datos ambientales de irrefutable validez, demostraban la contaminación ambiental en el área de las concesiones.⁹ Los ecosistemas, contaminados con hidrocarburos de petróleo y otras sustancias relacionadas con operaciones petroleras, daban claras muestras de agotamiento. Los suelos en estaciones y pozos de producción petrolera contienen residuos y metales en concentraciones muchas veces más altas que los estándares aceptados internacionalmente. El agua subterránea bajo los pozos de desechos está contaminada por encima de los estándares máximos, no se diga los ríos, humedales y lagunas. Las observaciones directas en el campo confirman cómo la vida de plantas y animales es impactada por la contaminación.

El consorcio Texaco-Gulf operó en su área de la concesión con prácticas y políticas ambientales inadecuadas para la conservación del ecosistema, utilizando pocos o ningún control ambiental, lo que causó la mayor parte de la contaminación en el área.

Tanta destrucción resulta inconmensurable. Sin caer en la trampa de poner precio a la vida, bien podemos afirmar que los daños cuantificables monetariamente alcanzan miles de millones de dólares por concepto de derrames, contaminación de pantanos, quema del gas, deforestación, pérdida de biodiversidad, por animales silvestres y domésticos muertos. A lo anterior habría que añadir materiales utilizados sin pago por salinización de los ríos. Imposibles de calcular son las enfermedades (como el cáncer) e inclusive el trabajo mal remunerado. En el ámbito psicosocial los impactos son brutales: violaciones por parte de los operadores de las petroleras en contra mujeres adultas y menores de edad mestizas e indígenas, abortos espontáneos, discriminación y racismo, desplazamientos forzados, nocivo impacto cultural y ruptura de la cohesión social.¹⁰ Y todo en un marco de violencias múltiples en las que han sucumbido

9 En el marco del juicio contra la compañía Texaco, Richard S. Cabrera Vega presentó el Informe Sumario del Examen Pericial, el 24 de marzo de 2008.

10 Consultar en: Martín Beristain *et al.* (2010).



muchas personas; incluso algunas empeñadas en tratar de parar tanta brutalidad, como fue la muerte, el 21 de julio de 1987, del obispo español Alejandro Labaka y de la religiosa colombiana Inés Arango a manos del pueblo indígena en aislamiento voluntario Tagaeri, presionado de forma brutal por la expansión de las actividades petroleras.

En suma, sobre Texaco-Gulf pesan también daños económicos, sociales y culturales causados a los indígenas siona, secoya, cofán, kichwa y waorani, además de perjuicios a los colonos blanco-mestizos. Y no podemos olvidarnos de la extinción de pueblos originarios como los tetetes y san-sahuaris, con cuyos nombres, irónicamente, se denominan dos campos petroleros en la misma zona donde antes ellos habitaban.

Esa destructiva codicia petrolera retumbaba en otras regiones colindantes. Así, de la mano de las tareas de búsqueda de oro negro, cual diabólicos círculos concéntricos, se expandían sus tentáculos afectando a más y más territorios y comunidades. Y eso no pasaba desapercibido.

¡Si quieren nuestra selva, nos tendrán que arrancar con ella!

La memoria de los pueblos originarios se enardecía constatando tanta violencia y recordando a los hombres, mujeres, niños y niñas sacrificadas por la avaricia del petróleo, cuya extracción está dominada por la lógica del capital y cuya expansión está escrita “en letras de sangre y fuego”, recordando las palabras de Carlos Marx. Y así sus frustraciones y rabia crecían en la medida en que aumentaban las presiones petroleras, más aún cuando comenzaron a introducirse en el centro de la Amazonía. En la mira de los intereses extractivistas, aparecía el territorio de Sarayaku.

En clave petrolera, se trataba del bloque 10. Un área de 200 000 hectáreas en la provincia de Pastaza, entre los ríos Curaray y Pastaza. Un territorio que incluye porciones de los territorios de las nacionalidades waorani, kichwa y zápara; adjudicado en la Quinta Ronda de Licitaciones Petroleras,



que llevó a la firma de un contrato entre el Estado y el consorcio ARCO Oriente y AGIP OH Ecuador. Y estas empresas, con el aval estatal, entraron con paso firme en lo que consideraban “su territorio”.

Como era de esperar, pronto se desató la conflictividad socioambiental. Cuando la operadora intentó desarrollar la actividad sísmica en la cuenca del río Rutuno, dentro del territorio de Sarayaku. La comunidad respondió. La invasión de un sitio considerado sagrado provocó la reacción de ese pueblo. La Organización de Pueblos Indígenas de Pastaza (OPIP), la Asociación Sarayaku y la Confederación de Nacionalidades Indígenas de la Amazonia Ecuatoriana (CONFENIAE) ya habían entregado un informe crítico sobre el impacto ambiental de las obras de exploración llevadas a cabo por la CGG, empresa francesa contratada por Arco para levantar estudios sísmicos.

La falta de respuesta oportuna de las petroleras fue el detonante que derramó un vaso repleto de violaciones a los derechos de los pueblos originarios y a su Pachamama. La comunidad de Sarayaku expresó su profundo malestar:

Por intermedio de la presente nos permitimos poner en su conocimiento que el 23 de abril del presente año a las 10:30 a. m. se tuvo una asamblea del Centro Alama Sarayacu, CAS, en donde se tomó la decisión de enviar una comisión de 20 hombres para suspender el avance de las Líneas 14, 16, 18, que vienen en dirección a Sarayacu, las mismas que violan las linderaciones de la mencionada comunidad. La razón fundamental de esta decisión es la siguiente: 1) Las Líneas mencionadas violan nuestras linderaciones. 2) Destruyen la flora y fauna de nuestra reserva. 3) Con la compañía y las líneas vienen muchas enfermedades. De no suspender dichas líneas, tomaremos nuestras propias medidas y no nos responsabilizamos de cualquier acto que pueda suscitarse.

Las petroleras, en lugar de enfrentar el tema, lo rehuían. Las autoridades, acostumbradas a imponer y engañar a las comunidades, tampoco asumieron una actitud dialogante con un franco propósito de por fin respetar los acuerdos. Las Fuerzas Armadas se mantenían al margen, esperando que la Policía hiciera su tarea.



Por fin, las empresas, ignorando o menospreciando el reclamo de fondo que emergía de Sarayaku, que contaba con el respaldo de la OPIP, enviaron una misión de segundo nivel a dicha comunidad. Como comentaría nuestro testigo que conformó dicha comitiva, “no se trataba de simples planteamientos o formulismos intrascendentes de pedidos baratos”. Ya no bastaban los tradicionales “espejitos” con los que se habían una y otra vez aplacado los reclamos de algunas comunidades: como uniformes y balones de fútbol, máquinas de escribir, machetes y limas de machete, hachas, pelotas para los niños y niñas de la escuela, palas, carretillas, pares de botas, motores fuera de borda, herramientas, motores de luz, casas comunales, medicinas y dispensarios médicos, útiles escolares, víveres, ropa y muchas otras cosas más. En suma, “migajas y caramelos”. Como repetía uno de los líderes de Sarayaku:

Eran una ofensa, comparada con los daños que ocasionan las petroleras en los territorios indígenas; no eran otra cosa que limosna de por-dioseros que les arrojan las transnacionales, como una burla hacia su propia dignidad. Sarayaku fue un grito de guerra que retumbó y seguirá retumbando a lo largo y ancho de la Patria.

Esta vez, el reclamo era en serio

La delegación del complejo petrolero-gubernamental lo entendió al llegar a la comunidad de Sarayaku: “Aterrizamos, y, al bajarnos del helicóptero, las primeras que se acercaron fueron las profesoras del lugar, todas ellas pálidas y temerosas, que nos dijeron: ‘Regresen, no apaguen el helicóptero, les van a matar. Están preparados con machetes, palos y escopetas; hay mucha gente furiosa’”. Sin hacer caso a esas advertencias, los miembros de la comisión se quedaron. Quizás creían todavía en poder convencer a los habitantes amazónicos tantas veces engañados y atropellados.



Las mujeres y los niños rodearon el helicóptero mientras de la iglesia venían unos hombres, todos ellos pintados las caras, portando escopetas. Ahora sí me convencí —narraría mucho después nuestro testigo presencial— que habíamos acudido a una trampa muy bien preparada por la OPIP. Eran las 2:30 p. m. más o menos, nos invitaron a ingresar a la iglesia en donde se iba a desarrollar la reunión. Se instaló la sesión con un poco de retraso, lo cual hacía más preocupante la situación. Llegaron algunos líderes de otras comunas que jamás los había visto; tomó la palabra el dirigente indígena en forma displicente y demostrando estar demasiado disgustado con nosotros, nos reclamó por haberlos hecho esperar tanto tiempo. Luego nos presentó a todos los jefes de cada comuna (alcaldes), quienes estaban con un bastón de mando que indicaba su jerarquía.

La nave de la iglesia, de construcción mixta, de madera con techo de paja, estaba abarrotada de gente: hombres y mujeres, viejos todos ellos; ellas pintadas sus caras, la mayoría de los hombres con escopetas y machetes, una que otra mujer con palos. Habían cerrado las puertas; un indígena de melena greñuda, pintado la cara, no dejaba de apuntarnos con su escopeta. Otros waorani se paseaban de un lado a otro portando unas lanzas; esta era una manera de querer amedrentarnos, a lo mejor para impresionar a los dos jefes gringos, el de CGG y el de Arco.

El dirigente se las tomó con los gringos, y, alzando más fuerte el tono de su voz para que todos le escucharan, los acusó de ser parte de las petroleras que hacían la prospección sísmica que en nada beneficiaba a los indígenas y que jamás habían sido invitados para dialogar, siendo que las compañías entraban a sus territorios sin pedir permiso, y cuando ya habían hecho el daño robando sus riquezas, recién allí se acercaban para dialogar, y que si lo hacían como ahora es porque eran presionados por ellos y a la fuerza. La gente aplaudía y demostraba su descontento por nuestra presencia. Las mujeres hablando en su idioma kichwa; no dejaban de alzar sus manos y acusarnos de sus desdichas, como si fuéramos reos que estábamos sentenciados a morir en la horca, sin tener pecado alguno de sus desgracias (me refiero a las personas), pues las petroleras sí tenían que ver y mucho en este problema de los indígenas.



Para terminar, en tono furioso y señalándolos con el dedo índice les dijo que, de continuar trabajando en sus territorios las compañías Geosurge y CGG, no se responsabilizarían de lo que pudiera suceder, ya que ellos por tradición eran guerreros, que no se dejarían pisotear más por las petroleras y defenderían con sus vidas su derecho a vivir en paz. Esto nos decía en castellano, mientras otro de los dirigentes les traducía en kichwa a los allí presentes.

Y vaya que las petroleras, en complicidad con los gobiernos, habían pisoteado a las comunidades indígenas, a sus territorios, sus culturas y su Pachamama. Una muy larga historia de atropellos, que empezó cuando los conquistadores “descubrieron” la Amazonía. Un dirigente de avanzada edad lo recordó. “Se dirigió a los suyos en lengua kichwa y les dijo que él sabía, desde el tiempo que empezó la Shell en el Oriente y después otras compañías más, que estas nunca respetaron al indígena y que siempre se les hizo daño, y que actualmente por culpa de las compañías petroleras ellos estaban siendo desplazados a otros lugares”.

Incluso se mostraron indignados porque una y otra vez habían sido acusados por las petroleras y las autoridades gubernamentales por el robo de equipos de las empresas, cuando en realidad los verdaderos ladrones y atracadores eran las empresas y los gobernantes. Bien lo anotó uno de sus dirigentes: “Ustedes se están llevando nuestro petróleo, se están llevando nuestra paja y cortando nuestros árboles para hacer sus campamentos”.

Esta vez no cedieron a las pretensiones de las petroleras. Su grito se volvió consigna: “*¡Si quieren nuestra selva, nos tendrán que arrancar con ella!*”. La tarde agonizaba y la noche se veía venir.

La profunda esencia del acuerdo de Sarayaku

Las personas retenidas apenas representaban a los *payasos del circo*, como insistían una y otra vez los líderes de los pueblos originarios allí reunidos. Querían dialogar con los *dueños*. Sus planteamientos, apoyados por la OPIP y la CONFENIAE, quería presentarlos a los jefes de CGG



y ARCO, así como del gobierno, o sea, a *los peces gordos*, como ellos los tildaban. Sus reclamos fueron plasmados por escrito.

Entre los puntos más sobresalientes constaban:

1. La paralización inmediata de todos los trabajos de los grupos y de la prospección sísmica del sector de las cuencas del Bombonaza, Sarayacu y Pacayacu.
2. La paralización se solicitaba para poder dar paso a la división y limitación del territorio indígena.
3. La prospección sísmica —uno de los primeros pasos previos a la explotación de crudo— ya destruía el ecosistema, la fauna y la flora, y no se trataba solamente de haber abierto brechas y haber enterrado explosivos para reventarlos, sino de la tala de los bosques al cortar líneas y hacer helipuertos.
4. Todo árbol cortado hasta el momento debe ser pagado; las hojas de *huayuri* no se deben cortar, y si ya lo han hecho deben pagar el valor correspondiente porque es la única hoja que hay en el sector y que sirve para los techos de las casas de las comunas.

En un ambiente tenso avanzaban las negociaciones. Las dirigencias de varias organizaciones indígenas de diversas partes del país estaban en sintonía. Su espíritu se expandía en toda la región amazónica. Paulatinamente, las noticias de la rebelión en Sarayaku se filtraban en el país y en el mundo. La comunidad de Sarayaku había logrado hacer que su lucha repercutiera internacionalmente. Y así, poco a poco, se aproximaba el principio del fin.

El 3 de mayo, llegaron de Quito representantes de las empresas y una comisión de alto nivel del Gobierno y del IERAC. Algunos de ellos arribaron *enternados*, con corbata, como si fuesen a asistir a una fiesta de encopetados. Varios de estos personajes, fatuos y prepotentes, llenos de vanidad colonizadora, se creían superdotados, pues consideraban que con su sola presencia se solucionaría el *impasse*. Alguno de los extranjeros, que representaban a sus compañías, ni siquiera conocían el idioma español y



quienes representaban al Estado, no hablaban los idiomas de los pueblos originarios; *¿para qué?* habrán dicho, si de lo que se trataba era de modernizar el país, es decir, de “blanquearlo”.¹¹

Traigamos a colación que, en ese empeño colonizador, desde antes de los orígenes de la República, como quedó sentando anteriormente, se ha visto a la Amazonía como una prometedora región suministradora de recursos naturales. Así, sin retroceder mucho en el tiempo, recordemos que no tuvieron empacho alguno en permitir la presencia del Instituto Lingüístico de Verano (ILV) desde 1958, o de impulsar permanentemente planes para dividir a las organizaciones y comunidades indígenas o emplear brigadas de mercenarios que desplegaban incursiones armadas para someter a las comunidades; todo con el fin de facilitar las operaciones petroleras en su territorio. Ya antes hubo intentos por “integrar” la Amazonía al resto del país con el fin de defender los territorios que se veían amenazados por las pretensiones territoriales peruanas: el general Eloy Alfaro, luego de avanzar con sus planes de acercar más la Sierra y la Costa con el ferrocarril de Guayaquil a Quito, pretendía construir otra línea férrea entre Ambato y el Curaray para llegar al Amazonas. Los primeros intentos por integrar esa región a través del petróleo no prosperaron: a fines de los años cincuenta, el *Oriente*, como se denominaba a la Amazonía ecuatoriana, fue considerado como “un mito”, pues no se habría encontrado crudo en cantidades que justificaran su explotación, según la empresa petrolera Royal Dutch Shell.

Mención especial merece la colonización amazónica. Con dos procesos avanzó una tímida reforma agraria, impulsada por las dictaduras militares de los años sesenta y setenta, respectivamente. No eran suficientes la Ley de Tierras Baldías y Colonización expedida en 1936 y el Instituto Nacional de Colonización creado en 1957. El gran impulso colonizador vendría en 1964, con la creación del Instituto Ecuatoriano de Reforma Agraria y Colonización (IERAC), que vinculó la reforma agraria con la colonización amazónica particularmente, como dos facetas de una misma acción

11 El racismo es una lacra que pesa sobre nuestras repúblicas desde sus orígenes. Conviene revisar el libro de Gómez Nadal (2017).



modernizadora. En los sesenta, esta reforma se instrumentó sobre todo para prevenir la amenaza comunista. Y en los setenta, para apuntalar los esfuerzos de industrialización.

Así se abrió la colonización como válvula de escape complementaria a los dos procesos de reforma agraria que no llegaron a abordar en serio la cuestión de la tenencia de la tierra en la Costa y en la Sierra. Una colonización que fue en extremo depredadora con la llegada de colonos ignorantes de la complejidad metabólica de los bosques amazónicos, los que, con la ganadería, la explotación maderera y las plantaciones de monocultivos, contribuyeron a la destrucción de este enorme patrimonio de diversidad biológica e hídrica. Recordemos nuevamente que, en tiempos de la Colonia, y luego de la República, la Amazonía ha sido vista como un conjunto de tierras baldías, una suerte de desierto demográfico; lo que sintetiza un concepto colonial que niega la existencia de los pueblos originarios presentes en esas zonas desde tiempos inmemoriales, practicantes de relaciones de vida dinámica y armónica con la Naturaleza.

Volvamos a lo nuestro, es decir, a la rebelión de Sarayaku durante el gobierno del socialdemócrata Rodrigo Borja Cevallos. Supuestamente, los delegados oficiales, en esta ocasión, como contaría nuestro testigo de primera línea:

Venían con la mejor buena voluntad para escuchar los planteamientos de los indígenas y llevarlos en carpeta a Quito para darles solución; claro, después de hacerles uno de los ofrecimientos más, que tanto CEPE como el gobierno acostumbraban, para luego, más tarde botarlos al cesto de la basura; pero esta vez se iban a dar con la piedra en los dientes.

En ese entorno cada vez más crispado, dirigentes de Sarayaku, la CONFENIAE, OPIP, Federación de Comunas Unión de Nativos de la Amazonía Ecuatoriana (FECUNAE), la Federación de Organizaciones Indígenas del Napo (FOIN) y la misma CONAIE, entre otras organizaciones indígenas, cambiaron el curso de la historia. Ante tanta prepotencia e incumplimientos acumulados, plantearon sus demandas. El jueves 4 de mayo, en la comunidad de Sarayacu, definieron sus reclamos señalando que en:



Los últimos veinte años de colonización, madereras, agroindustriales y petroleras amenazan el ecosistema amazónico afectando la supervivencia de las comunidades que por siglos los han conservado adecuadamente. Por esta razón hemos buscado precautelar los bosques tropicales que configuran lo que se ha dado a llamar el pulmón principal del planeta tierra.

Dicho esto, exigieron:

1. Legalización inmediata de los territorios indígenas, garantizando su autonomía.
2. Indemnización a los habitantes de la Amazonía por los daños causados por la operación de las petroleras.
3. Reparación y restauración de las zonas afectadas por las actividades petroleras; estableciendo un fondo para financiar proyectos destinados al manejo del ecosistema.
4. No ampliación de la frontera extractivista, sea petrolera o agroindustrial, así como suspensión de la colonización, declarando la intangibilidad de toda la región amazónica ecuatoriana, considerada un santuario de vida.
5. La rescisión de los contratos de concesiones petroleras y la apertura de las investigaciones que establecieran las responsabilidades y las respectivas sanciones en torno a las denuncias de masacres, atropellos y saqueos sufridos por los habitantes y la Pachamama.

Construcción de una estrategia de transición que condujera a la superación de los extractivismos¹² a través de una reducción sistemática de las actividades petroleras y agroindustriales vinculadas especialmente a las empresas palmicultoras.

12 Consultar en: Gudynas (2015).



6. Dotación de recursos económicos para programas de educación y salud indígena interculturales y plurinacionales, respetando su autonomía conceptual y organizativa; integrando la justicia indígena en un proceso de replanteamiento integral de la justicia en el país.
7. Apoyo internacional del Estado a los reclamos formulados los indígenas y colonos en contra de Texaco en los Estados Unidos, en representación de 30 mil habitantes de la Amazonía ecuatoriana afectados por las actividades de la empresa.
8. Convocatoria de una Asamblea Constituyente para impulsar la conformación de un Estado plurinacional que se inspirara en el *sumak kawsay*, es decir, que reconociera los derechos de las comunidades e individuos, así como de la Pachamama.
9. Apoyo a la conformación de una gran alianza de todos los pueblos originarios de la región amazónica con el fin de protegerla y hacer realidad la vida en todas las cuencas hidrográficas consideradas como sagradas.

El gobierno de la época pretendió desconocer los acuerdos alcanzados con sus plenipotenciarios. Las élites gobernantes —políticas, empresariales, periodísticas— no había aprendido la lección, narraría el testigo al que hemos recurrido ya en varios puntos:

Con nuestros indios de aquí del Ecuador y de América ya no se podía jugar; tampoco se les podía seguir pisoteando más, ni se les podía continuar atropellando en su dignidad y su derecho a ser tratados como seres humanos. Sarayacu era una voz de alerta para las petroleras transnacionales y un aviso para el gobierno ecuatoriano para que, antes de retacear en bloques sus territorios para entregárselos a las petroleras, ellos, los indios, tenían derecho a ser tomados en cuenta.

Las organizaciones indígenas no quedaron conformes con la firma del llamado Convenio de Sarayacu y menos aún con la posición del gobierno. Este había objetado la validez del acuerdo, aduciendo que sus representantes habían sido obligados a firmarlo por la fuerza y bajo la amenaza



de las armas de los indígenas. Tanta alharaca, tantos vuelos de helicóptero, tanto papeleo, tanta comedia, para nada. El gobierno y las petroleras pretendían burlarse nuevamente de los pueblos amazónicos porque, llegado el momento de la verdad, no estaban dispuestos a cumplir lo acordado. El poder del dólar pesaba mucho más en los poderes estatales, muchísimo más que la vida de los habitantes amazónicos y aún más que el cuidado de la Madre Tierra. Nuestro referente, que era un petrolero, no nos olvidemos de ese detalle, entendía perfectamente que:

Las petroleras no solamente que estaban atentando contra la Naturaleza, sino contra la Humanidad: seguían talando la selva, envenenando las aguas y exterminando a nuestras etnias amazónicas, dejándolas enfermas y hambrientas porque de aquí, en pocos años más, ya no tendrían qué comer.

En esta ocasión, no les cuadró la ecuación colonizadora al gobierno y las empresas. Los pueblos originarios aún se mantenían en pie de guerra. Así, ante semejante engaño, la rebelión se extendió por todo el país. Poco más tarde, en 1990, con un gran levantamiento indígena, conocido como el Levantamiento del Inti Raymi, secundado por muchas organizaciones sociales de las ciudades y del campo en todo el país, se logró la aceptación de los acuerdos abriendo la puerta a múltiples procesos de cambio.

Fue, sin duda, un punto de inflexión, como reconocería quien fuera funcionario destacado del gobierno, expresando su sorpresa porque su gobierno había dado tanto a los indígenas.

El levantamiento indígena que se inició el lunes 4 de junio de 1990 (...) fue la más grande movilización indígena del siglo XX en el Ecuador. Aunque antes de esa fecha hubo muchos levantamientos indígenas, especialmente en las décadas de los veinte a los cincuenta¹³ —algunos de ellos reprimidos violentamente con saldos de muertos y heridos—, todos fueron locales, muy pocos cantonales y ninguno provincial. Y aunque después de esa fe-

13 Entre los aportes sobre el tema se destaca el de Oswaldo Albornoz Peral (1971).



cha sí hubo levantamientos indígenas nacionales, no tuvieron el alcance y la importancia del que se produjo hace un cuarto de siglo. [...] En realidad, el más profundo, fue que la sociedad ecuatoriana cambió para siempre. El movimiento indígena tomó, a partir de allí, una fuerza inédita y prácticamente se puso a la cabeza de los movimientos sociales.¹⁴

Y así, desde entonces, empezó un trajinar muy complejo con el que se comenzó a cambiar la historia de la Amazonía.

Senderos en disputa de una historia... por escribir

Ese 1989 fue un año de quiebres múltiples. Cayó el muro de Berlín. El dictador Pinochet perdió el referéndum. El “Caracazo” fue la respuesta popular a las políticas hambreadoras del FMI. La revuelta estudiantil en Tiananmén fue reprimida. El peronista Carlos Menem ganó por primera vez las elecciones presidenciales. Nicolae Ceaușescu fue derrocado. En Estados Unidos, se emitió el primer capítulo de la serie animada Los Simpson.

Y, desde aquel año, una compleja transición se inició en el Ecuador. Superar la dependencia petrolera y la subordinación colonizadora de la Amazonía no fue fácil. Sería largo enumerar todos los procesos de transiciones múltiples que se desataron. Aquí mencionamos apenas algunas de esas evoluciones inspiradas en la razón y la lógica, apegadas a los compromisos acordados y a la construcción de un Estado plurinacional responsable con sus pueblos y nacionalidades, con el respaldo permanente de una sociedad movilizada. Ese gran y múltiple esfuerzo comenzó a marcar la diferencia.

Los sucesivos gobiernos, con algunos tropiezos, no dejaron de acompañar y apoyar a las comunidades de indígenas y colonos que plantearon un juicio en contra de la compañía Texaco, que hacía lo imposible para que se rechace la jurisdicción en los Estados Unidos. Demostrando coherencia, el Estado ecuatoriano no aceptó la supuesta “remediación ambiental” llevada

14 Consultar en: Ortiz Crespo (2015).



a cabo por la Texaco, de apenas 40 millones de dólares, la cual escasamente “remedió” un 16 % de las más de 900 piscinas que la petrolera dejó abandonadas, únicamente cubriéndolas de tierra. Cuando la Corte de Nueva York dictaminó que la empresa se sometiera a las cortes ecuatorianas y cumpliera sus sentencias, que serían desfavorables para la empresa,¹⁵ el Estado ecuatoriano respaldó a los demandantes y estableció vínculos con otros gobiernos con el fin de conseguir que la compañía, que luego sería parte de la Chevron, asumiera su responsabilidad.

Este juicio sentó un precedente al encausar a una de las petroleras más poderosas del planeta. Superó el ámbito amazónico, pues incluso por su significación rebasó la destrucción que tendrá que pagar Texaco. De por sí, esta demanda constituye una oportunidad para empezar a sancionar y frenar la contaminación provocada por la actividad petrolera en el mundo. Y el Ecuador, víctima de la destrucción petrolera, pasó a liderar iniciativas realmente transformadoras.

Luego de haber aceptado entregar la titularidad de todos los territorios indígenas, el Estado ecuatoriano comenzó a hacer realidad el respeto de las selvas en toda la Amazonía, y de los parques naturales, así como los páramos y todas las zonas de recarga hídrica en el resto del país. Se comprendió que no se trata de simples parches de protección conservacionista, sino de territorios en donde el respeto a la Naturaleza va de la mano del respeto a sus habitantes. Así se vigorizó la vigencia del Parque Nacional Yasuní, creado en 1979, con una superficie de 982 000 ha. La designación de la zona como Reserva de la Biosfera en 1989, fue otro hecho importante, pero no necesariamente fuerte, pues hay que tomar en cuenta que en las Reservas de la Biosfera de la UNESCO permiten actividades productivas, bajo el criterio del equilibrio entre el desarrollo y la conservación. Una medida complementaria fundamental para la protección de esa maravillosa región, considerada una nueva “arca de Noé” por su gran biodiversidad, fue la construcción de la que posteriormente sería conocida como la Iniciativa Yasuní-ITT.¹⁶

15 Ver el texto de Acosta (2011).

16 Sobre esta propuesta, se puede consultar el detallado texto de Acosta (2014).



Esta iniciativa se basó en cuatro pilares: 1) proteger el territorio y con ello la vida de pueblos indígenas en aislamiento voluntario; 2) conservar una biodiversidad inigualable en todo el planeta —la mayor registrada por científicos hasta el momento—; 3) cuidar el clima para todo el mundo manteniendo represada en el subsuelo una significativa cantidad de petróleo, evitando la emisión de 410 millones de toneladas de CO₂; 4) dar un paso firme en Ecuador para una transición pospetrolera, lo que tendría un efecto demostrativo en otras latitudes. Como un quinto pilar apareció, con fuerza, la posibilidad de encontrar colectivamente —como humanidad— respuestas concretas a los graves problemas globales derivados de los cambios climáticos provocados por el propio ser humano, exacerbados especialmente en esta última fase de expansión global del capital.

Como contrapartida, el Ecuador, que contó con una sólida estrategia política diplomática de largo plazo y con el respaldo de su sociedad, consiguió la contribución financiera de la comunidad internacional, que empezó a aceptar que existe una responsabilidad compartida y diferenciada en función de los diversos niveles de destrucción ambiental provocada por las diversas sociedades en el planeta, particularmente por las más opulentas. No se trataba de obtener simples compensaciones voluntarias para proteger el Yasuní, era un hecho que se enmarcó en la justicia ecológica global. No se trataba pues de una vulgar compensación para seguir forzando el desarrollismo. Y así, desde la Amazonía ecuatoriana, se proyectó como un mandato global asumir a la Naturaleza como sujeto de derechos, impulsando una efectiva acción para descarbonizar la atmósfera y enfrentar estructuralmente los retos ambientales y sociales.

No se puede dejar al margen la grave situación que atravesaba en 1989 la economía ecuatoriana, sacudida por una inflación que bordeaba el 90 % y una pobreza creciente. En ese año, cuando se firmó el Acuerdo de Sarayaku, el país suscribió la décima cuarta “Carta de Intención” con el FMI y el cuarto acuerdo con el Club de París; acuerdos que, como bien sabemos, nunca sirvieron para resolver los problemas económicos y ni siquiera los del endeudamiento externo. El gobierno de entonces, tratándose de congradarse con los acreedores de la deuda, molestos porque el Ecuador un par de años antes había entrado en moratoria de su deuda externa,



realizaba “pagos simbólicos” como concepto del servicio de deuda comercial; a pesar de eso el Citibank retuvo arbitrariamente 80 millones de dólares. En ese entonces, en realidad se buscó distraer la opinión pública, mientras se abrió la puerta para la compensación de pasivos; es decir, compra de papeles de deuda externa, en beneficio de los grandes grupos económicos, se autorizó la conversión de deuda para inversiones sociales y ambientales, intentando que se crea que por esa vía se puede enfrentar estos dos grandes retos: el financiero y el socioambiental.¹⁷

A contrapelo de esas propuestas gubernamentales, inspiradas en el espíritu de Sarayaku, desde inicios de los años 90, se planteó una alternativa realmente trascendental. Mientras se cristalizaba la demanda de moratoria a la expansión de la frontera petrolera, acordada desde mayo de 1989 en Sarayaku, se plasmó en Ecuador la tesis estratégica de construir una economía y sociedad pospetroleras. Al cuestionar la deuda externa, se planteó la posibilidad de un acuerdo histórico con los acreedores internacionales para suspender el servicio de dicho endeudamiento a cambio de conservar la Amazonía; propuesta en línea con el reclamo de la deuda ecológica, en la que los países ricos asomaban como los deudores. Sin caer en la trampa del canje de deuda por Naturaleza o por inversiones sociales, el Ecuador planteó respuestas de tipo estructural, que partieron por impulsar una auditoría ciudadana de la deuda externa con el fin de establecer su legalidad y legitimidad; en paralelo se estableció una política diplomática de largo plazo para alentar posiciones conjuntas de los países, sobre todo de la región, en temas como los de la deuda externa e inclusive ambientales.

Así, paulatinamente, se consiguió frenar el brutal y permanente drenaje de recursos derivado del servicio de la deuda externa, consiguiendo financiar el presupuesto del Estado a partir de un principio simple y a la vez potente: “quien más gana y más tiene, debe asumir una porción progresivamente mayor en el pago de los tributos”, que deben ser mayoritariamente directos, como lo son los impuestos a la renta, a la herencia

17 Hay mucha literatura al respecto, por ejemplo el libro de Salvador *et al.* (1990); o el texto de Moncada y Cuéllar (2004).



y al patrimonio, y no impuestos indirectos, como el IVA. Ecuador comenzó a transitar hacia otro tipo de economía, liberándose de las ataduras históricas impuestas por los diversos extractivismos y sus inseparables procesos de conquista y colonización: se establecieron así las bases para que la economía esté siempre subordinada a los intereses de los seres humanos y no del capital, pero asegurando en todo momento una relación armónica entre los seres humanos y la Naturaleza.

En este país con un amplia, compleja y no siempre satisfactoria vida constitucional, se llegó a una Asamblea Constituyente que marcó un hito en su historia. Sus debates dentro y fuera fueron caracterizados por un amplio ejercicio democrático. Incluso luego de concluida dicha Asamblea, por primera vez luego de la aprobación de la nueva Constitución, el pueblo ecuatoriano en forma mayoritaria aprobó dicha carta magna en un referéndum.

Esta Constitución, inspirada en las luchas de los pueblos originarios y de otros muchos sectores de la sociedad, integró la cosmovisión indígena del *sumak kawsay* o buen vivir y del *kawsak sachá* o selva viviente de Sarayaku, las propuestas de plurinacionalidad e interculturalidad, los derechos colectivos, los derechos de la Naturaleza, el agua como un derecho humano fundamental, la prohibición del acaparamiento de la tierra y el agua, la ciudadanía universal, entre otros muchos logros de indudable importancia. Este proceso constituyente, que incorporó avances fundamentales en varios aspectos afectando los privilegios de las élites, marcó varios hitos. El Ecuador fue declarado como Estado plurinacional. El buen vivir empezó a disputar la esencia del desarrollo y de su padre el progreso, abriendo la puerta a otras formas de entender la vida, buscando la armonía y el equilibrio social y ecológico. Y se transformó en una lucha global su disposición constitucional que asume a la Madre Tierra como sujeto de derechos; aunque en realidad lo que se aceptó es que los seres humanos somos Naturaleza, y que quien nos da el derecho a vivir es la Madre Tierra.

Aprendimos también, luego de una larga y compleja historia constitucional, que una constitución garantista no asegura, en la práctica, que las instituciones y el Gobierno sean consecuentes con los postulados constitucionales. También comprendimos que una constitución por sí sola no es



la herramienta clave para cambiar la sociedad y que tampoco de ella de manera automática se derivan todos los males, como argumentan quienes solo están preocupados de defender sus privilegios y los de sus patrones. Por eso, para que su cumplimiento genere confianza, cohesión social e institucionalidad, se precisa una sociedad en marcha, empoderada de su constitución, que haga realidad el cumplimiento de sus derechos y garantías, y que cumpla con sus obligaciones. La sociedad debe disputar la vigencia y perfeccionamiento permanente de su constitución. En suma, empezamos a dar pasos firmes para la construcción en democracia de una sociedad radicalmente democrática que tenga un horizonte poscapitalista, para superar el patriarcado y la colonialidad.

De hecho, hay muchos más temas que merecen analizarse. Lo que quedó evidenciado y es lo que alienta estos procesos de transición es la necesidad de superar la modalidad de acumulación primario-exportadora: en dicha modalidad de acumulación, de prácticas extractivistas, encontramos las raíces de una economía y un Estado rentísticos, una sociedad clientelar y profundos rasgos de autoritarismo y corrupción: ¡a más extractivismo, menos democracia!, es evidente.

La Amazonía, territorio de vida

Más allá de los deseos que se recogen en estas páginas, volvamos nuestros ojos críticos y comprometidos a lo que sucede hoy en la Amazonía: ese vasto territorio en América del Sur, que alberga sobre todo dos dicotomías: la abundancia y la violencia. Aceptemos que allí se debate permanentemente entre la vida y la muerte. Durante mucho tiempo, la inmensa selva amazónica ha sido vista como una interminable reserva de recursos naturales donde el capital hace “sus compras” a conveniencia. La misma complejidad de ese territorio hace necesarias nuevas perspectivas y varias propuestas de salida a su posible devastación. Ese territorio tiene vida propia y es generador de nuevos saberes, esos que la Modernidad trata de callar; eso explica también porque se ha convertido en un territorio de resistencias.



La Amazonía sintetiza el encuentro/desencuentro de repúblicas colonizadas y a la vez colonizadoras; espacios en disputa de los recursos existentes por parte de diversos intereses imperialistas y de permanente dominación sobre los pueblos originarios presentes allí desde hace miles de años. Conquista y colonización interminables que niegan la indudable trascendencia de la Amazonía en la dinámica metabólica del planeta y la misma trascendencia de los pueblos originarios. Voracidad del capital que inclusive quiere transformar esta región en una extensión de mercados ficticios, como lo son los mercados de carbono encapsulados en cualquiera de sus *redes*.

Paremos tanta destrucción, genocidio y ecocidio en esa región tan ple-tórica de vida. Pero, sobre todo, rescatemos sus potencialidades. Alentemos las luchas de resistencia, que la vez son de reexistencia, potenciando el accionar comunitario. Entendamos que la coevolución entre los seres humanos y su grandiosa Naturaleza, que se desarrolló allí en términos de una relación dialéctica, hace de esa experiencia una maravillosa lección de vida para enfrentar el colapso climático en marcha. Entonces, recogiendo su sabiduría y sus saberes podemos inclusive pensar en otras formas de organizar la vida en clave de pluriverso: un mundo donde quepan otros mundos, sin que ninguno de ellos sea víctima de la marginación y la explotación, y donde todos los seres humanos vivamos con dignidad y en armonía con la Naturaleza.¹⁸

El compromiso por la Amazonía es el compromiso con la vida en todo el planeta. La disputa del sentido histórico está planteada. En este empeño, cuánta fuerza y sentido encontramos en la voz de Nemonte Nenquimo, lidereza woarani:

18 Recomiendo el libro, publicado en 2019, de Kothari *et al.* (eds.), con contribuciones de 110 personas de todos los continentes, de editorial ICARIA y Abya Yala; con ediciones en España (ICARIA), Perú-Bolivia (CooperAcción, CEDIB), Colombia (CENSAT), Italia (Orthotes Editrice) y Brasil (Editorial Elefante). La primera edición fue en inglés (en 2019), *Pluriverse: A Post-Development Dictionary*, en Nueva Delhi por Tulik Books and Authors UpFront. Disponible en: <https://bit.ly/40JKNGV>



¿Ustedes protegerán nuestro derecho a decidir? Nosotros, como pueblos indígenas, hemos tomado nuestra decisión. Vamos a seguir defendiendo nuestros territorios y nuestras culturas. Decimos basta de la destrucción de nuestra selva, nuestra casa, por los gobiernos, el capitalismo y el mundo occidental.

Hoy, quiero llamar a ustedes a unirse en esta lucha para defender nuestro derecho a decidir sobre el futuro de la Amazonía. Nuestro planeta depende de ella. La Amazonía da aire, agua pura y vida a nuestro planeta. Si la Amazonía se acaba, nos afecta a todos porque todos vivimos en la misma tierra. Hagamos una sola voz, una sola fuerza, una sola causa para construir un mejor mundo para las futuras generaciones y para solucionar esta crisis climática.¹⁹

Referencias bibliográficas

- Acosta, A. (16 de febrero de 2011). *Sentencia a la Chevron-Texaco, un triunfo de la Humanidad*. <http://bit.ly/3K2DS5l>
- Acosta, A. (2012). *Breve historia económica del Ecuador*. (Tercera edición). Corporación Editora Nacional.
- Acosta, A. (2014). *La Iniciativa Yasuní-ITT: la difícil construcción de la utopía*. <https://bit.ly/3Xj5g2l>
- Acuña, C. (1942). *Descubrimiento del Amazonas*. Emecé editores.
- Albornoz Peral, O. (1971). *Las luchas indígenas en el Ecuador*. Edición de aniversario <http://bit.ly/40Jmysl>
- Beristain, C. M., Páez Rovira, D. e Fernández, I. (2010). *Las palabras de la selva: estudio psicosocial del impacto de las explotaciones petroleras de Texaco en las comunidades amazónicas de Ecuador*. Hegoa. <http://bit.ly/3RRL1b9>

19 Agosto de 2021. Consultar en: <https://bit.ly/3xeaB0d>



- Gómez Nadal, P. (2017). *Indios, negros y otros indeseables: capitalismo, racismo y exclusión en América Latina*. Abya-Yala. <https://bit.ly/3RTEpZB>
- Gudynas, E. (2015). *Extractivismos. Ecología, economía y política de un modo de entender el desarrollo y la Naturaleza*. CLAES, CEDIB. <https://bit.ly/3xfHQ3g>
- Kothari, A., Salleh, A., Escobar, A., Demaria, F. y Acosta, A. (eds.) (2019). *Pluriverso: un diccionario del posdesarrollo*. ICARIA, Abya-Yala.
- Moncada, M. y Cuéllar, J. C. (2004). *El peso de la deuda externa ecuatoriana y el impacto de las alternativas de conversión para el desarrollo*. Abya-Yala.
- Ortiz Crespo, G. (1 de junio de 2015). 25 años del levantamiento indígena. *Plan V*. <http://bit.ly/3DXH1jB>
- Salvador, M., Posso, R., Hollihan, M. y Tobar, B. (1990). *Mecanismos de conversión de deuda. Alcances y limitaciones*. CEPLAES.



LA
HISTORIA
QUE *pudo*
HABER SIDO

EPÍLOGO

Pablo Fajardo

Si Texaco no encontraba petróleo en la Amazonía ecuatoriana, esta sería una Amazonía llena de vida, con aves y mamíferos por doquier, con ríos limpios; apta para sostener la vida de las comunidades. Seguramente los pueblos indígenas habrían mantenido sus propios sistemas económicos, con múltiples actividades para garantizar la subsistencia en armonía con la naturaleza, en conexión intrínseca con su espiritualidad, manteniendo vivos en la memoria colectiva todos sus mitos.

Los ancianos seguirían enseñando a los niños de forma oral cómo cuidar el agua, la selva y la importancia de no atentar contra la vida, siendo un referente de la mejor escuela en nuestro país. Hoy, al morir esos hombres y mujeres mayores, perdemos todos, porque se llevan consigo muchos de los sabios conocimientos que la naturaleza y la vida en comunidad les dio.

El dinero no tendría el mismo poder que ahora tiene para dividir a las comunidades, para comprar conciencias, para ser eje de la destrucción en la Amazonía. Este símbolo de riqueza para unos cuantos, sería sinónimo de pobreza para los pueblos.

Pero sabemos que no todo está perdido, y que, si acabamos con la energía fósil, es posible recuperar las fuentes de la vida que han sido tan afectadas. Aunque es imposible restaurar todo y volver al estado en que se encontraba antes del petróleo, los pueblos que vivimos aquí sí podemos dejar que la naturaleza se recupere.

Para esto es importante que los jóvenes también participen en las luchas para defender este territorio y el mundo, y que sean parte de la necesaria y urgente transformación de la lógica devastadora que impone el capitalismo.



Como sociedad ecuatoriana, tenemos que forzar al Estado y a las empresas petroleras, mineras y agroindustriales a restaurar lo que ha sido dañado, a descontaminar de todos los elementos tóxicos que han vertido en el suelo, en el agua, en el aire. La naturaleza sí puede autoregenerarse, pero se deben crear las condiciones básicas para que eso ocurra. Esto implica parar las operaciones destructoras e ir eliminando las fuentes de afectación que impiden que los ciclos vitales de la naturaleza se mantengan y continúen. Mientras haya esta ruptura, evidentemente no podrá haber una autoregeneración adecuada.

Esto tomará tiempo, varias décadas o siglos. Pero en tanto se postergue la decisión de revertir los daños sobre las bases de la vida, más vulnerable será nuestra existencia.

Esta publicación ayuda a despertar ese pensamiento que quizás ya podemos tener, pero no nos atrevemos a expresarlo, y da pistas para que como población recuperemos la capacidad de ilusionarnos, atrevernos a soñar con una Amazonía libre de petróleo. Los textos que aquí se encuentran nos acercan a esa realidad que nos ha sido robada, esa realidad que aquí existía y hoy tenemos la posibilidad de empezar a recuperarla.

Las luchas que llevamos con las comunidades, con los pueblos ancestrales, con las familias campesinas, con mujeres, con niños, con chamanes y distintos sectores de la sociedad, nos dan la esperanza que resulta del compartir con mucha gente que también plantea tener una Amazonía mejor, recuperar lo que nos han arrebatado desde hace mucho tiempo: la felicidad, la tranquilidad, la relación en paz con la naturaleza.

Necesitamos entender que la naturaleza puede vivir sin los humanos, pero a los humanos nos va a costar muchísimo vivir sin ella. Las luchas que hoy estamos llevando en muchos sentidos alimentan nuestra capacidad de esperar por una Amazonía mejor, una Amazonía con dignidad, verde, diversa; nos dan la fortaleza para seguir defendiendo lo que aún no ha sido destruido y que podamos conservarlo, mientras exigimos las condiciones para recuperar, ojalá mucho, de lo que nos han robado en estos 55 años de extraer petróleo de nuestra Amazonía.



SOBRE LAS AUTORAS Y LOS AUTORES

Pablo Fajardo Mendoza

Naturaleza viva, radicado en la Amazonía Norte del Ecuador. Por más de 30 años, abogado litigante en varios procesos en defensa de los derechos humanos y ambientales y pueblos indígenas. Asesor jurídico de la UDAPT. Parte del equipo de expertos internacional, para la definición del ecocidio. Premio CNN, como héroe defensor de la justicia, en 2007, Goldman 2008.

Andrés Vallejo

Biólogo por la PUCE y máster en Desarrollo y Ambiente por la Universidad de Cambridge. Editor de la revista *Ecuador Terra Incognita*. Ciclista urbano, vecino del barrio La Floresta y miembro de la mesa de Ambiente del Cabildo Cívico de Quito.

Ivette Vallejo Real

Doctora en Ciencias Sociales (Universidade de Brasilia), Máster en Antropología Social (CIESAS México D.F), Licenciada en Antropología (PUCE). Es profesora investigadora; responsable de la Maestría de Estudios Socioambientales y Coordinadora del Doctorado en Desarrollo Territorial del Departamento de Economía, Ambiente y Territorio de FLACSO Sede Ecuador. Investiga temáticas relacionadas con: extractivismo, dinámicas territoriales y conflictos socioambientales; pueblos indígenas y conservación; género y ambiente; trnasformaciones territoriales; y ontologías relacionales. ivallejo@flacso.edu.ec



Manuel Bayón

Geógrafo crítico heterodoxo doctorante en el Karlsruhe Institute of Technology. Investigador sobre la Amazonía ecuatoriana por 12 años en el CENEDET en el IAEN, la Ruta por la Verdad y la Justicia para la Naturaleza y los Pueblos en Acción Ecológica y en Contested Territories Amazonía en FLACSO Sede Ecuador. Es parte de Yasunidos y el Colectivo de Geografía Crítica del Ecuador. Coautor de la Selva de los Elefantes Blancos, y co-compilador de “Geografía crítica para detener el despojo de los territorios”.

Melissa Moreano

Investigadora y docente en el Departamento de Ambiente y Sustentabilidad de la Universidad Andina Simón Bolívar de Quito y militante ecologista. En la actualidad es integrante del Colectivo de Geografía Crítica de Ecuador y del grupo de trabajo Ecologías Políticas de Abya Yala de CLACSO.

Nicolás Cuvi

Biólogo y máster en Comunicación Científica. Obtuvo su doctorado en Historia de las Ciencias por la Universidad Autónoma de Barcelona. Periodista, literato, editor, museólogo, guía naturalista y agroecólogo. Actualmente es profesor investigador titular en FLACSO Sede Ecuador.

Felipe Terán Romo Leroux

Doctorado en Historia de los Andes por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales FLACSO Sede Ecuador. Posgrado en la Maestría de Desarrollo Local y Territorial de FLACSO Sede Ecuador y pregrado en la Escuela de Trabajo Social de la PUCE-Ecuador.



Jorje Ignacio Zalles

Profesor en el Decanato de Artes Liberales de la Universidad San Francisco de Quito. Tiene una maestría en Estudios Socioambientales de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales FLACSO Sede Ecuador y se encuentra actualmente cursando un doctorado en Desarrollo Territorial en la misma institución.

Alberto Acosta

Economista ecuatoriano. Abuelo. Compañero de lucha de los movimientos sociales. Profesor universitario. Ministro de Energía y Minas (2007). Presidente de la Asamblea Constituyente (2007-2008). Candidato a la Presidencia de la República del Ecuador (2012-2013). Autor de varios libros.

Pablo Jarrín

Magíster en Biología y Ph. D. en Biología por la Universidad de Boston y Licenciado en Ciencias Biológicas por la Universidad Católica del Ecuador. Exbecario Fulbright. Ocho años de experiencia en cargos directivos en la administración de procesos científicos y de desarrollo, manejo y conservación de recursos naturales, investigación científica y educación superior. Forma parte del Instituto Nacional de Biodiversidad (INABIO) y es investigador del Proyecto Microbioma del Ecuador.

Patricia Bermúdez Arboleda

Comunicadora Audiovisual, Máster en Guion y PhD en Estudios de Media por la Universidad de Bergen en Noruega. Es docente e investigadora de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO Sede Ecuador. Es fundadora del Centro Internacional de Estudios Andino Amazónicos-CIEAAM. Sus investigaciones se enmarcan en el campo de la antropología visual, cine documental, memoria, fotografía, historicidades amazónicas y archivo de lenguas.



Saúl Fernando Uribe Taborda

Antropólogo, maestro en Estudios Socioambientales, doctor en Ciencias Sociales por la Universidad Pontificia Bolivariana-Medellín. Estudiante postdoctoral en procesos identitarios, culturales y socioeconómicos en la Historia Latinoamericana, Universidad Pablo de Olavide-Sevilla. Es profesor investigador de la Universidad Politécnica Salesiana y miembro del Grupo de Investigación Estado y Desarrollo. Es fundador del Centro Internacional de Estudios Andino Amazónicos - CIEAAM y del Taller de Historia Oral Andina Amazónica.

Alexandra Almeida Albuja

Bioquímica farmacéutica por la Universidad Central, con una diplomatura en industrias extractivas por la PUCP de Perú, certificado de investigadora comunitaria en derechos de la naturaleza por la UASB. Miembra del colectivo de Acción Ecológica. LLeva 27 años haciendo el monitoreo ambiental a las actividades petroleras y trabajando con comunidades indígenas y campesinas afectadas.

Milagros Aguirre Andrade

Periodista y editora. Autora de varios libros sobre la Amazonía, entre ellos *La Utopía de los Pumas*; *La selva de papel*; *Dayuma, nunca más*; *A quién le importan esas vidas: tala ilegal en el Yasuní*; *La semilla rojinegra*. Columnista de Mundo Diners y La Barra Espaciadora. Editora General de Editorial Abya-Yala.

Ivonne Yáñez

Miembra co-fundadora de Acción Ecológica. Abuela ecologista y feminista. Trabaja por más de veinte años en el tema de cambio climático y más recientemente energía, servicios ambientales y capitalismo verde.